



Trabajo y Sociedad

Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas

Nº 3, vol. II, agosto-octubre de 2000, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871

La trayectoria del movimiento obrero en Europa occidental en el siglo XX: realizaciones, fracasos, mutaciones

Bruno Groppo

Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS),
Universidad de Paris I Sorbonne (CRHMSS)
groppo@univ-paris1.fr

Este artículo se basa en una disertación pronunciada en septiembre
de 1999 en la Universidad Nacional de Santiago del Estero
Traducción de Cristine Schindler (UNSE)
Revisión técnica de C. Z. y A. T.

Las páginas que siguen proponen un balance, inevitablemente muy somero, de lo acontecido con el movimiento obrero en Europa occidental, de sus realizaciones y de sus fracasos. No se trata, evidentemente, de pretender entrar en detalles o de rendir cuenta de toda la diversidad de las situaciones nacionales de un cuadro geográfico tan inmenso. El objetivo es simplemente poner en evidencia los cambios más significativos y las principales tendencias comunes al conjunto del movimiento obrero de esos países. Nuestra hipótesis inicial es que los países de Europa occidental presentan suficientes características comunes como para que se las pueda considerar expresivas de un conjunto relativamente homogéneo.

Un balance depende del momento en el cual se realiza. Nuestra visión de la historia europea del siglo XX y del lugar que en ella ocupa el movimiento obrero, está influenciada por los eventos de las últimas décadas, especialmente por el derrumbe de los regímenes comunistas en 1989, la desaparición de la URSS dos años más tarde, y la globalización (“mundialización”) de la economía. Esta visión es diferente de la que uno podía tener apenas diez años atrás.

De los cambios que han afectado al movimiento obrero, hay que esforzarse, sin embargo, en distinguir entre los pertenecientes a la corta duración, del orden de los “acontecimientos” –*événements*– y de aquellos que se inscriben, en cambio, en una duración más larga. La crisis de los partidos comunistas en Europa Occidental, por ejemplo, comienza mucho antes de la Caída del Muro de Berlín y de la desintegración de la Unión Soviética, que la han acelerado brutalmente.

Por “movimiento obrero” entendemos ante todo el movimiento organizado, es decir los sindicatos, los partidos políticos y las otras asociaciones que tienen su origen en la clase obrera y que son una expresión autónoma de ella. Pero el concepto de movimiento remite a una realidad más vasta, menos organizada, que podríamos llamar también movimiento social. El mundo del trabajo asalariado ha originado a menudo movimientos de este tipo, autónomos, y desarrollándose fuera de las organizaciones obreras oficiales que son también parte integrante del “movimiento” obrero.

En Europa occidental el siglo XX ha sido el del ascenso, de la consolidación y del relativo ocaso del movimiento obrero organizado. Comparemos a continuación la situación del movimiento al principio y al final del siglo, indicando cuáles de sus objetivos originarios han sido logrados y cuáles han sido abandonados en el camino o no han sido realizados.

En la situación general de Europa occidental en este fin del siglo, tres elementos parecen particularmente significativos desde el punto de vista de nuestra problemática: a nivel político, la victoria de la democracia, que aparece de ahí en más como la forma “normal” y la única realmente legítima de organización del sistema político y de la vida social; en el plano económico, el triunfo de la economía de mercado, en el marco de una globalización que borra las fronteras y que hace cada vez más difícil el control de los procesos económicos, tanto a nivel nacional como internacional; en el plano social, el cuestionamiento de varios aspectos del *welfare state*, ahora caracterizado por un nivel de desocupación alto. Esos elementos conciernen también a otras áreas geográficas pero limitaremos nuestras reflexiones a Europa Occidental.

Si bien el triunfo de la democracia aparece como la continuación y el desenlace de un proceso que históricamente empezó con la Revolución Francesa, dicho triunfo de ninguna manera estaba garantizado de antemano. Es suficiente acordarse, por ejemplo, de las crisis de los regímenes democráticos y de la instalación de dictaduras totalitarias y de regímenes autoritarios en Europa entre las dos guerras para entender que el siglo hubiese podido terminar bajo el signo del fascismo o del comunismo, o todavía de otras formas de autoritarismo. En la derecha o en la izquierda, durante el siglo han sido muchos los que pensaban que la democracia era un régimen político antiguo y superado.

Es sobre todo la prosperidad económica del período iniciado después de 1945 la que ha permitido consolidar la democracia en Europa occidental. Es decir que jamás la democracia está adquirida definitivamente, y que podría estar controvertida si esa prosperidad llegase a desaparecer.

De cualquier manera, es importante subrayar que el siglo actual termina bajo el signo de la democracia porque el movimiento obrero, en su gran mayoría, ha ligado su destino a esa forma política, y también porque ha sido a lo largo del siglo un elemento motriz de la democratización de las sociedades de Europa occidental. De hecho, la democracia no tiene nada de natural: es el producto histórico de las luchas que han sido llevadas a cabo desde el siglo XX y en las cuales el movimiento obrero ha tenido una parte importante.

Acerca del triunfo de la economía de mercado: para evitar equívocos conviene recordar que las economías de Europa occidental siguen siendo economías mixtas con una dosis más o menos importante de regulación del estado. La tendencia dominante, no obstante, es la tendencia a la disminución de la regulación, a la privatización del sector público (o de una parte de ese sector) de la economía y del crecimiento del rol de mercado. Lo que llamamos “economía del mercado” está reconocido actualmente como la forma más eficaz de organización de la actividad económica. A lo largo de las dos últimas décadas, la mayoría de los países de Europa occidental se han alejado del modelo keynesiano que había inspirado durante mucho tiempo sus políticas económicas. En el mismo período, la idea de planificación, desacreditada por el fracaso de los sistemas económicos de tipo soviético, ha conocido igualmente un ocaso, más aún cuando la economía actual, globalizada (o “mundializada”), aparece difícilmente planificable. Hoy en día, el liberalismo económico, a menudo presentado como la última y definitiva verdad de la economía capitalista, ha alternado períodos donde prevale la tendencia al liberalismo económico con otros donde se pone más el acento sobre la necesidad de una regulación de parte del Estado.

Hay que recordar también que, si bien el modelo keynesiano está en crisis, las políticas neoliberales practicadas hasta ahora (especialmente en Gran Bretaña) no han dado tampoco resultados particularmente brillantes: en particular, han demostrado ser incapaces de resolver los desequilibrios del sistema capitalista y a menudo los han agravado más aún. Es probable que el retorno de una crisis económica particularmente grave conduciría a poner de vuelta entre paréntesis el liberalismo económico. Eric Hobsbawm nos recuerda oportunamente que “la Gran Depresión de los años 30 destruyó por medio siglo el liberalismo económico” (Hobsbawm E., *The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991*, New York, Vintage Books, 1996, pp. 94-95)^[1] Conviene también señalar que la economía de mercado no es necesariamente sinónimo de democracia, y que puede acomodarse muy bien con regímenes políticos autoritarios, como lo ha demostrado, entre otros casos, la experiencia de la dictadura

militar en Chile.

El cuestionamiento de varios aspectos del *welfare state* marca un hito importante. Especialmente asociada a las políticas económicas de inspiración keynesiana, la construcción del estado de bienestar fue una respuesta a la crisis económica de los años 30 y a sus consecuencias dramáticas. Ha sido posible gracias al excepcional período de crecimiento casi ininterrumpido que Europa occidental vivió entre el fin de la segunda guerra mundial y el principio de los años 70. En las décadas de crisis que siguieron, el financiamiento del sistema se ha vuelto problemático, sobre todo por el hecho de que el crecimiento de las economías de Europa occidental, si bien no se detuvo, se ralentizó en ciertos periodos.

Ahora bien, el *welfare state* se ha transformado en uno de los fundamentos del pacto social y se constituyó en un factor importante de estabilidad política. Su cuestionamiento tendría entonces repercusiones considerables en todos los niveles. El movimiento obrero, que ha sido uno de los principales artífices de la construcción de ese sistema, se encuentra debilitado, y allí se origina su desmantelamiento.

El movimiento obrero a principio del siglo XX

Es en Europa donde el movimiento obrero, que surgió de la industrialización capitalista, comienza a organizarse en el siglo XX, tomando auge en las décadas de 1880 y 1890 con el desarrollo de los sindicatos, de los partidos socialistas, del movimiento mutualista y cooperativista. Las ideas, las formas de organización y las estructuras del movimiento obrero europeo, a través de militantes e ideologías, han ejercido una influencia considerable sobre los movimientos de otros continentes, en particular (pero no únicamente) en países de América del Norte y América Latina, tales como Argentina, Brasil o Estados Unidos. Hace un siglo, Europa occidental ocupaba, en el panorama internacional del movimiento obrero, un lugar más importante que hoy.

El movimiento obrero, expresión de un proletariado industrial cada vez más numeroso, era una fuerza nueva en plena expansión, cuyo peso e influencia aumentaban al ritmo mismo de la industrialización. Sus formas de organización -esencialmente la de los partidos socialistas y los sindicatos- eran fundamentalmente las mismas en todos los países. Los partidos socialistas habían hecho su aparición en todas partes de Europa, hacia el final del siglo XIX, tomando casi siempre como modelo al Partido Socialdemócrata alemán. Se presentaban en el ámbito de la democracia parlamentaria, y una de sus reivindicaciones políticas fundamentales era la instauración del sufragio universal. La mayoría de los regímenes liberales de la época tenían, en efecto, una base electoral muy restringida, pues el sufragio seguía siendo limitado a ciertas categorías de la población masculina, dado que las mujeres estaban excluidas. Francia, que había introducido en 1848 el sufragio universal masculino, era entonces una excepción. Las limitaciones del sufragio excluían particularmente a la clase obrera de toda participación a la vida política. Luchando por el sufragio universal, los partidos socialistas fueron un poderoso factor de democratización de los sistemas políticos liberales. Han sido también el prototipo de los partidos de masas que se han desarrollado en el siglo XX. Por su intermedio, una parte de las clases subalternas comenzó a participar de la vida política nacional y a sentirse implicada en ello.

Paralelamente, en todos los países en proceso de la industrialización se asistía al desarrollo del sindicalismo obrero. Procedentes a menudo de las sociedades de socorros mutuos, los sindicatos se estructuraron progresivamente -primero sobre la base de la profesión, más tarde de la rama de actividad- al nivel local, regional y nacional, y ensancharon sin cesar su base. La influencia dominante en el movimiento sindical de Europa occidental fue la del socialismo reformista, pero asimismo un sindicalismo revolucionario, influenciado por el anarquismo, se desarrolló con vigor en Francia, en Italia y en España. Un siglo más tarde, el sindicalismo revolucionario ha desaparecido como corriente autónoma, mientras el sindicalismo cristiano, relativamente marginal a principios del siglo, ha tomado importancia. El sindicalismo comunista nacerá recién después de la Revolución de Octubre, luego de la creación de la Internacional Comunista. En ciertos países como Francia e Italia, se transformará luego de la Segunda Guerra Mundial en corriente dominante. En otras partes, es el socialismo reformista el que continuará dominando el panorama sindical. Los

sindicatos y los partidos políticos se valen de un mismo grupo social, la clase obrera, de la cual quieren representar los intereses económicos en el caso de los sindicatos, y los intereses políticos en el caso de los partidos. *Sindicatos* y *partidos* se consideran como las dos ramas de un mismo movimiento y mantienen lazos estrechos, fundados sobre una división de trabajo funcional entre tareas “económicas” y tareas “políticas”.

El movimiento obrero de principios del siglo XX confía en su futuro. Está consciente de ser una fuerza de expansión, llevada por el desarrollo mismo del capitalismo, y encuentra en el marxismo una grilla de lectura de la evolución social que nutre su optimismo, ya que lo designa como el heredero predestinado del capitalismo. Las corrientes revolucionarias en particular, están convencidas de que el sistema capitalista está condenado inexorablemente a derrumbarse bajo el peso de sus contradicciones internas: una idea que será luego retomada por el movimiento comunista. Por otra parte, el conjunto del movimiento obrero comparte totalmente la fe positivista en la ciencia y en el progreso.

La controversia sobre el revisionismo de Bernstein, que moviliza la social democracia alemana y una gran parte del socialismo marxista a principio del siglo, muestra la importancia del aspecto doctrinario y de la ideología en el movimiento obrero: permite también medir la distancia en relación con los partidos socialistas de hoy en día, donde una controversia de esa naturaleza es simplemente impensable.

La idea de solidaridad entre trabajadores –en la fábrica, a nivel local, nacional e internacional- es el núcleo del movimiento desde sus principios. Esta fundada sobre la conciencia de pertenecer a un mismo grupo social –la clase obrera- teniendo los mismos intereses vitales y pudiendo defenderlos frente a los patrones y al Estado, como la condición indispensable para poder resistir a la explotación y mejorar su suerte y su condición. Esa idea se afirma también a nivel internacional, concretándose en las tentativas de los partidos socialistas y de los sindicatos obreros de coordinar su acción: el internacionalismo ocupa un lugar importante en el imaginario y en la simbología del movimiento obrero.

A principios de siglo, la clase obrera forma un grupo aparte, que vive separado del resto de la sociedad. Esa segregación espacial (dado que los obreros viven reagrupados en ciertos barrios, cerca de las fábricas o de las minas) constituye además un factor de cohesión del grupo, ya que favorece la formación y la transmisión de una *cultura obrera* específica. En esas condiciones, el movimiento obrero es también, en muchos aspectos, una **contra-cultura**, que tiene sus propias instituciones, reglas de vida, etc., que estructura en gran medida la existencia cotidiana de grandes sectores de la clase obrera, gracias especialmente a una red de asociaciones de todo tipo (deportivas, culturales, educativas, etc.) Allí donde esa red es muy densa, ella permite al obrero vivir afectivamente en una sociedad *aparte* dentro de esa sociedad capitalista que siente como hostil o ajena. En otros términos, el movimiento obrero es también una esfera social, una forma de sociabilidad, un modo de vida. Ese aspecto de contra-cultura ha sido importante durante la primera mitad del siglo XX, pero luego llegó su ocaso. Hoy en día ha desaparecido en gran parte, dado que la clase obrera no vive en una situación semejante a la de antes.

A principios del siglo, el socialismo europeo es todavía un movimiento unitario en el plano político, a pesar de sus divergencias entre partidos, o entre el ala reformista y el ala radical en el seno de cada partido. En la Internacional Socialista se podían encontrar a personalidades políticas tan diferentes como Kautsky, Bernstein, Jaurés, Lenin, ó Rosa Luxemburgo. La ruptura vendrá después de 1917, con la creación del Comintern y las escisiones que dan origen a los partidos comunistas. A partir de este momento, la división entre socialistas y comunistas se instala de manera duradera y marca el paisaje político europeo hasta hoy. A lo largo del siglo esta división –exacerbada por el hecho que la corriente comunista había ligado su destino al de un Estado y renunciado así a su propia autonomía- ha debilitado considerablemente el movimiento obrero en su conjunto, y en particular al movimiento sindical.

Realizaciones y fracasos

El movimiento obrero ha sido, durante el siglo XX, un elemento importante y a veces determinante en la transformación de las

sociedades de Europa Occidental, en el sentido de la democratización política y social. Por su acción, en particular en el ámbito de la política social, ha contribuido a modelar dichas sociedades según las aspiraciones y los valores del mundo del trabajo. La comparación entre el estado de las sociedades de Europa occidental al principio y al final del siglo XX, permite constatar que numerosos objetivos que el movimiento obrero se había propuesto hace cien años pudieron concretarse.

Estos son algunos de los logros:

- Una mejor protección de los trabajadores en la vida profesional merced a los progresos de la legislación laboral, así como en la vida extra-profesional gracias a los progresos de la legislación social.
- La reducción de la jornada de trabajo.
- Un sistema de jubilaciones que garantiza una vida digna a las personas de edad.
- Un sistema de salud que asiste al conjunto –casi la totalidad- de la población.
- Un sistema de seguro de desempleo que permite a las personas privadas de trabajo cubrir al menos en parte sus necesidades.
- Una serie de medidas específicas para las personas inválidas o minusválidas.
- Una generalización de la instrucción, que permite a prácticamente a todos los jóvenes acceder a la enseñanza secundaria, y a una gran parte de ellos de acceder a la universidad.
- En el ámbito de la política, la concreción del sufragio universal para hombres y mujeres.
- La reducción de las disparidades hombre / mujer.
- El reconocimiento de las organizaciones sindicales como interlocutores de la patronal y de los poderes públicos.

Se puede resumir sintéticamente la mayoría de esas realizaciones en la fórmula del *welfare state*, que efectivamente debe mucho al movimiento obrero. Si se considera la noción de un programa *mínimo* –corriente dentro de los partidos socialistas de la época anterior a 1914- que comprende una cierta cantidad de reformas sociales y políticas, se puede estimar que ese programa ha sido realizado en lo esencial.

Contrariamente, otros objetivos, especialmente los del programa *máximo*, no han sido logrados. El sistema capitalista está todavía vigente: no solamente no se ha derrumbado, como lo preveía o lo deseaba una gran parte del movimiento obrero, sino que demuestra una gran vitalidad. Es un capitalismo en parte diferente de aquel de comienzos de siglo, pero sus mecanismos fundamentales –el beneficio, la empresa privada, el mercado- permanecen iguales. Además de las fluctuaciones cíclicas “normales”, el sistema ha conocido algunas crisis de gran envergadura, -dentro de las cuales una, la de los años treinta, fue particularmente grave por su intensidad, su amplitud y sus repercusiones políticas (la llegada al poder del nazismo en Alemania)-, pero ha logrado sobrellevarlas. Inclusive se puede decir que las luchas obreras han contribuido a vigorizar al sistema, ya que lo han empujado a buscar una productividad cada vez más elevada y a acelerar la innovación tecnológica. En tanto que el desafío comunista lo ha empujado a reformarse. Pero las tentativas de reemplazarlo de manera duradera por sistemas diferentes han fracasado, y otras alternativas creíbles aún no están a la vista. Las que fueron imaginadas por el movimiento obrero del siglo pasado –sea el proyecto anarquista, o aquel del sindicalismo revolucionario, o sobre todo después de 1917, el proyecto comunista- o bien no han sido realizadas, o no han podido perdurar. Si al final del siglo XIX se presentaba al socialismo como una alternativa global al capitalismo, en el umbral del siglo XXI este ya no es el caso, al menos en Europa occidental, a pesar de que aun existan todavía partidos que se llaman socialistas.

La experiencia soviética y el movimiento comunista

La principal tentativa de construir un sistema económico no capitalista fue realizada en la Unión Soviética y sirvió de modelo (impuesto o libremente elegido) a muchos otros países en Europa (pero no en Europa Occidental) y en el Tercer Mundo. Durante décadas, una parte del movimiento obrero europeo se ha identificado con el movimiento soviético, bajo la forma del modelo stalinista, tal como se había impuesto al final de los años 20: una economía totalmente estatizada, planificada centralmente en los últimos detalles, que había abolido completamente el mercado y la empresa privada, todo eso acompañado, en el plano político, por la dictadura del régimen comunista. El comunismo, como antes el socialismo, respondía a la idea mesiánica de un "partido de clase" en Europa Occidental y funcionó, en ciertos aspectos, como una religión secular, prometiendo la salvación y la regeneración de la humanidad. Para los comunistas, adeptos a esa nueva religión, la URSS era la utopía realizada, la prueba que el capitalismo

podía ser efectivamente reemplazado por otro sistema más avanzado, conforme a los ideales de igualdad y de justicia del movimiento obrero. La planificación soviética aparecía como la base de una economía racional, científicamente organizada, que ponía fin a la “anarquía” económica del capitalismo.

En Europa occidental, como en otras partes, el movimiento comunista ha estado estrechamente asociado con la experiencia soviética, y ese lazo identitario fue su fuerza, pero también ha provocado su ocaso a partir del momento en que, después de la muerte de Stalin, el sistema soviético entró en una fase de crisis. La alternativa soviética al capitalismo ha logrado perdurar unos setenta años, pero se reveló finalmente un fracaso en el plano económico. Es necesario destacar que el sistema soviético se derrumbó desde el interior, a causa del ahogo de su economía y de su incapacidad de reformarse, y que su desaparición no se puede imputar a causas exteriores. Su derrumbe ha acelerado el ocaso de los partidos comunistas que habían ligado su destino al modelo stalinista. Hasta los partidos que hacía largo tiempo que habían tomado distancia de la URSS –como el partido Comunista Italiano– fueron afectados. Después de haber sido uno de los protagonistas del siglo, en lo venidero el comunismo de tipo soviético pertenecerá al pasado. Aun los partidos comunistas sobrevivientes ya no lo presentan como una alternativa del capitalismo. Sin embargo hay que cuidarse de juzgar esta experiencia histórica únicamente a partir de su fracaso final, olvidando que el sistema soviético ha perdurado una gran parte del siglo, y que el movimiento comunista ha representado una inmensa esperanza para millones de personas en el mundo. En Europa occidental, un balance serio de la experiencia comunista solamente puede establecerse país por país. En algunos el comunismo ha sido solamente un fenómeno marginal de la vida política y social; en otros, como Francia o Italia, fue en ciertas épocas la corriente mayoritaria en el seno del movimiento obrero, y desempeñó un rol muy importante. En todos los casos, este balance es rico en contrastes. Por una parte, el comunismo ha tenido una función positiva, en la medida en que contribuyó a la mejora de las condiciones de trabajo y de la legislación social, a la integración de las capas populares a la vida nacional, a la lucha contra el fascismo y el nazismo, a la descolonización, etc. Por otro lado, ha sido un factor de bloqueo del sistema político democrático por su actitud hostil o ambigua hacia la democracia. En Italia, después de 1945 por ejemplo, la Democracia Cristiana pudo permanecer en el poder sin interrupción durante unos cuarenta años, precisamente porque el PCI era la fuerza hegemónica de la izquierda y porque una alternancia política conducida por ese partido era impensable mientras durara la guerra fría. El miedo al comunismo ha tenido en Europa occidental dos efectos contradictorios: por un lado, ha reforzado en Italia y en Alemania sobre todo, los movimientos de tipo fascista; del otro lado ha empujado a las clases dirigentes a aceptar o aún a emprender reformas sociales, destinadas a precisamente a ocupar el espacio del comunismo, reformas que difícilmente se hubiesen emprendido sin ese miedo. Es en parte el miedo a la revolución y al comunismo el que ha estimulado al capitalismo a reformarse y a ser más “social”, del mismo modo que en el siglo XIX, en Alemania, la voluntad de sustraer obreros a la influencia de la social democracia había llevado al canciller Bismarck a introducir importantes medidas de protección social a favor de los trabajadores.

Al principio del siglo, el movimiento obrero estaba dividido entre reformistas y revolucionarios, pero unido en el plan político. Esa unidad política se quebró después de la primera guerra mundial. A partir de los años 20, la división principal en Europa occidental fue entre socialistas y comunistas. Hay que recordar que una de las principales líneas de fractura entre socialistas y comunistas fue en torno al concepto de democracia: en efecto, los socialistas rehusaban aceptar la dictadura del partido comunista como una instancia superior de democracia, condenando los métodos violentos y terroristas de los comunistas rusos, y permaneciendo adheridos a la democracia parlamentaria. Por el contrario los comunistas condenaban la democracia parlamentaria como “burguesa” y pretendían instaurar en su lugar la “dictadura del proletariado”, o sea concretamente, la dictadura de su partido.

La evolución reciente ha quitado su razón de ser a la división “histórica” entre socialistas y comunistas. Por otra parte, en la coyuntura actual, en Europa occidental, la idea de revolución no moviliza las muchedumbres. Habiendo estado asociada durante décadas a la Rusia Soviética y al movimiento comunista, esa idea ha sufrido los altibajos de la desaparición de la URSS y del ocaso del comunismo. En el movimiento obrero de hoy permanecen tendencias y corrientes que se definen como revolucionarias (trotskistas, anarquistas, etc.), pero que representan en general sólo minorías bastante reducidas, hasta exiguas. A las tendencias que se inscriben en la tradición comunista, y que siguen llamándose así, les resulta imposible disociar la idea de comunismo de la experiencia negativa que ella representa para la gran mayoría de la opinión pública.

La evolución del socialismo democrático

Al principio del siglo el conjunto del movimiento obrero se proponía reemplazar al capitalismo por otro sistema económico y social. Luego de las escisiones comunistas posteriores a la Primera Guerra Mundial, el socialismo democrático abandonó progresivamente la idea de un sistema alternativo, mientras continuaba durante cierto tiempo refiriéndose a ese sistema en su discurso. No obstante, no renunciaba a transformar la sociedad, pero, como había elegido como brújula el método democrático y la vía parlamentaria, se esforzó sobre todo en procurar reformar al capitalismo. Desde el punto de vista económico el resultado fue un sistema mixto, basado en el mercado y la empresa privada, pero con un sector público y nacionalizado más o menos amplio y con diferentes formas de regulación por parte del Estado, en particular a través de políticas económicas anticíclicas destinadas a mantener el pleno empleo. En el plano social, la construcción de un Estado providencia (*welfare state*) cuyos núcleos son el seguro de desempleo y una cobertura social para el conjunto de la población con políticas redistributivas, cuyo objetivo es la generalización de un ingreso mínimo para todos. Este conjunto de medidas económicas y sociales fue elaborado porque se sacaron lecciones de la Gran Depresión de los años 30. Desde ese punto de vista, el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX, al menos hasta los años 80, fue efectivamente un sistema reformado, diferente en muchos puntos de vista de aquel de los años 30. La idea fundamental consistía en que, si se quería evitar la repetición de una crisis como la de los años 30, no se podía eliminar al mercado y al liberalismo económico, pero que había que introducir mecanismos correctores. En Europa occidental la posguerra se caracterizó por la aplicación de políticas keynesianas, con las cuales se identificaron bastante el socialismo democrático. El movimiento sindical de inspiración socialista ha adherido a esa evolución: las políticas redistributivas del *welfare state* estaban basadas en un pacto político en el cual los sindicatos garantizaban, a cambio, una cierta moderación salarial. Eso es lo que los politólogos han llamado con una expresión que encuentro poco apropiada, como “modelo neo-corporativo”.

Hay que señalar que la elección del método democrático ponía una serie de límites a la acción de los partidos. Como en ninguna parte tenían la mayoría absoluta en las elecciones, esos partidos podían gobernar solamente en coalición con otras fuerzas políticas, y entonces debían hacer compromisos, modificar sus programas o renunciar a aplicar ciertas partes de ellos. Al principio del siglo los partidos socialistas europeos eran, en todas partes, partidos de oposición. Después de la Primera Guerra Mundial, asumieron cada vez más responsabilidades de gobierno y se integraron en los sistemas políticos nacionales respectivos, transformándose en uno de sus principales componentes. Hoy en día, numerosos países de Europa occidental están gobernados por socialistas y conservadores, y esto es ahora un aspecto normal de la vida política de esos países. No obstante, nadie espera que los socialistas que están gobernando “construyan el socialismo”.

En ese ámbito ideológico, los partidos socialistas se han alejado progresivamente del marxismo, que a comienzos del siglo era todavía una referencia fundamental para muchos de ellos. De una manera general, el aspecto doctrinario e ideológico se ha tornado

mucho menos importante. Actualmente la ideología común a los partidos socialistas de Europa occidental es esencialmente la ideología democrática. Es interesante notar que en Italia, donde el antiguo Partido Socialista ha desaparecido en el gran sismo de comienzo de los años 90, la mayoría del antiguo Partido Comunista, que también ha desaparecido, ha elegido llamarse Partido Democrático de la Izquierda (PDS), y al final simplemente Demócratas de la Izquierda (DS).

Es muy obvio que en este fin de siglo no se sabe muy bien lo que significa la palabra “socialismo” y se prefiere a menudo evitarla, visto el uso que han hecho de ella los regímenes comunistas.

Al principio del siglo, la palabra “socialista” evocaba un sistema económico basado sobre la propiedad pública (lo que no significaba necesariamente estatal) de los medios de producción, que no funcionaban sobre la base del beneficio y del trabajo asalariado, pero sí de la utilidad social y de la libre asociación de los trabajadores. Durante la mayor parte del siglo ha designado sobre todo el sistema económico (y social) soviético, cuya esfera de aplicación no se ha extendido a Europa occidental. Actualmente no posee más un sentido unívoco.

Los cambios de la estructura social

Un considerable cambio se ha producido también en la estructura de los partidos socialistas, que tienen ahora poco en común con sus homólogos de principio del siglo. En efecto, ya no son partidos de clase, partidos obreros en sentido estricto. Esa transformación remite a aquella que se ha producido en la estructura social de las sociedades capitalistas avanzadas, muy diferentes a las sociedades de donde provenían los socialistas al principio del siglo. La idea de que la industrialización multiplicaría indefinidamente el número de los obreros, hasta el punto que ellos constituirían el grupo mayoritario en la población activa y en la sociedad en general, no ha sido realizada. El proletariado industrial efectivamente ha aumentado pero no es mayoritario, y a partir de cierto momento –que se puede situar hacia el final de los años 70-, ha empezado a disminuir, tanto en cifras absolutas como relativas. Como lo subraya Eric Hobsbawm: *“Entre 1973 y el final de los años 80 el número total de las personas ocupadas en la producción industrial en los seis países europeos de “vieja industrialización” (Bélgica, Alemania Occidental, Gran Bretaña, Francia, Suecia, Suiza) disminuyó de siete millones, ya sea hasta alrededor de una cuarta parte, o hasta la mitad entre 1979 y 1983. Y hacia el final de los años 80 la mano de obra empleada en la producción industrial se ha estabilizado en alrededor del 25% del empleo total, salvo en Estados Unidos, donde ya estaba por debajo del 20%”*. (Hobsbawm, op. cit. p. 304).

En compensación otros grupos sociales, especialmente las capas medias asalariadas, han conocido durante ese siglo una progresión mucho más importante que la de los obreros, y constituyen ahora la mayor parte de la población activa. Las actuales sociedades de Europa del Oeste están compuestas en su gran mayoría por asalariados, pero los obreros como tales ocupan allí un lugar decreciente, y ya no son la figura central y dominante del paisaje social. Ciertas categorías obreras, que han sido durante mucho tiempo los bastiones del movimiento obrero, como por ejemplo los mineros, casi han desaparecido. El siglo XX ha marcado el apogeo pero también el ocaso del proletariado industrial, y al mismo tiempo del movimiento obrero “clásico”, ampliamente identificado con ese grupo social. Los partidos socialistas, que querían ser la expresión política del proletariado, han perdido poco a poco el carácter esencialmente obrero de sus comienzos. Este fenómeno se ha producido sobre todo en la segunda mitad del siglo. ¿Podemos considerarlos todavía como una componente del movimiento obrero? La respuesta no es más tan evidente como podía serlo hace todavía algunas décadas. La definición más cercana a la realidad es quizás la siguiente: partidos democráticos que representan sobre todo los asalariados y más particularmente a los trabajadores manuales, y que aspiran siempre al cambio social por la vía de reformas.

¿Son todavía partidos de masas? Esa forma específica de partido, del cual el movimiento obrero ha sido el iniciador, conoce ella también un ocaso más o menos rápido. En el pasado, los partidos obreros tanto socialistas como comunistas no eran solamente máquinas políticas y electorales, sino también organismos capaces de estructurar en una gran medida la vida de sus adherentes. Del lado socialista, un ejemplo particularmente significativo ha sido “la Viena roja” entre 1918 y 1933/34. Eso virtualmente ha desaparecido.

El movimiento obrero ha nacido y se ha estructurado como movimiento de los trabajadores manuales y más particularmente de la clase obrera. En Europa occidental esa configuración se ha mantenido, en general, hasta los años 70. Luego, transformaciones cada vez más rápidas han hecho que sea en parte caduca. El cambio no ha sido solamente el de la organización del trabajo (el camino del “fordismo” al “post fordismo”) y de la estructura social, sino también del modo de vida, de la cultura, de la conciencia.

Durante el largo período de desarrollo económico que en Europa occidental siguió a la Segunda Guerra Mundial, la clase obrera ha entrado, ella también, en el universo de la sociedad de consumo. Sus trabajos, su estilo de vida, su modelo de consumo, y aún sus maneras de vestirse, se han acercado considerablemente a los de la clase media. La segregación social del principio de siglo ha desaparecido en gran parte, y con ella numerosos elementos que alentaban, en los obreros de principio del siglo, la conciencia de pertenecer a una clase aparte. Según Hobsbawm, la cohesión de la clase obrera consciente de ella misma llegó a su cima al fin de la Segunda Guerra Mundial, para después desmoronarse inexorablemente (cf. Hobsbawm, op. cit, p. 306).

Los trabajadores de “cuello blanco” que ha multiplicado el capitalismo post industrial, son en gran parte trabajadores asalariados igual que los “cuellos azules”, y muchos de ellos cumplen tareas semejantes a la mayoría de los obreros. De algún modo, la distinción entre esas dos categorías es puramente convencional y por ende bastante arbitraria, pero esa transformación de la estructura social ha reducido considerablemente la base y la influencia del movimiento obrero. Evidentemente un “movimiento obrero” que circunscribiera su campo de acción a sólo los obreros estaría ineludiblemente condenado al ocaso. Los sindicatos, principales organizaciones obreras, han tomado conciencia de ese peligro y se han esforzado, sobre todo durante estas últimas décadas, en organizar también a esos otros sectores del mundo del trabajo (empleados, técnicos, administrativos). Los partidos políticos ligados al movimiento obrero han hecho lo mismo y se abrieron a otras categorías distintas de los trabajadores manuales: el carácter obrero de antes ha disminuido progresivamente. El mundo del trabajo (o más exactamente del trabajo asalariado) se ha feminizado también fuertemente durante el siglo. Esa feminización se manifiesta también dentro del movimiento obrero. El hecho de que las mujeres ejerzan responsabilidades importantes en los sindicatos o en los partidos socialistas ya no es excepcional. Aquí también se puede medir la distancia recorrida en relación con el principio del siglo, aunque estamos todavía lejos de la equidad de género.

En cierto modo, la expresión “movimiento obrero” no es realmente apropiada y corresponde nada más que en parte a esta realidad de fin de siglo, que uno no sabe exactamente como definir. Más neutros, las expresiones inglesas “labours” –que designa el conjunto de los asalariados- o “labour movement”, parecen más pertinentes, pero no se pueden traducir a idiomas como el francés, el alemán, el italiano o el castellano, en los cuales uno está obligado a continuar hablando de “movimiento obrero”.

En las sociedades de Europa occidental una proporción importante de la clase obrera propiamente dicha está compuesta ahora por inmigrantes. Al principio del siglo, la inmigración era ya una realidad nada desdeñable en Francia y en parte en Alemania, pero el fenómeno concernía sobre todo a Estados Unidos y a ciertos países de América Latina. Europa era sobre todo un lugar de emigración. La situación es completamente diferente hoy en día, y aún países de los que tradicionalmente se emigraba, como Italia

y España, se han transformado a su vez en países de inmigración durante las últimas décadas. La inmigración va a reforzar las filas de la clase obrera propiamente dicha que deviene entonces en pluri-étnica.

Conclusiones

Al fin del siglo XX el movimiento obrero de Europa occidental se encuentra globalmente en la situación de un relativo ocaso. Desde hace alrededor de veinte años ha entrado en un proceso descendente y se ha debilitado considerablemente, al mismo tiempo que disminuía su base social tradicional. Persiste como un actor importante y reconocido de la vida socio-económica y política, dispone todavía de un capital moral considerable, pero ha perdido, de una manera incontestable, una parte de su fuerza de atracción. Al principio del siglo encarnaba la esperanza y la promesa de una sociedad nueva, sin clases, liberada de la explotación. Si no hubiese existido esa dimensión mesiánica, la revolución rusa de 1917 jamás hubiese tenido una repercusión tan grande en Europa y en el mundo entero. El movimiento obrero ha sido también, en muchos aspectos, una suerte de religión. Ese carácter mesiánico y utópico ha desaparecido ahora. En Europa occidental el movimiento obrero ya no está considerado como el precursor de la *ciudad futura*. No se espera de él una solución global a los problemas de la sociedad actual, sino respuestas a problemas puntuales: defensa del puesto de trabajo, mejoras salariales, etc. Tampoco propone una alternativa global al sistema capitalista y a la sociedad actual, ni tampoco imágenes radiantes y de confianza en el futuro. Como el resto de la sociedad, mira el futuro con perplejidad y con una cierta inquietud. El mundo del trabajo tiene, por otra parte, serias razones para preocuparse por las transformaciones que ocurren y por sus consecuencias: tasa de desocupación elevada, creciente precarización, cuestionamiento del *welfare state*, etc. El aspecto más inquietante para el movimiento obrero es la aparición de una desocupación masiva que abarca actualmente, en Europa, casi a la décima parte de la población activa y que se presenta como un fenómeno estructural, ligado al hecho de que el tipo actual de desarrollo capitalista destruye más empleos de los que crea. La perspectiva de un retorno al pleno empleo aparece como ilusorio. Al contrario, estamos entrando en una sociedad en la cual una parte creciente de la población se encuentra excluida del trabajo y depende totalmente de las diferentes formas de *welfare* para vivir: de ahí la agravación de los fenómenos de exclusión social y de pobreza.

Esa pesadilla social es ya parte de la realidad. Tal situación debilita objetivamente el movimiento obrero y, en primer lugar, los sindicatos. El desplazamiento de varias actividades productivas hacia los países de bajos salarios desgasta finalmente a los sindicatos.

El debilitamiento del movimiento sindical es un fenómeno general, pero más o menos marcado según los países. Francia constituye un caso límite, teniendo en cuenta que los sindicatos poseen poca entidad fuera del sector y de las empresas públicas. ¿Pero qué podemos decir, por ejemplo, del sindicalismo italiano, que puede enorgullecerse de sus millones de adherentes, pero que en gran parte –entre un tercio y la mitad, según las confederaciones- son jubilados?

A medida que la globalización económica progresa, la acción sindical llevada a escala nacional es menos eficaz, ya que muchas decisiones esenciales para la vida económica se toman fuera de ese ámbito. Las tentativas de coordinar la acción sindical a escala internacional, y más particularmente europea, han dado hasta ahora resultados de poca envergadura. Sin embargo, esa es la dirección que deberá adoptar al movimiento obrero si quiere responder eficazmente al desafío de la globalización.

El internacionalismo era uno de los valores centrales y fundamentales del movimiento obrero al principio del siglo. La primera guerra mundial lo afectó severamente y, en rigor, el siglo ha estado más marcado por los nacionalismos que por el internacionalismo. La acción del movimiento obrero transcurrió esencialmente en el ámbito nacional, y tal es todavía el caso hoy en día. Desde ese punto de vista, hay un desfase evidente entre la dinámica del desarrollo capitalista y las respuestas del

movimiento obrero.

El movimiento obrero tiene su origen en la industrialización capitalista. Ciertas formas históricas que ha adquirido resultan inseparables de ese proceso. Los aspectos y las formas de organización más directamente ligadas a la fase de la industrialización están destinados inevitablemente a declinar con la transformación hacia una fase “post industrial” o “post fordista” del capitalismo. Eso significa concretamente que ciertas categorías de trabajadores como los mineros o los metalúrgicos no tendrán más en Europa occidental un rol central como en el pasado: la primera porque están en vía de extinción, la segunda porque disminuyen sin cesar. La gran fábrica fordista que agrupaba un número elevado de obreros y constituía de esa manera un lugar favorable a la sindicalización, parece también pertenecer al pasado. Ha sido reemplazada por unidades de producción más pequeñas y más diseminadas geográficamente. El partido obrero, como tipo particular de partido basado en la clase obrera, está destinado probablemente a desaparecer o a ser marginal: su espacio político sólo puede, en efecto, reducirse. El carácter esencialmente masculino del movimiento obrero clásico continuará también decayendo, en un mundo obrero que se ha feminizado extensamente. Cierta tipo de cultura obrera (por ejemplo la de los mineros) va a desaparecer con la extinción del ámbito y de las condiciones que la habían producido. El movimiento obrero será cada vez menos “obrero” y cada vez más un movimiento de *empleados asalariados*. No obstante, no existe ninguna razón para pensar que desaparecerá, ya que cumple, especialmente en su aspecto sindical, una función esencial: el mundo del trabajo necesitará siempre estar representado, hacer oír su voz, defender sus intereses y sus derechos. La aspiración a una sociedad más justa y más solidaria de la cual el movimiento obrero ha sido una de sus expresiones, no desaparecerá. Tendremos que seguir buscando soluciones a los problemas que crea un capitalismo cada vez menos controlable.

<![endif]>

[1] Eric Hobsbawm, **The Age of Extremes. A History of the World, 1914-1991**, New York, Vintage Books, 1996 pp. 94-95).

[\(Volver al comienzo del artículo\)](#) [\(Ir a Portada de la revista\)](#) [\(Ir a Listado de artículos\)](#)



Trabajo y Sociedad

Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas

Nº 3, vol. II, agosto-octubre de 2000, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871

La Sociología del Trabajo hoy: la genealogía de un paradigma

Juan José Castillo

Universidad Complutense de Madrid

jjcastillo@cps.ucm.es

Una versión de este texto fue publicada en el *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, Enrique de la Garza (comp.), El Colegio de México-FLACSO-FCE, 2000. Se reproduce con autorización del autor

I. Introducción.

Una ciencia social se constituye, reformula sus paradigmas 'normales', se adapta a las circunstancias, en virtud de múltiples influencias. Y desde luego, no sólo como consecuencia de las demandas sociales que se le formulan, de los avances teóricos y metodológicos logrados en su propio seno. También lo hace por la hibridación conceptual que le pueden facilitar otras ciencias, sean 'sociales' o no. E incluso por la importación de conceptos y abordajes más desarrollados, que ponen a prueba su capacidad para asumir, integrar, 'digerir' o adoptar sus marcos complejos.

Ahora bien, teniendo presentes esas y otras influencias en la constitución del conjunto de saberes que denominamos 'Sociología del Trabajo', nuestro énfasis principal para abordar la constitución del campo, pensando especialmente en América Latina, ha de ser el propio trabajo y su evolución. Para poder explicar científicamente el conjunto de relaciones sociales, cuya punta del iceberg es lo que llamamos 'trabajo' la Sociología del Trabajo debe, en primer lugar, ajustar sus lentes, enfocar la mirada, hacia el trabajo realmente existente en cada sociedad.

Obviamente, otros puntos de mira son posibles, y el debate sobre la constitución de la Sociología del trabajo, también en América Latina, tiene una vitalidad que no se agota en nuestros días (Rojas y Proietti, 1996). Pero, la corriente principal de este saber parece hoy en día decantarse por asumir su definitiva constitución en los últimos diez años (Abramo y otros, 1997), sin perjuicio de reconocer sus orígenes, sus evoluciones, su ida y vuelta a los procesos de trabajo concretos, su vinculación con los actores sociales, su inserción en los vaivenes tantas veces dramáticos de la situación política en cada país.

El II Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, celebrado en Aguas de Lindoia, Brasil, en diciembre de 1996, ha culminado toda una serie de iniciativas personales e institucionales que han condensado una actividad importantísima de los años recientes, con sus otros dos epicentros en el I Congreso Latinoamericano, celebrado en México en 1993, y en el I Encuentro también Latinoamericano celebrado en Puerto Rico en 1994, y a su vez alimentados por las secciones sobre trabajo incluidas en los congresos de la Asociación Latinoamericana de Sociología, el primero de ellos en el arranque de esta etapa de consolidación, el celebrado en La Habana en 1991. Y no menos importante ha sido la entrada de la sociología del trabajo latinoamericana, con fuerza y personalidad propia, en las instituciones internacionales : desde el congreso mundial de sociología del Bielefeld, en 1994, su presencia y protagonismo son destacados.

Precisamente las ponencias, materiales, debates y apuestas del Congreso de Lindoia, sirven de pórtico y entorno de un abordaje como el que aquí vamos a proponer: porque son, simultáneamente, una buena muestra de la riqueza de enfoques, de la amplitud de miras que se ha dado la Sociología del Trabajo, de la complejidad de su mirada hacia la realidad del trabajo en América Latina; y por otro, porque revelan también los cambios en los propios estudios del

trabajo, porque son un buen muestrario de las tareas que hoy tiene ante sí esta disciplina, precisamente en relación con lo que más arriba indicábamos, si quiere ajustar sus lentes, su capacidad de ver e interpretar, a la realidad cambiante del trabajo. Tareas que se recogen en cada uno de los capítulos que componen este Tratado, que no es sino un paso más, de gigante, en la consolidación de esta disciplina, con una particular riqueza que le da el campo propio al que se aplica, como hemos dicho, sí, pero, también el que quienes forman este colectivo de mujeres y hombres, dedicados a analizar, interpretar (e intentar cambiar...) la realidad social del trabajo, sean hoy en día, más que nunca miembros prominentes del colegio invisible, de la comunidad científica internacional. Con ello queremos subrayar que, siendo esta una obra pensada para América Latina, lo es, desde luego, desde la participación y adecuación de los paradigmas que se discuten hoy en día en la escena internacional.

Por ello, en las páginas que siguen recuperamos algunos de los jalones que, a nuestro juicio, fueron poniendo las bases sobre las que hoy está constituida la Sociología del Trabajo en su corriente principal, de la que este Tratado forma parte^[1].

II. La situación 1960: la consolidación de un paradigma de la Sociología del Trabajo.

La segunda postguerra mundial conoce una gran implantación de la producción de masa, de lo que se ha convenido en denominar fordismo, en los países más desarrollados, los que hoy podríamos llamar 'centrales'. En ese contexto productivo, la sociología trata como preocupación fundamental, y especialmente la sociología norteamericana, de cómo adaptar al obrero común, al que en Europa se denominará el "especialista", a una tecnología que, en modo alguno, se considera modificable: el progreso técnico es ineluctable^[2]. En 1946, la American Sociological Association consagra una sesión especial, por vez primera, a la sociología industrial. Según Touraine, que habla de las "ambigüedades" de esta sociología norteamericana, la investigación se organiza en torno a los problemas psicosociológicos, y no en torno al trabajo mismo, que a su juicio, será la característica de la sociología europea, también 'industrial' en aquél momento, y pronto del trabajo. Según esto la Sociología del Trabajo parte "del trabajo y no del comportamiento del hombre en el trabajo, de las relaciones reales de los diversos aspectos del trabajo y de los diversos niveles de valorización y no de su impacto sobre el trabajador, de su unificación en el comportamiento del trabajador"^[3].

Sólo hoy parece reconocerse ampliamente que la confusión lingüística ha dominado muchos debates estériles, fundados, en parte, en el poco fondo de quienes los emprendían. Uno de esos debates era, precisamente, el que creía que la 'Sociología Industrial', debía esta denominación a haber nacido aplicada a la industria manufacturera, como hoy la entendemos. Y algunos han creído romper una lanza de modernidad diciendo que las '*industrial relations*' eran, también una denominación marcada. Hoy, como decimos, se reconoce que 'industria', lo mismo en sus orígenes ingleses, que en francés o en buen castellano, significaba cualquier actividad industrial, en la que se aplica el ingenio y la capacidad de las personas para transformar la naturaleza o las cosas. O ambas a la vez: ya no se descubre el Mediterráneo de que los 'industrial districts' de Alfred Marshall, obviamente, no solo podían referirse a la 'industria' de hoy en día^[4].

Volver a los clásicos ilustra y esclarece los problemas. También los falsos debates. En un número monográfico del American Journal of Sociology, en marzo de 1952, titulado "**The sociology of work**", Everett Hughes plantea así la cuestión:

"All of this issue of the Journal treats of people at work; not all of it has to do with industry, even as currently defined. People nowadays do indeed speak of the 'restaurant industry', the 'advertising industry', and even of the 'amusement industry', although I am not sure they would include boxing in it. No one has yet, so far as I know, talked of the medical, educational, or labor-union industries, but I suppose someone will".

Y continúa diciendo que "the extension of the term 'industry' to include so much more than manufacturing is itself an interesting datum", quizá en la medida en que se toma el modelo de la industria como referente, y que, por ello, "it is not surprising that sociologists who study people at work should go along with the trend and call themselves 'industrial sociologist'".

Algunos podrán discutir si realmente la Sociología del Trabajo se desarrolla de forma consistente, esto es

acumulando y superando una masa crítica de saber y reflexión sobre ese saber, pero desde luego lo que nadie discute es que los años 1959-1961 condensan y son testigos de una serie de acontecimientos, publicaciones, creación de revistas, y cambios de rumbo en los estudios vinculados con las ciencias sociales del trabajo. Este conjunto de hechos hace que pueda tomarse la **situación 1960** como el momento de inflexión o cambio que, junto a otros desarrollos que tendrán lugar en los años inmediatamente siguientes, y prácticamente hasta el final de la década, constituyen un auténtico paradigma hegemónico, con todas sus modulaciones y variantes, en la comunidad científica, en muy distintos países. Así lo recoge el excelente informe-estado de la cuestión de Franco Ferrarotti, redactado en 1959, que destaca la influencia de la II Guerra Mundial en el fortalecimiento de la Sociología del Trabajo, y que da cuenta, a nuestro juicio con sagacidad, de los logros conseguidos y de los retos por venir: la "función social de la investigación social"; el naciente papel de la ergonomía: no hay dos obreros iguales; la necesidad de la interdisciplinariedad; la participación de los agentes sociales; el problema número uno del margen de maniobra del científico social, etc.

En **Estados Unidos**, el influjo fundamental de Everett Hughes y sus discípulos, con un enfoque de estudio de campo directo que vale la pena recuperar hoy, dejará trazas profundas: "we are not merely applying sociology to work; we are studying work by sociological methods", dirá y hará^[5].

Tras la publicación del novedoso e impresionante estudio de Ralph Bendix, Trabajo y autoridad en la industria, en 1956, comienzan a llevarse a cabo algunos estudios que han sido recuperados con posterioridad, a partir de un paradigma que entonces no era el dominante. Tal como el libro de Bright, Automation and management, de 1958, cuyas tesis iban en contra del optimismo del desarrollo tecnológico y de las fuerzas productivas y sus beneficiosas consecuencias sociales.

En lo que estos estudios innovan es en **partir del trabajo mismo**, del análisis primero de lo que la persona en el trabajo hace, para intentar, desde ahí, inferir o explicar los comportamientos o las consecuencias.

Según un buen conocedor del asunto, la demanda ha generado varias nuevas sociologías, y entre ellas, la sociología del trabajo: en 1959 se puede decir que "los sociólogos invaden los talleres" en Estados Unidos^[6]. Y no pasará mucho tiempo para que la reflexión sobre la práctica de como fruto una crítica del "uso de la ciencia social en la industria americana", bajo el significativo título The servants of power^[7].

En el **Reino Unido**, el cambio se ejemplifica bien con los artículos y debates contenidos en un número monográfico del British Journal of Sociology, en 1959. Los "nuevos caminos" de la sociología industrial, que para algunos, como ya dijimos, comienza con los 'experimentos Hawthorne', conducen con seguridad hacia una renovación, provocada por la inadecuación -se argumenta^[8]- de los métodos usados a los problemas planteados: "the breadth of the approach depends on the nature of the problem". Resumiendo, se dice, "el énfasis se ha desplazado de las actitudes individuales a (...)la estructura de la situación misma', es decir, el complejo de instituciones que rodean al individuo y a su grupo de trabajo. La era de Mayo ha terminado"^[9].

En **Francia**, con los sólidos fundamentos de la obra de Georges Friedmann como punto de partida^[10], es sobre todo la fundación en 1959 de la revista Sociologie du Travail lo que va a imprimir un giro innovador, que influirá más allá de las fronteras nacionales francesas.

Y la que fuera la "primera preocupación de la sociología francesa, el estudio de los efectos profesionales sociales de las transformaciones técnicas del trabajo industrial" es, también, el horizonte que se fija la nueva psicología industrial que plantea su porvenir en este año de 1961^[11].

Por entonces se publica, también en 1961, y bajo los auspicios de la UNESCO, una suerte de "situación de la sociología industrial en la enseñanza superior", debida al mismo Smith que dos años antes propugnaba la apertura de "nuevas vías". Con una perspectiva realmente amplia, el cuestionario que recababa la información no restringía el campo de interés ni la disciplina de enfoque: desde la antropología del trabajo, hasta las ciencias de gestión son convocadas a informar^[12].

El mismo año 1961 se publica el que habrá de ser el Tratado de Sociología del trabajo de más larga, amplia y duradera influencia: lo mismo en Italia que en España, o en América Latina, además, obviamente, de en Francia y los países de lengua francesa. Editado por Georges Friedmann y Pierre Naville, y traducido al castellano en 1963, no ha mucho tiempo que continuaba siendo libro de texto en distintas enseñanzas universitarias, y reúne en sus dos sólidos volúmenes a las que entonces eran, casi sin hipérbole, todas las orientaciones y perspectivas posibles. Un clásico con

todos los honores^[13].

El caso es que, nos dice uno de los principales protagonistas de esta historia en 1962, "se hablaba más bien, hace unos pocos años, de sociología industrial. El cambio de vocabulario parece explicarse solamente por el deseo de extender los estudios a los trabajos no-industriales, primarios o terciarios. Pero indica trastornos más profundos", hay más pluralidad, más enfoques, y la noción de trabajo se usa para conjurar esa diversidad^[14].

Pero una parte de razón asiste a quienes ven, en la ampliación de los objetos materiales de análisis una primera voluntad de cambio: la Sociología del trabajo se ocupa, según Friedmann, de

"toda colectividad de trabajo con ciertos rasgos mínimos de estabilidad (que trataremos a propósito de los conceptos de estructura y organización)(...): una empresa industrial lo mismo que un trasatlántico o una lancha de pesca, una gran explotación de agricultura intensiva o la finca del pequeño agricultor donde trabajan algunos empleados con la familia del agricultor, una gran tienda de departamentos o un pequeño comercio que sólo emplea a algunos vendedores, un taller de artesano y la oficina de una delegación de policía, el equipo de un avión que se reconstituye a intervalos regulares en una línea aérea o el personal de una automotriz de la SNCF"^[15].

La definición que se da entonces de la Sociología del Trabajo será:

"el estudio de colectividades humanas muy diversas por su tamaño, por sus funciones, que se constituyen para el trabajo, de las reacciones que ejercen sobre ellas, en los diversos planos, las actividades de trabajo constantemente remodeladas por el progreso técnico, de las relaciones externas, entre ellas, e internas, entre los individuos que las componen"^[16].

Pero, las bases ya están sentadas y en el discurrir de los años 60, la revista Sociologie du Travail tomará una posición que influirá notablemente en nuestra comunidad científica, al menos en Europa y América Latina:

"la noción de trabajo por la cual fundaba [mos nuestra] especificidad se entendía en un sentido fuerte, la actividad por la cual los hombres dominan y crean su sociedad (...), definiéndose no por un terreno ,sino por una perspectiva. Frente al análisis formal de los hechos sociales, Sociologie du Travail defiende una orientación socio-histórica: estudiar la sociedad como obra de los hombres"^[17].

En **Italia**, y en 1962, nace Quaderni Rossi, la mítica revista, vinculada al movimiento obrero y a la mejor sociología académica del momento, que va a hacer de la encuesta, en "uso operaio", el punto de partida de una reflexión crítica que, al decir de algunos está en la base del resurgir de la sociología del trabajo aplicada italiana. Y que, años más tarde estallará en muy distintas corrientes de pensamiento y acción, cuyas trazas son aún detectables.

Además de la 'recuperación' de las mejores investigaciones del momento, norteamericanas o inglesas, por ejemplo, los Quaderni 'operacionalizan' la "Encuesta Obrera" redactada por Marx para la Revue Socialiste, y ponen en marcha un proyecto que, a nuestro juicio, ha sido el sello de fábrica de la Sociología del Trabajo italiana, en sus distintas escuelas de pensamiento. Con tres características: 1) ser un proyecto ilustrado, que da fundamental importancia a la socialización, esto es a la difusión y asunción por los propios sujetos investigados, de los resultados de la investigación. Lo que no dejará de tener muy importantes consecuencias en la forma de presentación de los resultados finales, en la manera en que se plantea la relación entre investigadores e investigados: el papel del técnico, cuando lo que se propone es, en suma la unidad sujeto-objeto de investigación. Lo que en la jerga del movimiento sindical se denominara "non delega". Los trabajadores son, tendencialmente, sus propios sociólogos del trabajo, sujetos y objeto de análisis.

Un segundo rasgo marcará esta impronta: se descubre y privilegia la "cientificidad de la experiencia obrera".

Un tercer rasgo, y este, creemos no se ha destacado suficientemente, es el impulso que se dará, desde entonces, a la realización de investigaciones, a veces encargadas a la Universidad, por los propios sindicatos, que, en Italia, se convierten en uno de los primeros 'comitenti', demandantes, de investigaciones sociológicas, algunas de ellas han dejado trazado el camino hasta el presente. Tal las encuestas sobre L'ambiente di lavoro, la primera, masiva, de 1969. O, más tarde, sobre el 'decentramento produttivo', en 1974.

El antes y el después de Quaderni Rossi se puede evaluar comparando el 'estado de la cuestión' que hace en 1966 Franco Ferrarotti, con la impresionante documentación y análisis presentado por Federico Butera sobre "la investigación

no académica" en 1980, tanto la llevada a cabo por los sindicatos, como por las empresas^[18].

Por otro lado, estos primeros años sesenta ven reverdecer un enfoque ya señero en las ciencias sociales del trabajo europeas, pero que, en esta década colocará los jalones de una posterior influencia decisiva en el paradigma dominante en la investigación del trabajo. Se trata de la **ergonomía**, que a partir de la vieja Psicotecnia de los primeros años de este siglo, y sobre todo del desarrollo de la fisiología del trabajo tras la Primera Guerra mundial, cobra un importante desarrollo tanto por su presencia en las empresas (ejemplos son la Renault en Francia o los 'laboratorios' de la Olivetti en Italia), como por la institucionalización en centros de investigación (como el Laboratoire de Physiologie et d'Ergonomie, en el CNAM de Paris, el Conservatoire National des Arts et Métiers).

Un número monográfico de la prestigiosa revista *Le Travail Humain*, puede tomarse como señal del cambio de orientación, en 1962, bajo el título "**la adaptación del trabajo al hombre**"^[19]: el 'hombre estándar', el 'hombre medio' sobre el que razonaban las ciencias sociales del trabajo no existe en esta perspectiva, quebrando la base principal del enfoque ingenieril y taylorista.

Con cuanto hemos venido argumentando, la situación en la década del 60 consolida un paradigma de análisis marcado aún por un determinismo tecnológico apenas matizado, que ha sido felizmente bautizado como el "optimismo de las fuerzas productivas". Basta esperar el desarrollo de las capacidades productivas, porque ellas traerán los cambios en las relaciones sociales. Si el taylorismo había sido una etapa necesaria para la sociedad (e inevitable...), aunque perjudicial para los individuos, la automatización en curso iba a devolver las posibilidades de recomposición de las *miettes* o los *frantumi*, las migajas, en que se había convertido el trabajo. Más aún, y esta es una de las señas de identidad de los productos de investigación de esta época, como consecuencia de esos cambios automáticos, una **nueva clase obrera** estaba emergiendo (en algunos casos se la veía ya en acción), capaz de implicarse en un sindicalismo de nuevo tipo, de gestión, y de ampararse de los sistemas productivos, en la fase C para decirlo con la terminología tourainiana que se generalizará en la época^[20].

Quizá, en perspectiva europea, el libro que recoge "la orientación dominante" en esos años sea el editado por la OCDE, en 1965, **Los trabajadores y la evolución técnica**, una suerte de balance crítico, con perspectivas de intervención práctica, sobre las investigaciones de "los sociólogos", durante los veinte años anteriores, sobre "las actitudes de los trabajadores frente a los cambios". Como Salomon Barkin indica en el prólogo el *motto* de fondo era éste:

"el progreso técnico y el progreso económico se reflejan claramente en los lugares de trabajo, donde se manifiestan por la modificación, la supresión o la adición de puestos entre los de los trabajadores manuales y no manuales, en los talleres y en las oficinas. La facilidad con la que podrán operarse esos cambios depende en parte de la actitud que los trabajadores adopten a su respecto"^[21].

No, desde luego, de distintas o alternativas opciones tecnológicas, negociables, por lo tanto.

Y sin embargo, ya otras investigaciones están abriendo la brecha en este paradigma consolidado. En el Reino Unido, las tesis sobre los sistemas socio-técnicos, difundidas por el Tavistock Institute, y ya aplicadas, especialmente en la minería del carbón desde los primeros años 50, son caldo de cultivo de rupturas conceptuales sonadas. El también muy influyente estudio de Joan Woodward, *Industrial organisation*, de 1965, sostendrá que 1), existe una correlación entre tecnología y organización de la empresa, pero no de causa a efecto, sin márgenes de maniobra. Y 2), que, siendo así, no hay, sin embargo relación entre éxito empresarial y aplicación de las teorías organizativas, pues, los mismos principios pueden producir resultados diversos en circunstancias diversas.

Cuando, con posterioridad se reflexione sobre los veinte años que transcurren desde éste de 1959, Marc Maurice señala el momento del fin de esta primera etapa, que va, en las denominaciones, **de la sociología industrial a la sociología del trabajo**, con una pregunta retórica:

"el fin del paradigma del evolucionismo tecnológico, a la vez ideología y cultura de la 'sociedad industrial', ¿no significa, también el fin de un tipo de sociología industrial? Sin que eso signifique, en consecuencia, la desaparición de una sociología que, desde su origen, ha considerado la noción de trabajo como 'la actividad por la cual los hombres gobiernan y crean su sociedad'"^[22].

III. La crítica de la organización del trabajo y la vuelta al proceso de trabajo: el fortalecimiento del paradigma del estudio de las situaciones reales de trabajo.

El 'ciclo de las luchas', los años de contestación obrera a la organización científica del trabajo, especialmente fechados entre 1968 y 1972, abren a los sociólogos nuevas perspectivas, nuevos problemas, nuevos retos. Las publicaciones, profesionales o de divulgación, que ponen al "taylorismo en cuestión", que propugnan un trabajo "más humano", compiten en los escaparates de las librerías y en los kioscos de los aeropuertos^[23].

A la crítica del paradigma del determinismo tecnológico, se añaden nuevas perspectivas, retorno a los clásicos, para descubrir lo que había sido descubierto años atrás, incluso, como ya recordábamos, nuevos sujetos, protagonistas de la investigación irrumpen en la escena de las ciencias sociales del trabajo. En torno a 1974, por fechar el cambio con la publicación de dos obras que hacen de piedra miliaria, un nuevo paradigma está prácticamente establecido, y con él dialogan, discuten o lo siguen, quienes integran la corriente principal de nuestra disciplina. Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX, la obra publicada en Estados Unidos por Harry Braverman es el buque insignia de esta corriente. Pero no menos emblemática, influyente y perspicaz, moviéndose en una orientación semejante, pero, si se quiere, aún más sólida, es La división capitalista del trabajo, de Michel Freyssenet, escrita y difundida en 1974, pero sólo publicada *comme il faut* un par de años después, en Francia.

El enfoque con el que se abordará el trabajo, desde esta nueva perspectiva, incluye:

1) el regreso al estudio directo, teniendo en cuenta a los propios trabajadores, del **proceso de trabajo**. Lo que supone, también una renovación de métodos, una revalorización de la observación directa, de los estudios antropológicos, de la observación participante. Las **situaciones reales de trabajo**, en primer lugar serán el objeto de estudio, para poder, a partir de ellas, saber con más propiedad las tendencias de evolución del trabajo, las vivencias de los trabajadores.

2) En segundo lugar, esta perspectiva se identificará, y especialmente en la sociología italiana, por lo que se llamará **centralidad de la fábrica**. "La fábrica -se dirá incluyendo cualquier centro de trabajo en tal denominación- es el lugar donde las relaciones de clase existentes en la sociedad se revelan más claramente", y, por ello, "fijar la atención sobre lo que sucede en la fábrica sirve para entender la línea de la evolución de la sociedad en su conjunto". Para ello, "hace falta sacar a la luz las condiciones generales por las que la organización del trabajo en la fábrica está determinada así"^[24]. De hecho, en un momento de notoriedad de la presencia tanto científico-académica, como práctica, de la Sociología del Trabajo, los puntos que se consideran centrales en el análisis del proceso de trabajo, servirán para obras sociológicas de carácter más general, como será el caso, por poner también un influyente ejemplo, con Regulación y crisis del capitalismo de Michel Aglietta^[25].

En la no menos influyente 'escuela de Warwick', en el Reino Unido, el rastro de la obra de Braverman, y con él el retorno al Libro Primero de El Capital de Marx, con seguidores y detractores, proporcionó "una base de elucidación de problemas teóricos". Así recuerda dos de ellos Richard Hyman, desde una perspectiva 'materialista':

"de una importancia crucial, contribuye a deshinchar la ideología de la tecnología como fuerza neutra, autónoma e irresistible, haciendo aparecer la organización técnica de la producción como una baza en la lucha por el control de la producción"; y, "además, la atención prestada al proceso de trabajo hace aparecer la necesidad de un análisis de los cambios en las profesiones obreras en relación con la base material de la producción, en lugar de referirse a epifenómenos del tipo 'cuellos blancos'"^[26].

El paradigma dominante en la Sociología del Trabajo se caracterizará, resumiendo cuanto antecede, a mediados de los 70, por ser un enfoque dirigido hacia el estudio de:

- 1) Las situaciones reales de trabajo, dentro y fuera de la fábrica, del centro de trabajo, de los concretos puestos de trabajo y del trabajador colectivo que lleva a cabo los procesos de trabajo y los procesos de producción concretos.
- 2) Los hombres y mujeres en el trabajo no aislados, sino en una relación, en un sistema, en el que actúan e interactúan con los sistemas de máquinas y el entorno o ambiente.
- 3) Los hombres y mujeres como miembros de un grupo de trabajo, un grupo homogéneo, esto es, sujeto a las mismas condiciones de trabajo a lo largo del tiempo. Identificar este grupo de trabajo es una tarea de investigación no siempre evidente.

- 4) Los hombres y mujeres en el trabajo se estudiarán no en un momento, lo que supondría un "corte fotográfico", sino en su devenir, en su constitución, en su historia, como grupo, incluyendo la evolución del proceso de trabajo y los sistemas técnicos que lo sostienen y condicionan.
- 5) Se deben estudiar las estrategias reales de los trabajadores, con una visión ergonómica, etológica o antropológica. Cómo adaptan su actividad real a las tareas prescritas, formales. Con la consecuente necesidad de utilizar no sólo nuevos conceptos, sino también nuevos instrumentos de recogida y tratamiento de la información.
- 6) Las formas de adaptación, resistencia de los trabajadores y nuevas formas disciplinarias y de control del trabajo.
- 7) La inteligencia de cuanto antecede sólo puede emprenderse estudiando las estrategias y políticas industriales, empresariales y estatales, en el contexto de la división internacional del trabajo.
- 8) Es imprescindible, para comprender el trabajo, desde esta perspectiva dominante en los años 70, estudiar el dentro y fuera de la fábrica, las "huellas del trabajo", hacia fuera. Los cambios culturales y el papel del valor trabajo, o la situación del mercado de trabajo, por ejemplo, hacia adentro.
- 9) Por necesidades del marco científico y de las propuestas de investigación indicadas, así como de las estrategias metodológicas implicadas en ellas, los que hasta ahora eran objetos de investigación, los trabajadores, mandos medios o empresarios, han de participar en la investigación, también como sujetos. Sus saberes pueden así pasar a formar parte del conocimiento construido por la Sociología del Trabajo.

IV. Los cambios en los marcos sociales del trabajo, y del trabajo mismo: la renovación de la Sociología del Trabajo.

Con un brillante argumento, y en un libro que hizo época en 1977, *Tre Italie*, Arnaldo Bagnasco recomendaba algo tan sencillo, a su entender, como el tomar la empresa, el centro de trabajo, como punto de partida de cualquier análisis que se pretendiera innovador en el estudio del desarrollo económico. Su *boutade* de que, su espléndido y renovador libro era, simplemente, un comentario al cuadro sobre la distribución de empresas en Italia y su evolución que figuraba hacia el final del mismo, estaba, en el fondo, llena de sentido: había que tomar en serio los centros de trabajo, las empresas, y explicar las relaciones entre ellas, el origen de los empresarios, las condiciones de trabajo de los y las trabajadoras, la dependencia estructural entre unas empresas y otras... Un verdadero programa de investigación que se articula en torno a dos ejes de reflexión que parten del centro de trabajo para reconstruir las bazas, los retos de la Sociología del Trabajo dentro y fuera de la fábrica.

IV.1. La crisis del taylorismo.

Para muchos analistas, la principal razón de la tan divulgada 'crisis del taylorismo', en la literatura posterior a 1975, tenía una razón fundamental, si no única: "la renovación de los métodos de resistencia obrera en los lugares de producción es el indicio de una crisis larvada de legitimidad del modo de ejercicio del poder patronal sobre la disposición de las fuerzas productivas"^[27]. Desde luego, es la resistencia de los trabajadores la explicación última más argumentada cuando se analiza, contextualiza y explica el auge, en esos años, del énfasis, que casi se vuelve un monotema, de las **condiciones de trabajo** como objeto de estudio: "es notorio que la resistencia obrera al trabajo taylorizado está ampliamente en el origen de su puesta en cuestión; se repiensen las formas de organización del trabajo allí donde ya no son socialmente viables: Volvo no tenía emigrados para hacer funcionar sus cadenas. La crisis del taylorismo no es una crisis tecnológica, sino una 'contestación' del 'poder jerárquico de las cadenas'"^[28].

A plantear cómo llegaron a ser un **problema social** en esos años las condiciones de trabajo dedicamos una parte de nuestro trabajo de investigación (y de docencia), cuyo resultado está plasmado en el libro Condiciones de trabajo. Hacia un enfoque renovador de la Sociología del Trabajo, analizando tanto los comportamientos colectivos, y fundamentalmente los cambios en el contenido reivindicativo de las huelgas en la década de los sesenta, como los comportamientos 'individuales', que no por ello, y al ser masivos o generalizados, dejan de tener repercusiones y características semejantes a los colectivos: absentismo, rotación, lo que se llamó 'alergia al trabajo', e incluso, en la terminología de la variante de la 'autonomía' italiana, rifiuto del lavoro.

Unas veces, esa resistencia se constata como un dato a partir de las transformaciones de la fuerza de trabajo

disponible, sean estos cambios culturales, de expectativas, o de otro tipo. Así, cuando Volvo prepara el diseño y lanzamiento de la que será su insignia, a mediados de los años 70, su fábrica de Kalmar, la dirección de la empresa se remitirá a un estudio demográfico y sociológico prospectivo, según el cual, piensan entonces, para 1980, el 90% de la juventud sueca tendrá estudios de bachillerato superior, y es entre esa población donde habrá de buscar los obreros de sus fábricas, poco dispuestos, creen, a llevar a cabo un trabajo repetitivo, jerarquizado y monótono: unos "jóvenes trabajadores [que están] más preparados que cuanto les servirá para trabajar". Un analista contemporáneo lo presenta con toda claridad: "entre las motivaciones que han desembocado en la concepción de la fábrica de Kalmar, una es esencial: hacer el trabajo aceptable para una mano de obra nacional cada vez más instruida"^[29].

Se trata, teniendo presente este dato, de paliar la resistencia por una adecuación entre la formación recibida y los requerimientos de los puestos y sistemas de trabajo, intentándose colmar un desfase tendencial que se estima es una razón importante del **descontento obrero**. El horizonte, entonces, es que se tiende a difuminar la distinción entre la situación del trabajador y la del ciudadano o del consumidor, y a hacer menos tolerables condiciones de trabajo que no han seguido la progresión de las condiciones de vida.

En otros análisis, la resistencia obrera se tomará como punto de partida de la génesis de nuevas actitudes empresariales, y sobre todo, se dirá, de nuevas prácticas organizativas, de transformaciones, siempre lentas, de la 'cultura industrial'. Se pronosticará -y se fomentará simultáneamente, hay que decirlo- la necesidad de un comportamiento 'racional' del empresario, sin pretender alejarlo del fin de obtener más producto con menos costo, más beneficios, sin salir del marco de la lógica empresarial. Las condiciones de trabajo, objetivamente, y subjetivamente, esto es, en su propia materialidad, por un lado, y tal y como son vividas y los comportamientos que 'provocan', por otro, se analizarán como costes económicos indirectos.

Sobre la magnitud de estos costes -evitables- se insistirá con el fin de convencer a los empresarios de que no se les convoca a una obra filantrópica proponiéndoles el desarrollo de **nuevas formas de organización del trabajo**.

Esta tesis es formulada con toda claridad por el funcionario de la OIT, Georges Spyropoulos: "la mejora de las condiciones de trabajo contribuye a una mayor eficacia del sistema de producción". Por ahorros en a) costes relacionados con la garantía de la integridad física del trabajador; b) costes relacionados con el comportamiento de la mano de obra (absentismo, rotación), que provocan necesidades de planificación y disposición de trabajadores extra^[30].

Los sindicatos se suman a esta perspectiva. Así el Instituto Sindical Europeo, que depende de la Confederación Europea de Sindicatos, tras analizar detalladamente las 'nuevas formas de organización del trabajo', concluye que las "reacciones ante el trabajo y la organización del trabajo", "todas esas reacciones tienen al menos un factor común: todas tienen consecuencias económicas, a saber, aumento de costes". Y los sociólogos sindicales basan su argumento en casos reales y en declaraciones de managers y empresarios^[31].

Para explicar el desarrollo -o lo conveniente que sería...- no faltan otros argumentos, y algunos de ellos de peso. Sobre todo porque se acabarán convirtiendo en la razón que ni siquiera hay que explicar, taken for granted, de los cambios de la década siguiente.

Uno de ellos es especialmente relevante, recitado desde fuera del centro de trabajo, o desde dentro. Son las imposiciones que supone al 'productor de mercancías' los cambios acaecidos en el mercado, en la demanda de productos, menos previsibles que en el pasado, y, por ser variables, menos soportables por un aparato productivo rígido y costoso, con grandes inversiones en inmovilizado material. Y, en el mismo movimiento argumentativo, los límites organizativos que supone un sistema cuyos dos pilares son Taylor y Ford: la parcelización de las tareas y la cadena de montaje.

La eficacia e inevitabilidad para la producción de masa es puesta así, radicalmente en cuestión desde dentro. Aquí la razón principal de fomentar los cambios organizativos no es 'humanista' o 'política', dos adjetivos con los que se descalificarán muchas iniciativas venidas desde los sindicatos, sino 'ingenieril': hoy los **grupos semiautónomos** son tan necesarios e inevitables como antes lo fuera la degradación y división del trabajo. La cadena de montaje, símbolo por antonomasia de la producción tradicional, plantea -dicen- graves problemas técnicos para su uso óptimo. Y el ejemplo utilizado de forma más convincente y repetida, tanto en la prensa profesional empresarial, como en los 'libros de texto', o en la enseñanza a los nuevos ingenieros, y futuros organizadores de la producción, es el de las pérdidas de tiempo por equilibrado e imposibilidad de saturación. Suele repetirse en la literatura un porcentaje del 25% de tiempo perdido en las cadenas de montaje en los Estados Unidos por desigualdad en las cargas de trabajo de los distintos puestos que componen ese proceso de trabajo, aunque lo cierto es que esa mítica cifra se viene arrastrando en la cita, sin cotejo ni

verificación, desde 1963^[32]. Lo cierto es que, tanto esas pérdidas como la necesidad de suplentes (los 'comodines' en España), supervisores y mandos intermedios, máquinas y herramientas de sustitución para evitar la vulnerabilidad del sistema que puede ser fácilmente 'saboteado' pesarán con fuerza en el eventual desarrollo de las nuevas formas de organización del trabajo de la segunda mitad de los años 70, que dejarán, por otro lado un poso de reflexión y experiencias, sin el cual no se comprende la posterior evolución de la organización del trabajo, y mucho menos las perspectivas y problemas actuales^[33].

IV.2. La nueva organización productiva.

Pero quizá la huella más relevante de la llamada 'crisis del taylorismo', de las 'nuevas formas de organización del trabajo' haya sido la de crear las posibilidades técnicas y organizativas para una fragmentación de los procesos productivos, propiciando así una tendencia enormemente significativa y de peso en el proceso de reestructuración de los procesos productivos, lo que comenzará llamándose 'decentramiento productivo', y acabará en la 'nueva organización industrial', según el dictum del Instituto Internacional de Estudios Laborales, el centro de investigación de la OIT^[34]. Un complejo de transformaciones a las cuales aún estamos asistiendo y que se basará en innovaciones organizativas de trabajo en grupo, en las posibilidades introducidas por las nuevas tecnologías de la información disponibles, en el papel primordial atribuido al diseño de los productos, bienes y servicios, en una vinculación literalmente casi directa entre producción, distribución y consumo, y en la voluntad de desplazar el peso político-organizativo que tenía el 'obrero-masa' en la gran fábrica^[35].

Los 'grupos de producción' suponen un cambio organizativo diseñado para una nueva gestión de la fuerza de trabajo que utilice las capacidades más altas de los sujetos, o la 'profesionalidad colectiva'; que recurra a una oferta de trabajo más amplia y con menos capacidad de negociación. Y es perfectamente compatible y combinable con la introducción de nuevas tecnologías, que, a su vez fomentan el trabajo en grupo, o en pequeñas unidades productivas físicamente separadas entre sí, pero coordinadas con redes electrónicas de información. Lo que, a su vez, encaja con nuevos diseños de productos especialmente pensados para poder ser fabricados en módulos autónomos.

Se trata, en suma, de un cambio organizativo que facilita el desarrollo de la fragmentación del proceso productivo, la transformación del sistema basado en la gran fábrica, hacia las "pequeñas unidades de producción independientes y coordinadas": "la innovación tecnológica de la informática y de la electrónica permite lograr la máxima flexibilidad respecto a los procesos productivos y a los tipos de herramientas que pueden utilizarse, integrar procesos distintos por su naturaleza y localización, descentralizarse en lugares diferentes las fases del proceso productivo sin perder la posibilidad de centralización de las funciones de control"^[36].

Del conjunto de investigaciones disponibles hoy en día, tanto como resultado de programas internacionales, como de los balances o estados de la cuestión por países, incluida América Latina^[37], parece que puede afirmarse que, al final de la década de los años noventa tenemos ya, ante nosotros, el resultado de un proceso de cambios que, tomando como punto de partida los últimos años sesenta, se viene calificando como tiempos de una 'nueva organización industrial', o de la 'empresa-red', tras haber pasado por otras denominaciones que han intentado aprehender la nueva realidad productiva que emergía ante nuestros ojos, habituados a mirarla con las anteojeras de los viejos paradigmas de las ciencias sociales, evolucionismo y determinismo tecnológico principalmente ^[38].

Y estas transformaciones no parecen deberse a rasgos o influencias coyunturales, sino que, por el contrario, encarnan y manifiestan tendencias duraderas, al menos desde principios de la década de 1970: no otra cosa ilustran los estudios sobre el decentramiento productivo en Italia, perfectamente detectable ya a mediados de la década^[39].

Para el caso español -al igual que para otros países 'centrales'- podría identificarse una evolución en U, descenso del número de pequeñas empresas hasta finales de los sesenta y crecimiento de las mismas en los años setenta y ochenta: los datos estadísticos confirman esa tendencia^[40].

Pero ese retorno de las pequeñas unidades de trabajo y de producción señalado por el incremento de las pequeñas empresas dice poco si nos quedamos en agregados estadísticos que, lógicamente, no hablan por sí mismos. Por ello es imprescindible, para poder entender cuáles son los significados de la reestructuración productiva actual, tener 'un ojo en la realidad y otro en la teoría'. Sólo así, observar es, ya, en cierta medida, teorizar.

Y conviene recordar esta primacía de la interpretación, pues, desde el lado de la gran empresa, una nueva tesis de la convergencia se abre paso con fuerza en la literatura internacional. Según ella, las grandes (y las medianas...) empresas estarían inmersas en una profunda reorganización interior con inmediatas repercusiones en el 'exterior', como fruto de tendencias de largo plazo: algo que podría simplificarse diciendo que se 'pequeñizan' en su estructura funcional y organizativa.

Tal reorganización comprendería una serie de rasgos tales como:

1) Una tendencia de las unidades funcionales a tener mayor autonomía, hasta el punto de que se pudiera pensar, con Alfred Marshall que "una fábrica grande no es más que la reunión de diversas fábricas pequeñas".

2) Como consecuencia de esa mayor autonomía, la cultura empresarial cambia (o debe cambiar...), hasta permitir que cada vez niveles más amplios, y más cercanos al trabajador directo, puedan tomar decisiones en contextos de incertidumbre, y, a la vez, actuar dentro de una orientación global, de empresa única.

3) Estos cambios en la cultura industrial, interna a la gran empresa, se transfieren y extienden a la red de subcontratistas, a la red de empresas o centros de trabajo que componen el proceso de producción de un bien o servicio, tendiendo a ceder más responsabilidad e iniciativa, y por ende, capacidad de innovación. En suma, introducen más confianza en el mercado. Y más mercado en la organización interna de la empresa.

Buena parte de estas 'conclusiones' se han desarrollado sobre la base de pruebas empíricas no sólo italianas, alemanas, norteamericanas, japonesas o francesas, sino también españolas y latinoamericanas, donde se encuentran, en los estudios, aún escasos, pero sobre todo en la práctica organizativa de las empresas, esa mayor autonomía funcional, bajo el nombre de "unidades elementales de trabajo", o semejantes; estructuras matriciales en la organización con dependencias jerárquicas compartidas, externalización de funciones, reducción de niveles jerárquicos, etc. [41]

La evidencia empírica de la reorganización de los tejidos productivos tiene, por otro lado, confirmación en el conjunto de estudios que, habiendo partido, de la descentralización productiva, la economía sumergida o informal, ha pasado por los estudios de 'desarrollo local', y hoy nutre un programa de investigación amplio y complejo que arranca de la constatación de que nos hallamos ante una **nueva división del trabajo entre empresas**.

El trabajo en este contexto, en los países 'avanzados', se define, como lo ha hecho con un hallazgo feliz Luciano Gallino, por ser el **trabajo en estado fluido**. Cuyos rasgos fundamentales consistirían, entre otros que aquí ahora nos interesa menos destacar:

1) Una 'liofilización organizativa': descentralización y dispersión en el territorio, 'empresas-red', funciones expulsadas de la (gran) empresa, subcontrata; constitución de empresas por funciones empresariales que "venden" a las restantes funciones de la empresa, etc.

2) "Un gran desarrollo de redes de comunicación, físicas e informáticas", necesarias para integrar los fragmentos productivos y las funciones dispersas, junto con la emergencia, bajo forma de empresas, de sistemas de integración de las partes de la (antigua) empresa, de las distintas funciones.

3) Una producción en tiempo real, que quiere plegarse más a la demanda. Se da por hecho la necesidad del Justo a Tiempo, por ejemplo.

4) Un constante deterioro de los sistemas de garantías para los (cada vez menos) trabajadores **sólidos**, fijos, con capacidad de contratar y negociar, con declive de contratos indefinidos, etc.

En resumen, el punto de partida, en este momento teórico-interpretativo, es que "gran parte del trabajo necesario para la producción en la neoindustria ha perdido, en distinta medida, visibilidad, localización, densidad y límites temporales". Y, por ello mismo, sin herramientas conceptuales y teóricas adecuadas, sin **método**, "resultará casi imposible establecer de manera exhaustiva quién, dónde y cuándo ha procedido a las miles de operaciones necesarias para concebirlo, diseñarlo, fabricar los componentes, montarlos, probarlo, terminarlo, confeccionarlo, contabilizarlo, transportarlo, distribuirlo a los usuarios finales" [42].

V. Qué trabajo, qué sociología.

Como lo ha formulado de manera sucinta y clara, Frank Heller, uno de los portavoces de la mejor tradición británica de estudios del trabajo, el enfoque sociotécnico, "el término 'trabajo' y la manera en que es utilizado por los científicos, al

igual que la persona corriente, ha distorsionado seriamente nuestra manera de pensar sobre aspectos básicos del vivir"^[43].

Nosotros partimos de considerar como posibles objetos materiales de estudio "todas las formas de trabajo y actividad", usando una expresiva caracterización y desarrollo conceptual de Ray Pahl, lo que delimita o señala, si se nos permite una paráfrasis de una vieja formulación de Lucien Goldmann, el máximo de conciencia posible de la Sociología del Trabajo^[44]. Jacques Delors lo había expresado en 1980, también con la amplitud necesaria para poder comprender los fenómenos entonces socialmente preocupantes, de integrar tiempo de vida y tiempo de trabajo en un sólo movimiento cognoscitivo: "pensamos el trabajo como toda forma de actividad que permite transformar la naturaleza en bienes y servicios útiles, o crear relaciones interpersonales y sociales más ricas"^[45].

El futuro del trabajo delimita la evolución posible de su sociología. A menos que se haga **arqueología**, futurismo tecnológico o utopías: prescripción en lugar de descripción e interpretación. Desde luego, podría afirmarse que a tal **trabajo** (tal concepción de lo que sea considerado trabajo), tal **sociología**. Basta mirar a la historia reciente de la disciplina para detectar como el objeto material y teórico de la misma condiciona métodos, alcance, técnicas de investigación... Así, basta ampliar el estudio del trabajo, del trabajador colectivo, al proceso completo de producción de un bien o servicio, para generar una concepción de la Sociología del Trabajo con un particular **perfil epistemológico**.

Hoy parece ya un conocimiento adquirido, de sentido común... científico, la afirmación reciente, haciendo balance de muchos años de investigación, del maestro Jacques Leplat: "la historia del análisis del trabajo depende, en una parte importante, de la del trabajo y de las condiciones en las cuales este trabajo se ejerce". A lo que añade, poco antes, "estas reflexiones sobre el trabajo tienen una incidencia muy directa sobre la concepción del análisis"^[46].

Y basta, a su vez, un perfil o **abordaje** teórico particular para encontrar el trabajo allí donde tantos aseguran que ya no existe, o al menos que ya no es lo que era. Como ejemplo, el trabajo borroso, de ocasión, crepuscular. Ese trabajo, si somos capaces de hallarlo, con un conjunto de dispositivos de investigación que se atrevan con la complejidad de nuestros días, nos mostrará que **no es** una economía distinta, como la antaño llamada 'oculta', o 'informal', sino que está absolutamente vinculada y entrelazada a la vida, experiencias y expectativas de los trabajadores estándar, o que al menos así lo fueron en el pasado^[47].

Sea como fuere, la mejor Sociología del Trabajo, en la comunidad científica internacional, parte hoy -y digamos que hoy son los últimos diez años- del amplio reconocimiento de que, desde luego, el trabajo a estudiar por la sociología es mucho más que la "relación social de empleo":

"Perhaps the most important single change [en la Sociología del Trabajo] has been the widespread recognition that the study of work cannot be restricted to activities within the social relations of employment; domestic work, voluntary work, communal work, are all 'work', with considerable economic and social importance, related in a variety of ways to paid work in the 'formal economy, and requiring investigation and explanation just as employment does"^[48].

Un balance de la sociología del trabajo británica, que ha costado a su autor varios años de elaboración, en una espléndida summa, condensa nuestra propia visión de cuál debe ser el trabajo objeto de la sociología: "trabajo significa cualquier actividad física o mental que transforma materiales en una forma más útil, provee o distribuye bienes o servicios a los demás, y extiende el conocimiento y el saber humano (...); una definición de trabajo, por tanto, incluye referencias tanto a la actividad como al propósito para el cual la actividad es llevada a cabo"; "el mundo del trabajo es construido activamente por los actos interpretativos de los agentes implicados"^[49].

La Sociología del Trabajo, persiguiendo la explicación de su objeto, que se dispersa y esconde, se transforma y se construye socialmente, ha evolucionado hasta llegar a la complejidad de su abordaje actual. Hacia su complejidad de abordajes, habría que decir. Su campo se ha ampliado así hasta constituirse en una disciplina cuyos objetivos son "mostrar el conjunto de relaciones colectivas por las cuales se realiza la producción de bienes y servicios" ^[50].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABRAMO, Laís: "Um olhar de gênero: visibilizando precarizações ao longo das cadeias produtivas", ponencia presentada al II

Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, São Paulo, Brasil, 1-5 de diciembre de 1996, 25 p.

ACCORNERO, Aris: Il lavoro come ideologia, Bolonia, Il Mulino, 1980, 222 p.

ACCORNERO, Aris: "Fábrica difusa y nueva clase obrera", in Sociología del Trabajo, n. 5, 1981, pp. 63-76 [Original, Inchiesta, 1978].

AGLIETTA, Michel: Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos, Madrid, Siglo XXI, 1979, 345 p. [Edición original francesa, 1976]

AGLIETTA, Michel: "Sobre algunos aspectos de la crisis en el capitalismo contemporáneo", in AGLIETTA, M. y otros: Rupturas de un sistema económico, Madrid, Blume, 1981, pp. 57-83.

ALLEN, V.L.: "The need for a sociology of labour", in The British Journal of Sociology, vol. X, n. 3, septiembre 1959, pp. 181-192.

ANTUNES, Ricardo: "Qual crise da 'sociedade do trabalho'?", Ponencia presentada en el II Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Aguas de Lindoia, SP, Brasil, 1-5 de diciembre de 1996, 22 p.

BARITZ, Loren: The servants of power. A history of the use of social science in American industry, Middletown, Conn, Wesleyan University Press, 1960, 273 p.

BRAVERMAN, H.: Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX, México, Nuestro Tiempo, 1975, 513 p. [Edición original americana, Labor and monopoly capital, 1974].

BROWN, Richard: Understanding industrial organisations. Theoretical perspectives in industrial sociology, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, 280 p.

BUTERA, Federico (ed.): "Le ricerche 'non disciplinarie' per la trasformazioni del lavoro in Italia: 1969-1979", número monográfico de Sociologia del Lavoro (Bolonia), n. 10-11, 1980, 404 p. [La presentación de Butera en las pp. 9-49].

BUTERA, Federico: "Impresa rete e automazione", ponencia presentada al Congreso Internacional "Las pequeñas empresas en el contexto europeo. ¿Neofordismo o especialización flexible?", Alicante, 20-23 de febrero de 1990.

CAPECCHI, Vittorio: "La economía sumergida en Italia. Investigación en una región caracterizada por la existencia de la pequeña empresa", in Sociología del Trabajo, primera época, n. 9, 1983, pp. 35-64.

CAPIELLO, María Agata: "Propuesta de bibliografía razonada sobre la economía sumergida en la industria (Italia, 1970-1982)", in Revista Española de Investigaciones Sociológicas, n. 38, 1987, pp. 219-237 [Original italiano de 1982].

CASTILLO, Juan José: La división del trabajo entre empresas. Las condiciones de trabajo en los sectores de la electrónica y del mueble de madera en la Comunidad de Madrid, Madrid, Ministerio de Trabajo y S.S., 1989, 168 p.

CASTILLO, Juan José: "Diseño del trabajo y cualificación de los trabajadores: en una fábrica de motores", incluido en J.J. CASTILLO (ed.): La automatización y el futuro del trabajo, Madrid, Ministerio de Trabajo y S.S., 1991 [Segunda edición], pp. 261-332.

CASTILLO, Juan José: El trabajo del sociólogo, Madrid, Editorial Complutense, 1994, 420 p.

CASTILLO, Juan José: Sociología del Trabajo. Un proyecto docente, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, 1996, 208 p.

CASTILLO, Juan José: "A la búsqueda del trabajo perdido. Y de una sociología capaz de encontrarlo...", Estudios Sociológicos (México), vol. XV, n. 44, mayo-agosto 1997

CASTILLO, Santiago (ed.): El trabajo a través de la historia, Madrid, Asociación de Historia Social-Centro de Estudios Históricos de UGT, 1996, 577 p.

CHINOY, Ely: La sociedad. Una introducción a la sociología, México, FCE, 1969 [Edición original U.S.A.: 1961; traducción y primera edición en español, 1966], 423 p.

CORIAT, Benjamin: L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse, París, Christian Bourgeois Editeur, 1979, 299 p. [En castellano, Madrid, Siglo XXI].

COSTER, Michel De; PICHAULT, François (eds.): Traité de Sociologie du Travail, Bruselas, De Boeck, 1994, 551 p. [Préface d' Alain Touraine].

DANIELLOU, François (dir.): L'ergonomie en quête de ses principes. Débats épistemologiques, Toulouse, Octarès Éditions, 1996, 242 p.

ERBES-SEGUIN, Sabine: Le travail dans la société. Bilan de la sociologie du travail. Tome 2. Grenoble, Presses Universitaires de G., 1988, 187 p.

ERBÈS-SÉGUIN, Sabine (dir.): L'emploi: dissonances et défis. Sociologues et économistes en débat, París, Éditions L'Harmattan, 1995, 327 p.

FERRAROTTI, Franco: Hombres y máquinas en la sociedad industrial, Barcelona, Editorial Labor, 1976, 180 p.

FRIEDMANN, Georges; NAVILLE, Pierre (dirs.): Tratado de Sociología del trabajo, México, F.C.E., 1963, 2 tomos [Edición francesa: 1961].

GARZA, Enrique de la: "El papel del concepto de trabajo en la teoría social del siglo XX", texto fotocopiado, 1996, 27 p.

- GITAHY, Leda; FISCHER, Rosa María: "Produzindo a flexibilidade: algumas reflexões sobre as aventuras e desventuras da gerência pós-moderna", ponencia presentada al II Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, São Paulo, Brasil, 1-5 de diciembre de 1996, 29 p.
- GRINT, Keith: The sociology of work: an introduction, Oxford, Polity Press, 1991, XV+358 p.
- HELLER, Frank: "The impact of technology on the social meaning of work", Ponencia presentada al "Workshop" sobre "Changing work structures and work meanings in the context of new technologies", Bad Homburg, 18-20 abril 1985, 22 p.
- HODSON, Randy: "Worker resistance: an underdeveloped concept in the Sociology of Work", en Economic and Industrial Democracy, vol. 16, n. 1, febrero 1995, pp. 79-110.
- HODSON, Randy; SULLIVAN, Teresa A.: The social organization of work, Belmont, CA., Wadsworth Publishing Co., 1995 (Segunda Edición), 514 p.
- HUGHES, Everett Cherrington: Men and their work, Londres, [etc.], The Free Press of Glencoe-Collier Macmillan, 1964 [Primera edición, 1958], 184 p.
- HYMAN, Richard: "La théorie des relations industrielles: une analyse matérialiste", in Sociologie du travail, n. 4, 1979, pp. 418-438.
- ISE (Institut Syndical Européen): Nouvelles formes d'organisation du travail: les expériences en Europe Occidentale, Bruselas, ISE, 1981, 326 p.
- JARDILLIER, Pierre: L'avenir de la psychologie industrielle, París, P.U.F., 1961, 139 p.
- LAJOINIE, Guy: "Sociologie du travail: vers de nouvelles frontières", in Une nouvelle civilisation?. Hommage à Georges Friedmann, París, Gallimard, 1973, pp. 197-220.
- LEPLAT, Jacques: "L'analyse psychologique du travail: quelques jalons historiques", in Le Travail Humain, tomo 56, n. 2-3, 1993, pp. 115-131.
- LICHTNER, Maurizio (a cura di): L'Organizzazione del lavoro in Italia, Roma, Editori Riuniti, 1975, 306 p.
- MARAVALL, José Antonio: "Dos términos de la vida económica: la evolución de os vocablos 'industria' y 'fábrica'", en J.A. Maravall: Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII), Barcelona, Mondadori, 1991, pp. 139-161.
- MAURICE, Marc: "Le déterminisme technologique dans la sociologie du travail (1955:1980). Un changement de paradigme?", in Sociologie du Travail, n. 1, 1980, pp. 22-37.
- NAROTZKY, Susana: Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las ciencias sociales, Madrid, CSIC [Consejo Superior de Investigaciones Científicas], 1995, 197 p.
- PAHL, R.E.: Divisiones del trabajo, Madrid, Ministerio de Trabajo y S.S., 1988 [Edición original, 1984].
- PÉREZ SÁINZ, Juan Pablo: De la finca a la maquila. Modernización capitalista y trabajo en Centroamérica, San José, Flacso-Programa Costa Rica, 1996, 252 p.
- PÉREZ SÁINZ, Juan Pablo: "Economía comunitaria y capital social. La cara oculta de la globalización en Centroamérica", en Estudios Sociológicos, México, vol. XIV, n. 41, 1996, pp. 453-472.
- PIZZORNO, A.; REYNERI, E.; REGINI, M.; REGALIA, I.: Lotte operaie e sindacato: il ciclo 1968-1972 in Italia, Bolonia, Il Mulino, 1978, 304 p.
- PRIDA ROMERO, Bernardo: La organización del trabajo: análisis crítico de la evolución histórica, la situación actual y las perspectivas para el futuro, Madrid, ETS Ingenieros Industriales, Tesis Doctoral, 1982, 295 p. (fotocopiado).
- PRIES, Ludger: La reestructuración productiva como modernización reflexiva. Análisis empírico y reflexiones teóricas sobre 'la sociedad de riesgo', México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1995, 234 p.
- PRIES, Ludger: "Conceptos de trabajo, mercados de trabajo y 'proyectos biográfico-laborales' [en Puebla, México]", Texto no publicado, [1995], 42 p.
- PRIES, Ludger: "Trabajo y trabajadores por cuenta propia: ¿marginalizados de la teoría sociológica del mercado de trabajo y de los movimientos sociales", Ponencia presentada en el Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Aguas de Lindoia, Brasil, 1-5 de diciembre de 1996, 28 p.
- RIFKIN, Jeremy: El fin del trabajo. El declive de la fuerza de trabajo global y el nacimiento de la era posmercado, Barcelona, Paidós, 1996, 399 p.
- ROJAS, Eduardo y PROIETTI, Ana: "La Sociología del Trabajo en América Latina: una crítica al paradigma politicista", en M. Panaia (comp.): Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario, Buenos Aires, Eudeba-PAITE, 1996, pp. 383-413.
- ROSE, Michael: Servants of post-industrial society. Sociologie du Travail in Modern France, Londres [etc.], MacMillan, 1979, 226 p.
- ROZZI, Renato A.: Psicologi e operai. Soggettività e lavoro nell'industria italiana, Milan, Feltrinelli, 1981 [Quinta edición, la primera es de 1975], 246 p.
- SMITH, J.H.: "New ways in Industrial Sociology", in The British Journal of Sociology, vol. X, n. 3, septiembre 1959, pp. 244-252.

- SMITH, J.H.: Les sciences sociales dans l'enseignement supérieur. Sociologie industrielle, [Préface de J.D. Reynaud], París, UNESCO, 1961, 140 p.
- SPYROPOULOS, Georges: "Condiciones de trabajo, productividad y selección de tecnología", in MINISTERIO DE ECONOMIA: Seminario sobre productividad y política de empleo, noviembre 1976, Madrid, Ministerio de Economía, 1980, pp. 295-309.
- TOURAINE, Alain: "Ambigüités de la Sociologie Industrielle Américaine", in Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. XII, 1952, pp. 131-146.
- TOURAINE, Alain: La conscience ouvrière, París, Éditions du Seuil, 1966, 397 p.
- TOURAINE, A.; DURAND, C.; PECAUD, D.; WILLENER, A.: Los trabajadores y la evolución técnica, Barcelona, Editorial Nova Terra, 1970.
- VALDÉS PIZZINI, Manuel: "Etnología crítica del trabajo en las pesquerías de Puerto Rico y el Caribe insular", en Caribbean Studies, tomo 23, n. 1-2, 1990, pp. 61-82.
- VOLVO-KALMAR (Dossier): "Volvo-Kalmar: bilan nuancé d'une expérience pilote", in Intersocial, n. 22, diciembre 1976, pp. 3-12.
- ZAPATA, Francisco: "Hacia una Sociología del Trabajo latinoamericana", en Nueva Antropología, vol. 8, n. 29, abril 1986, pp.2-27.

[1] Hemos recogido aquí, adaptado y resumido para la ocasión, una parte de los materiales que componen nuestro libro Sociología del Trabajo: un proyecto docente, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, 1996. Remitimos al lector interesado a la bibliografía más completa y detallada allí recogida.

[2] Véase el número especial del American Journal of Sociology, vol. LIV, n. 4, enero de 1949, presentación editorial, "Industrial Sociology".

[3] Touraine, 1952, p.141.

[4] Algo así se 'descubre' en un reciente Tratado de Sociología del Trabajo. De Coster, in De Coster y Pichaut, 1994, p.11: "La distinction, parfois opérée entre sociologie du travail et sociologie industrielle, procède fondamentalement d'une ambiguïté de traduction". Véase el excelente análisis de los orígenes de estos vocablos, 'industria' y 'fábrica', en Maravall, 1991.

[5] Véase Men and their work, del mismo Hughes, 1958.

[6] "Sociologists invade the plant", es el título de un artículo de Business Week, 21 de marzo de 1959, citado por E.Chinoy, 1969, p.396.

[7] Baritz, 1960. El título marcará otras "sociologías de la sociología del trabajo", como en el caso de M. Rose, con Servants of post-industrial society..., sobre Francia; y también su contenido, como en el caso de Rozzi, 1975, para Italia.

[8] Quien defiende este argumento es Allen, 1959. La siguiente cita en el texto, en p. 191. Una "sociology of labour", de los trabajadores, de las "actividades individuales y colectivas de trabajo", cuya institución central son los sindicatos, se opone a la Sociología Industrial, tout court, por estar ésta "empresarialmente orientada", pero también por su precariedad teórica y su practicismo.

[9] Smith, 1959, p. 252.

[10] Quizá quien mejor detalle estos comienzos sea Lajoinie, 1973, "Sociologie du travail: vers de nouvelles frontières", en el Hommage a Friedmann.

[11] Lo primero es de Touraine, 1962, nota crítica sobre el libro de Pierre Naville, L'automation et le travail humain, en Sociologie du Travail, 3, 1962, p.291. L'avenir de la psychologie industrielle, es un libro de Pierre Jardillier, 1961.

[12] J.H. Smith, 1961.

[13] Véase Friedmann y Naville, 1963 [1961].

[14] A. Touraine, 1962, "Bilan...", p.279.

[15] Georges Friedmann, Tratado..., Vol. I, p. 28. La SNCF son los ferrocarriles franceses.

[16] G. Friedmann y P. Naville, Prólogo al Tratado..., 1963, tomo I, p. 7.

[17] Comité de Rédaction de Sociologie du Travail, "Liminaire"[Editorial], en Sociologie du Travail, 4, 1966, p. 337.

[18] Véase Federico Butera, 1979, "Le rcherche non disciplinaire..."; los textos de Ferrarotti en Alberoni, [1966], 1971.

[19] Le Travail Humain fue creado en 1933. En el número 1 de 1984, al cumplirse 50 años, se reproduce el editorial del primer número, junto con un balance de Ph. Resche-Rigon, "Histoire d'une revue: évolution d'une discipline", pp.5-17.

[20] Quizá la mejor presentación de las "fases", esté en A. Touraine, La conscience ouvrière, 1966, pp. 46-51 y 305-356. De 1963 es la primera edición de La nouvelle classe ouvrière de Serge Mallet.

[21] S. Barkin, prólogo a A. Touraine y otros, [1965], 1970, p. 9.

[22] Marc Maurice, 1980, texto citado en nota anterior. La referencia es del "Liminaire" de la misma revista, que ya mencionamos, de 1966.

- [23] Pizzorno y otros, 1978; *Sociologie du Travail*, n.4, 1974, "Le taylorisme en question".
- [24] Lichtner, 1975, *L'organizzazione...*, pp. 35 y 36.
- [25] Michel Aglietta, 1976. Su mención de esos puntos centrales en el análisis del proceso de trabajo, en pp. 91-93.
- [26] Hyman, 1979, p.428 y 429.
- [27] M. Aglietta, 1981, p.66.
- [28] Claude Durand: "Avant propos" a '*L'enjeu de la rationalisation*', número monográfico de *Sociologie du Travail*, 1, 1979, p.3.
- [29] El primer entrecomillado es de Accornero, 1979, p.782. El segundo es de la propia empresa, Volvo-Kalmar, 1976, p. 3.
- [30] Spyropoulos, 1980, p.295.
- [31] Véase ISE, 1981, p. 36, para los entrecomillados, y pp.40-52 para los casos y declaraciones.
- [32] Así la repite Coriat, 1976, p 212, por ejemplo.
- [33] Véase el trabajo del ingeniero industrial Bernardo Prida, 1982, pp. 80 y ss.
- [34] Instituto Internacional de Estudios Laborales: "El programa 'La nueva organización industrial'. Actividades en materia de investigación comparativa y elaboración de políticas", en *Sociología del Trabajo*, n.e., número 5, invierno 1988-89, pp.135-148.
- [35] Accornero, 1980. Y una primera aproximación a esta vinculación producción-mercado en nuestro "Diseño del trabajo...", incluido en Castillo, ed., *La automatización...*, 1991, pp.264-265, especialmente.
- [36] Capecchi, 1983, p. 51.
- [37] Véase "Redes y regiones", monográfico de la *Revista Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, n. 3, 1996.
- [38] Sobre la 'empresa-red', véase Butera, 1990.
- [39] Para el periodo 1970-1982, véase Capiello, 1988 [pero escrito en 1982].
- [40] Véase nuestro trabajo "Distritos y detritos industriales...", incluido en *El trabajo del sociólogo*, 1994.
- [41] Véase Castillo, 1989. Y nuestro reciente, "A la búsqueda del trabajo perdido", 1995.
- [42] Luciano Gallino, 1989, p. 129 y 131.
- [43] F. Heller, 1985, p. 2, apartado "Conceptual prisons".
- [44] Véase el capítulo 5 de **Divisiones del trabajo**, de Ray Pahl, "Nuevas formas de enfocar el trabajo", [1984]. Y nuestro "¿A dónde va la Sociología del Trabajo?", incluido como capítulo 20 de **El trabajo del sociólogo**, Madrid, 1994, pp.393-427.
- [45] J. Delors, prefacio a **Échanges et Projets**, 1980, *La révolution du temps choisi*, p. 21.
- [46] J. Leplat, 1993, pp. 128 y 117, esta última en el apartado "Le travail, objet d'analyse", pp. 116-118.
- [47] Véase Pries, 1995.
- [48] Véase Richard Brown, quien firma el Editorial del n° 1, marzo de 1987, de *Work, Employment and Society*, pp. 1-6.
- [49] R. Brown, 1992, p. 240. Véase, igualmente, el manual de Grint, 1991, cuyo capítulo primero, what is work?, ocupa las pp.7-47. Compárese este punto de partida, asumido por las mejores tradiciones de investigación, con el que fuera el punto de partida de Marx (*El Capital*, libro I, Edición FCE, y traducción de Wenceslao Roces, p.136 y 130): "El proceso de trabajo, tal y como lo hemos estudiado, es decir, fijándonos en sus elementos simples y abstractos, es la actividad racional encaminada a la producción de valores de uso"; "el **trabajo** es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza".
- [50] Erbès-Seguín, 1988, p. 6; ver también p. 174. Y su reciente, *L'emploi: dissonances et défis*, 1994.

[\(Volver al comienzo del artículo\)](#) [\(Ir a Portada de la revista\)](#) [\(Ir a Listado de artículos\)](#)



LA SITUACIÓN DE LA NIÑEZ EN ARGENTINA
Indicadores sanitarios y socioambientales. Evolución durante la convertibilidad

Artemio López

Equipos de Investigación Social (EQUIS)
 equis@ciudad.com.ar

I - PERFIL SANITARIO

La mortalidad infantil resulta un indicador de mucha consistencia para observar la situación sanitaria global de la región y la eficacia de las políticas sanitarias destinadas a la atención maternal e infantil. A continuación los **Cuadro 1** al **8** muestran la situación de la mortalidad infantil en Argentina desde diversas perspectivas que permiten evaluar comparativamente con otros países y entre regiones internas la extensión y profundidad de la problemática de mortalidad de menores de un año.

CUADRO 1: MORTALIDAD INFANTIL COMPARADA
PAISES EMERGENTES. AÑO 1997

PAÍSES	TASA X MIL NACIDOS VIVOS
SINGAPUR	5
COREA	7
CHIPRE	10
CUBA	10
BRUNEI	11
BARBADOS	12
JAMAICA	13
MALASYA	13
KUWAIT	14
CHILE	14
ARGENTINA	18,8

EQUIS-PNUD/ONU/INDEC

Como se observa, la Argentina posee tasas de mortalidad mas de tres veces superior a Singapur y con niveles un 89% por sobre los de Cuba y un 35 % por encima de la mortalidad infantil de Chile.

Estos estándares de mortalidad comparados muestran que la Argentina, no solo está lejos de los niveles de países desarrollados, sino que no logra disminuir su tasa de mortalidad infantil siquiera al ritmo de los países emergentes de punta.

Tal como se observa en los **Cuadros 2, 3 y 4**, la distribución de la mortalidad infantil en Argentina así como su evolución es muy heterogénea y en líneas generales responde al perfil de la pobreza estructural nacional y en particular esta asociada estadísticamente *con la carencia de instrucción de la madre*.

Por otra parte, a contramano incluso de la discreta tendencia nacional a la baja y el sostenido descenso en países desarrollados y emergentes de nivel de desarrollo humano similar a la Argentina, en algunos aglomerados nacionales, la mortalidad infantil aún crece.

**CUADRO 2: MORTALIDAD INFANTIL DURANTE LA CONVERTIBILIDAD
DEFUNCIONES POR CADA 1.000 NACIDOS VIVOS
LAS TASAS DE MORTALIDAD QUE MÁS CRECIERON**

REGIÓN	AÑO 1991	AÑO 1996
FORMOSA	24,5	31,4
CHACO	32,3	34,4

EQUIS-INDEC

Mostrando por oposición que con políticas focalizadas la mortalidad infantil desciende rápidamente con autonomía relativa del entorno socioambiental de carencia inicial, el **Cuadro 3** permite observar que dos provincias extremadamente empobrecidas aún con niveles de mortalidad sobre la media nacional lograron un ritmo de descenso aceptable.

**CUADRO 3: MORTALIDAD INFANTIL DURANTE LA CONVERTIBILIDAD
DEFUNCIONES POR CADA 1.000 NACIDOS VIVOS
LAS TASAS DE MORTALIDAD QUE MÁS BAJARON**

REGIÓN	AÑO 1991	AÑO 1996
JUJUY	33,2	24,4
MISIONES	33,2	24,1

EQUIS-INDEC

El **Cuadro 4** muestra la evolución descendente de la tasa nacional de mortalidad infantil.

**CUADRO 4: MORTALIDAD INFANTIL DURANTE LA CONVERTIBILIDAD
DEFUNCIONES POR CADA 1.000 NACIDOS VIVOS
NIVEL NACIONAL**

REGIÓN	AÑO 1991	AÑO 1997
PAIS	24,7	18,8%

EQUIS-INDEC

Como se señalara al comienzo, en otra perspectiva, el **Cuadro 5** permite observar la alta incidencia de la escolarización de la madre en la intensidad de la mortalidad infantil. Cabe acotar que el nivel escolarización de las madres está a su vez, inversamente correlacionado con el nivel de pobreza del hogar.

**CUADRO 5: TASA DE MORTALIDAD INFANTIL
SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN DE LA MADRE**

NIVEL	TASA (% 00)
HASTA PRIMARIO INCOMPLETO	30,5
SECUNDARIO COMPLETO Y MÁS	7,6

EQUIS-INDEC

Igualmente las probabilidades de morir antes de los dos años se incrementan notablemente con el agregado de carencias socioeconómicas al hogar, tal como lo muestran los Cuadros siguientes.

**CUADRO 6: ESTIMACIÓN DE LA PROBABILIDAD DE MORIR ANTES DE LOS DOS AÑOS
SEGÚN CARENCIAS CADA 1.000 NACIDOS VIVOS**

PROMEDIO NACIONAL	VIVIENDA DEFICITARIA	VIVIENDA ADECUADA	PROVISIÓN DE AGUA INADECUADA	PROVISIÓN DE AGUA ADECUADA
23,4	30,1	18,4	30,2	18,9

EQUIS-INDEC

Como se observa en el **Cuadro 6**, la vivienda deficitaria y la provisión de agua inadecuada incrementan un 64% las

probabilidades de morir antes de los dos años respecto a las chances de los niños que habiten viviendas adecuadas con una correcta distribución de agua potable.

CUADRO 7: ESTIMACIÓN DE LA PROBABILIDAD DE MORIR ANTES DE LOS DOS AÑOS SEGÚN CARENCIAS CADA 1.000 NACIDOS VIVOS (cont.)

PROMEDIO NACIONAL	HOGAR CON NBI	HOGAR SIN NBI	CON COBERTURA SALUD MADRE	SIN COBERTURA SALUD MADRE
23,4	29	20,5	19,5	27,5

EQUIS-INDEC

En la misma perspectiva que el Cuadro anterior, el **Cuadro 7** muestra que tanto las Necesidades Básicas Insatisfechas del hogar como la ausencia de cobertura de salud de la madre incrementan las chances de morir antes de los dos años de vida en un 41,4% de los niños carecientes respecto a los que no poseen las privaciones señaladas.

CUADRO 8: ESTIMACIÓN DE LA PROBABILIDAD DE MORIR ANTES DE LOS DOS AÑOS SEGÚN CARENCIAS CADA 1.000 NACIDOS VIVOS (cont.)

PROMEDIO NACIONAL	SIN INSTRUC. O PRIM.INCOMP	DE 4TO A 6TO GRADO	PRIMARIO COMP. Y SECUND. INCOMP	SECUNDARIO COMPLETO Y MÁS
23,4	40,5	29,9	21,2	18,5

EQUIS-INDEC



La dinámica de los mercados de trabajo regionales en el último quinquenio. El caso del Gran Resistencia entre 1994 y 1999.*

Silvia A. Robin**
Carlos Crucella

1.- Introducción

Como es sabido, la situación ocupacional no constituye un fenómeno autónomo o autoexplicable sino que expresa o refleja, desde su especificidad, el funcionamiento de las principales variables socio económicas, razón por la cual no debería llamar la atención la insatisfactoria evolución que la misma ha venido registrando desde mediados de los 70, como consecuencia del pobre desempeño registrado por la economía argentina entre esa fecha y comienzos de la década actual, por una parte, y del contexto macroeconómico emergente del programa de "ajuste estructural" que comenzó a implementarse a partir de 1991, por la otra.

Aún cuando la situación del empleo en la actualidad constituye un problema que excede los límites de nuestro país, no es menos cierto que determinadas especificidades del Plan de Convertibilidad han tendido a acentuar las consecuencias negativas sobre la ocupación y/o los ingresos propias de las primeras fases de todo proceso de reestructuración productiva¹.

Al respecto, la experiencia internacional muestra que el escenario vigente en el período llamado "transicional", cuya duración no puede determinarse *a priori*, es el de una drástica declinación de los salarios reales, un aumento de la subutilización de la fuerza de trabajo -ya sea en forma abierta o a través de su incorporación al sector informal-, una declinación en la protección tanto legal como efectiva de los derechos de los trabajadores, una tendencia a la disminución del empleo público y una desregulación e informalización de los mercados laborales².

Como consecuencia de ambos factores, a lo largo de la década del 90 la situación ocupacional urbana del país -o, por lo menos, la de aquellos aglomerados relevados por la Encuesta Permanente de Hogares- ha venido sufriendo un pronunciado deterioro que, por sus consecuencias sobre el nivel de vida de amplios sectores de la población, se ha convertido en un tema prácticamente excluyente de la agenda social y política.

Sin embargo, sólo una porción minoritaria de la amplia y creciente literatura sobre el tema ha sido dedicada a estudiar el impacto que este fenómeno ha tenido sobre los mercados de trabajo regionales, concentrándose la mayor parte del esfuerzo analítico desarrollado en torno a esta cuestión en lo acontecido en el GBA. Como resultado de ello, se ha terminado conformando una "interpretación estándar" que, según señala un autor, "ilustra, por enésima vez, una cierta resistencia a reconocer las diferencias regionales por vía de extender tácitamente al conjunto del país, o a cualquiera de sus regiones, las conclusiones que se derivan para el caso específico del Gran Buenos Aires"³, con efectos claramente negativos para la comprensión de las

* Versión preliminar sujeta a modificaciones.

** Los autores son miembros de la Carrera de Investigador del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario (CIUNR) y docentes de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la U.N.R.

¹ En este sentido, afirma Monza, "Debe, entonces destacarse de partida, el carácter estructural y la especificidad idiosincrática de la crisis del empleo en el caso argentino (ya que) el ritmo y modalidad del nivel de desempleo...es la...contrapartida directa del patrón de crecimiento seguido". Citado por Alejandro Rofman, Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90. Análisis de una relación inseparable; Colección CEA-CBC; Universidad de Buenos Aires; Buenos Aires, 1997; pág. 55.

² Norberto García: "Reestructuración económica y mercado de trabajo en América Latina" en Estudios del Trabajo Nº 2, Segundo Semestre, Buenos Aires, 1991.(págs 12-13); Hans Singer, "Foreword" a Guy Standing y Victor Tokman (Eds), Towards social adjustment, ILO, Ginebra, 1991; pág.vi.

³ Alfredo Monza, "La crisis del empleo en la Argentina de los 90. Las debilidades de la interpretación estándar", en A. Isuani y D. Filmus (Comp.), La Argentina que viene, UNICEF-FLACSO-Norma, Buenos

causas y mecanismos de ajuste de los desbalances que presentan los distintos mercados laborales del interior y, consecuentemente, para el diseño de medidas tendientes a paliar sus efectos.

El objeto del presente artículo es analizar el comportamiento de las principales variables explicativas de los desequilibrios que experimentó la situación ocupacional del Gran Resistencia⁴ en el último quinquenio, en el marco del deterioro del panorama laboral que tuvo lugar durante ese período en el ámbito territorial que la contiene, esto es, el conjunto de los aglomerados del interior del país.

Para ello se ha recurrido al uso de la brecha de empleo, ya que ésta no sólo expresa la magnitud de los desbalances que enfrenta el mercado de trabajo, sino que permite además identificar sus orígenes. En efecto, dado que la misma puede ser definida como la diferencia existente entre la disponibilidad de mano de obra y su demanda genuina⁵, su variación a lo largo del tiempo resulta atribuible, *a priori*, tanto a cambios de distinto signo en las variables involucradas como a diferencias en el ritmo en que cada una de ellas evoluciona, cuando ambas lo hacen en el mismo sentido. Ello permite calificar la gravedad de una ampliación del desequilibrio no sólo en relación a la magnitud del mismo -de suyo relevante-, sino también en función de sus causas.

2.- La brecha de empleo en el Gran Resistencia (GR) y en el Total de Aglomerados del Interior (TAI).

2.1. Observaciones generales.

En primer término se advierte que el creciente deterioro de la situación ocupacional que refleja la ampliación de la divergencia entre la oferta y la demanda genuina de mano de obra entre los años extremos -tanto en términos absolutos como en relación a la PEA-, no constituye una particularidad del mercado de trabajo de la capital chaqueña, sino que representa un fenómeno de alcances más vastos que afectó al conjunto de la fuerza de trabajo urbana del interior del país.

Asimismo, cabe hacer notar que no obstante el nivel y expansión que la proporción de la mano de obra total y parcialmente subutilizada exhibe en esa localidad, ha sido en el caso de este último agregado donde el mismo ha impactado con mayor intensidad, tanto en términos

Aires, 1998; pág 226. Al respecto, puntualiza el mismo autor "Ni la disponibilidad de datos es tanto menor en los aglomerados del Interior que en el Gran Buenos Aires; ni puede sostenerse que el comportamiento de esta última área sea representativo del de la primera; ni el 40% que representa el GBA deja de ser significativamente menor que el 60% que representan en conjunto los aglomerados restantes", Comentario a "La anatomía del desempleo", trabajo presentado por Carola Pessino a las Primeras Jornadas de Investigación en Economía, Desarrollo Económico, Número Especial, Buenos Aires, Verano de 1996; pág 265.

⁴ El contenido de este trabajo constituye una versión parcial y actualizada de una investigación más amplia llevada a cabo a solicitud del Gobierno de la Provincia del Chaco.

⁵ En este caso, debe entenderse como tal a los puestos de trabajo horarios plenos, esto es, el conjunto de las ocupaciones en las cuales se trabaja por lo menos 35 horas semanales y el de aquellas en que se lo hace por debajo de ese límite en forma voluntaria, ya que, por limitaciones de la fuente de información, no es posible estimar otras formas de subutilización parcial de la fuerza de trabajo (*i.e.* servicio doméstico, Sector Informal Urbano y sobreempleo en el sector público). Ver Alfredo Monza, "La situación ocupacional en la Argentina. Diagnóstico y perspectivas" en Alberto Minujin (Ed.), Desigualdad y exclusión, UNICEF/LOSADA, Buenos Aires, 1993; pág. 71.

Esta situación introduce algunas complejidades en la determinación del subaprovechamiento parcial de la mano de obra -cuya magnitud tiende a ser subestimada- como consecuencia de que las categorías que componen este universo no son mutuamente excluyentes (*i.e.* una cierta proporción de la oferta laboral puede -y de hecho lo hace- calificar como plenamente ocupada desde el punto de vista de la extensión de su jornada laboral (voluntaria) y encontrarse al mismo tiempo parcialmente subutilizada en virtud de determinados atributos de su puesto de trabajo, característicos de lo que se ha dado en llamar "subempleo visible").

Por otra parte, en el extremo opuesto, es dable identificar una porción de la mano de obra que además de trabajar menos de 35 horas en forma involuntaria, lo hace en condiciones de subutilización no visible de su capacidad productiva por las modalidades propias de su inserción laboral.

del porcentaje de la población económicamente activa afectada -que superó el correspondiente al Gran Resistencia a lo largo de todo el período- como de la variación porcentual que la magnitud absoluta de la brecha de empleo registró entre puntas, significativamente más elevada que la se observa en ese aglomerado (44,4 y 37,2% respectivamente).

En tercer lugar se comprueba que el agravamiento de la situación laboral que la expansión del déficit de ocupaciones plenas refleja obedece, básicamente, a causas similares en ambos ámbito territoriales: insuficiente ritmo de crecimiento del volumen de puestos de trabajo genuinos *vis-à-vis* el correspondiente a los aspirantes a los mismos, fenómeno que califica a la dinámica reciente de ambos mercados laborales como de empleo y subutilización simultáneamente crecientes, escenario que si bien dista de poder considerarse satisfactorio, no implica una situación de gravedad tal como la que conllevaría la destrucción de posiciones laborales preexistentes.

CUADRO Nº 1

Gran Resistencia

Brecha de empleo. Valores absolutos.

(Onda Abril/Mayo)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
- Población económicamente activa	104185	108917	114224	112870	121874	121590	17405
- Población económicamente activa (neta de desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra)	108382	110994	113667	116396	119188	122047	13665
- Ocupados horarios plenos (a)	86207	81646	87019	82753	95476	96933	10726
- Brecha de empleo (b)	17978	27271	27205	30117	26398	24657	6680
- Desocupados Abiertos	7779	13590	13548	14929	12691	11715	3937
- Subocupados horarios	10199	13681	13657	15188	13706	12942	2743
- Brecha de empleo ajustada (c)	22175	29348	26648	33643	23712	25114	2940
Brecha de empleo/PEA (%)	17,3	25,0	23,8	26,7	21,7	20,3	3,0
Brecha de empleo ajust./PEA ajust.(%)	20,5	26,4	23,4	28,9	19,9	20,6	0,1

(a) Calculados como la diferencia entre los ocupados totales y los subocupados horarios, por lo tanto incluye a los que circunstancialmente no trabajaron en la semana de referencia y a un cierto número de desconocidos.

(b) Calculada como la diferencia entre la PEA observada y los ocupados (horarios) plenos.

(c) Calculada como la diferencia entre la PEA ajustada por desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra y los ocupados (horarios) plenos.

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

En ese contexto se comprueba que, en tanto en el Gran Resistencia las diferencias en los respectivos ritmos de variación de la oferta y la demanda global y plena de mano de obra (16,7, 14,0 y 12,4% respectivamente), determinaron que la proporción más elevada de la expansión registrada por el desbalance entre la PEA observada y las ocupaciones genuinas⁶ durante ese lapso (58,9%) correspondiera al desempleo abierto, en el conjunto de los

⁶ De ahora en más se utilizarán en forma indistinta los adjetivos "pleno", "genuino" y "propio" para calificar al conjunto de los ocupados que trabajan por lo menos 35 horas semanales y a los que cumplen jornadas más reducidas por su propia voluntad.

aglomerados del interior la divergencia en la intensidad con que evolucionaron estas variables (13,1, 10,0 y 5,1% respectivamente), ubicó a la subutilización parcial como el mecanismo de ajuste predominante (55,0%) -cuyo incremento porcentual prácticamente decuplicó al de las ocupaciones plenas (48,6 y 5,1% respectivamente), concentrando el 54,9% de la generación neta de oportunidades laborales que tuvo lugar entre 1994 y 1999 -, de forma tal que, entre los años extremos, se operó una sustitución -relativa y parcial- de ocupaciones genuinas por empleos de jornada reducida involuntaria.

CUADRO Nº 2

Total de Aglomerados del Interior
Brecha de empleo. Valores absolutos.
(Onda Abril/Mayo)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
- Población económicamente activa	3301000	3388000	3439000	3547000	3667000	3733000	432000
- Población económicamente activa (neta de desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra)	3284661	3368876	3455346	3543705	3634344	3727659	442998
- Ocupados horarios plenos (a)	2631298	2445888	2472686	2539514	2742955	2765778	134480
- Brecha de empleo (b)	669702	942112	966314	1007486	924045	967222	297520
- Desocupados Abiertos	333000	522000	533000	518000	429000	467000	134000
- Subocupados horarios	336702	420112	433314	489486	495045	500222	163520
- Brecha de empleo ajustada (c)	653363	922988	982660	1004191	891389	961881	308518
Brecha de empleo/PEA (%)	20,3	27,8	28,1	28,4	25,2	25,9	5,6
Brecha de empleo ajust./PEA ajust.(%)	19,9	27,4	28,4	28,3	24,5	25,8	5,9

(a) Calculados como la diferencia entre los ocupados totales y los subocupados horarios, por lo tanto incluye a los que circunstancialmente no trabajaron en la semana de referencia y a un cierto número de desconocidos.

(b) Calculada como la diferencia entre la PEA observada y los ocupados (horarios) plenos.

(c) Calculada como la diferencia entre la PEA ajustada por desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra y los ocupados (horarios) plenos.

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH, INDEC, Información de Prensa y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico Nº 31.

Al respecto, no parece ocioso realizar algunas breves observaciones relacionadas con el comportamiento reciente de la disponibilidad de mano de obra, la que entre los años extremos se ha expandido, en ambos casos, a un ritmo más intenso que el correspondiente a la población total⁷, particularmente en el caso del Gran Resistencia.

⁷ Durante el período intercensal 1980-1991 la población del Gran Resistencia se expandió al 2,7% anual en promedio y, si bien en los últimos tiempos se ha insistido acerca de la existencia de un flujo migratorio de cierta magnitud desde la Provincia del Chaco hacia regiones limítrofes (*i.e.* Santa Fe), la carencia de evidencia empírica que confirme la presencia de un fenómeno de esa naturaleza que, por su intensidad, pueda haber afectado significativamente el ritmo de crecimiento poblacional del Aglomerado con posterioridad al último censo, ha llevado a mantener el supuesto de que el mismo presenta características similares a las del período 1980-1991, lo que ciertamente constituye una limitación en orden a captar la incidencia de eventuales modificaciones en la dinámica demográfica sobre la evolución reciente del mercado de trabajo. Al respecto, cabe tener en cuenta que en las últimas tres décadas la tasa promedio anual a la cual evolucionó la población del aglomerado registró fuertes oscilaciones, pasando del 2,8% anual

Dado que, como es sabido, la evolución de la fuerza de trabajo obedece a la concurrencia de dos factores -la expansión demográfica y la tasa de actividad-, se ha estimado conveniente analizar por separado el rol desempeñado por cada uno de ellos durante este período.

Con respecto a esta última, cabe hacer notar lo siguiente:

i) si bien la tasa de participación experimentó una ligera variación positiva entre puntas, más acentuada en el caso del Aglomerado chaqueño (0,7 p.p., equivalente a una expansión del 2,0% *vis-à-vis* el 0,3 p.p. y 0,8% en el TAI), la misma se inscribe en el marco de tendencias de largo plazo de signo opuesto (negativa para el Gran Resistencia y positiva para el conjunto territorial que la contiene, como puede observarse en los Gráficos N° I y II del Anexo).

En consecuencia, se comprueba que mientras en la primera localidad la evolución reciente de esta variable resulta atribuible al nivel excepcionalmente bajo que la misma alcanzó en el año inicial del período bajo análisis -en rigor, el valor mínimo de la serie histórica registrado hasta esa fecha-, en el agregado su variación va más allá de las circunstancias coyunturales y responde a lo que podría calificarse como un rasgo "estructural" de su comportamiento;

ii) aún cuando esta expansión acentuó el efecto del crecimiento poblacional sobre la oferta laboral, la incidencia de la misma sobre el crecimiento de la fuerza de trabajo resultó de un orden absolutamente secundario. En efecto, de haberse mantenido inalterado el valor de la tasa de participación en los extremos del período, la fuerza de trabajo del GR se hubiese incrementado en ese lapso en algo más del 14% (alrededor de 15.000 personas), en tanto en el caso del conjunto de los aglomerados del interior la variación hubiese superado ligeramente el 12% (unos 402.000 individuos), cifras que equivalen al 86,1 y 93,0% del aumento efectivamente registrada por las respectivas PEAs entre 1994 y 1999;

En este sentido, cabe acotar con respecto a la situación de la capital del Chaco que, dado el bajo nivel que exhibe su tasa de participación en la actualidad (33,6%) -el cual, por cierto, resulta ligeramente inferior al correspondiente a su valor tendencial (33,7%)-, resulta poco plausible -así como deseable- confiar excesivamente en la tendencia decreciente de la misma como mecanismo capaz de equilibrar, desde el lado de la oferta laboral, las tensiones existentes en el mercado de trabajo.

CUADRO N° 3

Gran Resistencia

Evolución anual de la brecha de empleo. Variaciones relativas (en %).

(Onda Abril/Mayo)

acumulativo para el período intercensal 1960-70 al 4,0% en el lapso que medió entre los CNPV de 1970-80 (un incremento relativo del 42,8%), para retornar entre 1980 y 1991 a una ritmo de variación similar al registrado durante la década del 60. Ver Javier Lindenboim, La población urbana argentina 1960-1991. Revisión Metodológica y resultados estadísticos, Cuadernos del CEPED N° 1, Centro de Estudios sobre Población, Empleo y Desarrollo, Buenos Aires, Mayo de 1997. Para el Total de los Aglomerados del Interior, los datos de la población han sido tomados de Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
- Población económicamente activa	-	4,5	4,9	-1,2	8,0	-0,2	16,7
- Población económicamente activa (neta de desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra)	-	2,4	2,4	2,4	2,4	2,4	12,6
- Ocupados horarios plenos (a)	-	-5,3	6,6	-4,9	15,4	1,5	12,4
- Brecha de empleo (b)	-	51,7	-0,2	10,7	-12,4	-6,6	37,2
- Desocupados Abiertos	-	74,7	-0,3	10,2	-15,0	-7,7	50,6
- Subocupados horarios	-	34,1	-0,2	11,2	-9,8	-5,6	26,9
- Brecha de empleo ajustada (c)	-	32,4	-9,2	26,2	-29,5	5,9	13,3
Brecha de empleo/PEA (%)	-	45,1	-4,9	12,0	-18,8	-6,4	17,5
Brecha de empleo ajust./PEA ajust.(%)	-	29,2	-11,3	23,3	-31,2	3,4	0,6

(a) Calculados como la diferencia entre los ocupados totales y los subocupados horarios, por lo tanto incluye a los circunstancialmente no trabajaron en la semana de referencia y a un cierto número de desconocidos.

(b) Calculada como la diferencia entre la PEA observada y los ocupados (horarios) plenos.

(c) Calculada como la diferencia entre la PEA ajustada por desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra y los ocupados (horarios) plenos.

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

En consecuencia, es el otro factor determinante del comportamiento de la fuerza de trabajo -la tasa de crecimiento de la población- el que debería responder por la totalidad del redimensionamiento de la disponibilidad de mano de obra para adecuarla a una magnitud compatible con la evolución esperable de la demanda genuina de trabajadores, la cual, *prima facie*, no parecería en condiciones de crecer -al menos en el corto plazo- a una tasa media anual del 2,7%, como la registrada por la fuerza de trabajo del Gran Resistencia desde 1980 a la fecha, -expansión totalmente atribuible al comportamiento de la población (que evolucionó a una tasa que se ubica muy levemente sobre la anterior), ya que en ese lapso el ritmo tendencial de variación del nivel de participación económica fue del -0,3% anual promedio-, particularmente si se tiene en cuenta que en los últimos 19 años la misma lo hizo a una tasa media anual del 1,7%, equivalente a una generación neta de 27.000 puestos de trabajo plenos durante ese lapso (de los cuales cerca de 13.000, esto es, un volumen que supera en cerca de un 20% el total de ocupaciones genuinas que se crearon entre puntas del período analizado, se concentran en un sólo año -1998-).

CUADRO Nº 4

Total de Aglomerados del Interior

Evolución anual de la brecha de empleo. Variaciones relativas (en %).

(Onda Abril/Mayo)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
- Población económicamente activa	-	2,6	1,5	3,1	3,4	1,8	13,1
- Población económicamente activa (neta de desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra)	-	2,6	2,6	2,6	2,6	2,6	13,5
- Ocupados horarios plenos (a)	-	-7,0	1,1	2,7	8,0	0,8	5,1
- Brecha de empleo (b)	-	40,7	2,6	4,3	-8,3	4,7	44,4
- Desocupados Abiertos	-	56,8	2,1	-2,8	-17,2	8,9	40,2
- Subocupados horarios	-	24,8	3,1	13,0	1,1	1,0	48,6
- Brecha de empleo ajustada (c)	-	41,3	6,5	2,2	-11,2	7,9	47,2
Brecha de empleo/PEA (%)	-	37,1	1,0	1,1	-11,3	2,8	27,7
Brecha de empleo ajust./PEA ajust.(%)	-	37,7	3,8	-0,4	-13,4	5,2	29,7

(a) Calculados como la diferencia entre los ocupados totales y los subocupados horarios, por lo tanto incluye a los circunstancialmente no trabajaron en la semana de referencia y a un cierto número de desconocidos.

(b) Calculada como la diferencia entre la PEA observada y los ocupados (horarios) plenos.

(c) Calculada como la diferencia entre la PEA ajustada por desempleo oculto y sobreoferta de mano de obra y los ocupados (horarios) plenos.

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH, INDEC, Información de Prensa y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

La situación en el conjunto de los aglomerados del interior presenta características básicamente similares: la población económicamente activa se ha venido expandiendo desde comienzos de la década del '80 a una tasa media anual muy similar a la correspondiente a la capital del Chaco (2,6%), -crecimiento que ya no resulta explicable en su totalidad por el comportamiento de la población total, que evolucionó al 2,3% sino también por el ritmo tendencial de variación de la tasa de actividad (0,2% anual promedio)-, *vis-à-vis* un incremento medio de las oportunidades laborales genuinas más lento que el registrado en el Gran Resistencia (1,4% anual). En este caso también se verifica una evolución anómala de estas últimas similar a la señalada en el caso anterior, esto es, la concentración de un volumen de puestos de trabajo (horario) plenos en el año 1998 equivalentes a la tercera parte de los generados en los últimos 19 años (203.000 y 624.000 respectivamente), el que por su magnitud sobreexplica en más de un 50% la variación neta del empleo genuino que tuvo lugar entre 1994 y 1999.

De lo antedicho puede inferirse que la ampliación de la brecha de empleo constituye -en ambos mercados- un fenómeno fuertemente asociado a un componente de carácter demográfico, atribuible -excluyentemente en un caso y predominantemente en el otro- a la notoria presión que ejerce el ritmo de crecimiento poblacional sobre la oferta de mano de obra, situación que plantea no pocos y complejos problemas a la hora de definir acciones tendientes a superar este desequilibrio.

En efecto, como señala un experto en el tema, el "...crecimiento demográfico (constituye) el factor de variación futura previsible más acotada y menos dependiente de las nuevas modalidades del funcionamiento socioeconómico general...", siendo las políticas dirigidas a actuar sobre el mismo "...complejas, de efectividad incierta y de resultados muy rezagados. Por otra parte, sus efectos, en todo caso, se manifestarían en el mercado de trabajo recién después

de un par de décadas, esto es, en un momento posterior al horizonte dentro del cual se efectúan habitualmente las conjeturas prospectivas"⁸.

2.2. La evolución a lo largo del quinquenio.

Si bien, como ya se señalara, el comportamiento de la tasa de actividad entre puntas actuó como un factor de expansión adicional -moderado, por cierto- de la fuerza de trabajo, no ocurrió lo mismo al interior del período. Por ello, se ha juzgado ilustrativo calcular una brecha de empleo "ajustada" -en la cual el déficit de puestos de trabajo plenos se estima en relación a los valores correspondientes a la expansión tendencial de la oferta laboral-, a efectos de determinar la incidencia de los movimientos de corto plazo -i.e. desempleo oculto y su opuesto, la "sobreoferta" coyuntural de mano de obra-, en la evolución de la divergencia visible u observable entre el número de demandantes de un puesto de trabajo y la cantidad de oportunidades genuinas que el mercado ofrece para satisfacer sus aspiraciones⁹.

La estimación de las variaciones de corto plazo de la tasa de participación del total de los Aglomerados del Interior presenta el serio inconveniente de que los indicadores que refieren a ese subconjunto comprenden universos que difieren a través del tiempo¹⁰, tornando poco apropiada su utilización para análisis de largo plazo. A pesar de ello -y con las reservas propias del caso- se ha calculado la función de tendencia de la tasa de actividad del conjunto de los mercados urbanos de trabajo del interior relevados por la EPH, a efectos de poder comparar, bajo esta nueva óptica, la situación del Gran Resistencia con la del conjunto que la contiene.

Entre los extremos del período la discrepancia entre el volumen de la oferta laboral y la cantidad de puestos de trabajo plenos en el Gran Resistencia experimentó una expansión del 37,2% (cifra que se reduce a menos de la mitad -13,3%- si se calcula a partir de los valores tendenciales de la población activa), llegando a representar el 20,3% de la PEA al final del mismo, esto es, 3,0 puntos porcentuales más que en sus comienzos, situación inversa a la observable respecto del conjunto de los aglomerados, en los cuales la variación observable resultó inferior a la "ajustada" (44,4 y 47,2% respectivamente), discrepancias que se explican por una notable contracción del número de desempleados ocultos (-89,1%) -como consecuencia de lo cual su presencia alcanzó en 1999 el volumen más bajo del intervalo analizado- en el primer caso, y por un comportamiento de igual signo pero menor intensidad (-67,3%), del fenómeno opuesto, esto es, el excedente coyuntural de fuerza de trabajo, en el segundo.

Dada la heterogeneidad que exhibe el perfil temporal de este deterioro de la capacidad de absorción genuina de mano de obra que muestra el mercado de trabajo de la localidad chaqueña entre 1994 y 1999, se ha considerado oportuno analizar brevemente las características que el mismo ha presentado a lo largo del quinquenio, mencionando de paso sus similitudes y diferencias con el registrado por la totalidad de los aglomerados del interior.

A comienzos del período la discrepancia entre el volumen de la fuerza de trabajo y la cantidad de puestos de trabajo plenos alcanzaba al 17,3% de la población económicamente activa (18.000 trabajadores aproximadamente), como resultado de la presencia de un considerable volumen de desempleo oculto, equivalente al 23,3% de la magnitud visible de la brecha de empleo.

El año siguiente el nivel de subutilización de la fuerza de trabajo creció el 45,1% (7,8 p.p.), afectando a una cuarta parte de la misma. Este incremento de la cantidad de

⁸ Alfredo Monza, "La crisis del empleo en la Argentina de los 90. Las debilidades de la interpretación estándar", *op. cit.*; pág 248.

⁹ Al respecto, ver Carlos Crucella, "El desempleo en el Gran Rosario durante la Convertibilidad. Una lectura alternativa", ponencia presentada al Cuarto Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires, Noviembre de 1998.

¹⁰ Como es sabido, desde abril de 1974, fecha en que comenzaron a realizarse los relevamientos de la Encuesta Permanente de Hogares, la cantidad de localidades del interior del país cubiertas por este operativo se ha ido incrementando periódicamente, hasta alcanzar 27 Aglomerados en la actualidad (además del correspondiente al Gran Buenos Aires). En las estimaciones realizadas, sin embargo, la información referida a los tres años finales del período se refiere a los 24 aglomerados existentes hasta mayo de 1995, a efectos de mantener, en la medida de lo posible, la máxima homogeneidad en el universo de referencia; Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

trabajadores parcial o totalmente desempleados -más de 9.000 personas-, se originó -al igual que en conjunto de los mercados de trabajo del interior, aunque en distintas proporciones- por partes iguales en la desaparición de posiciones laborales genuinas existentes 12 meses atrás - fenómeno, en principio, difícilmente explicable dada la evolución positiva que experimentó el nivel de actividad económica urbana de la Provincia durante ese año¹¹ (Ver Cuadro I del Anexo), no obstante la situación recesiva que atravesaba el país en ese momento- y en la expansión de la oferta laboral.

Con relación a este último aspecto, se comprueba que la variación positiva de la tasa de actividad, respecto del deprimido nivel alcanzado el año anterior, se tradujo en un crecimiento de la fuerza de trabajo (4,5%) superior a la correspondiente a su valor tendencial (2,4%) fenómeno que, si bien no alcanzó para eliminar el desempleo encubierto, permitió que su volumen se redujera a la mitad mediante la reincorporación al mercado laboral de un importante contingente de trabajadores desalentados.

Durante 1996, al cabo de cuatro años de crecimiento ininterrumpido del producto urbano, las ocupaciones plenas lideraron la expansión de los puestos de trabajo con una tasa de crecimiento superior a la del empleo global (6,6 y 5,6% respectivamente), ritmo suficiente para absorber la totalidad del aumento "natural" de la PEA y reducir significativamente la brecha de empleo ajustada (-9,2%). Sin embargo, en los hechos el volumen de la diferencia entre la fuerza de trabajo y las oportunidades laborales genuinas disminuyó en forma imperceptible (-0,2%), como consecuencia de un acentuado incremento de la oferta laboral (4,9%), resultante de la variación positiva del nivel de participación, el que durante 1996 finalmente alcanzó su valor tendencial (en rigor, lo superó ligeramente). Como resultado de ello, durante ese año tuvo lugar una incorporación neta de unos 5.300 aspirantes a un puesto de trabajo, algo más de la mitad de los cuales (unos 2.700 oferentes) correspondían al aumento tendencial de la PEA, el 39% (alrededor de 2.000 personas) al ingreso a la fuerza de trabajo de aquellos activos desalentados que hasta el año anterior todavía permanecían fuera del mercado laboral, en tanto el 10% restante (algo más de 500 trabajadores) resulta atribuible a una sobreoferta coyuntural de mano de obra, los que en su totalidad pudieron insertarse en las ocupaciones plenas creadas durante ese año, que por su magnitud permitieron, asimismo, absorber productivamente a una mínima proporción de la subutilización preexistente.

En los aglomerados del interior, en cambio, la proporción de la población activa total o parcialmente subutilizada continuó aumentando, aunque en forma muy leve, como consecuencia de los diferentes ritmos de expansión de las ocupaciones plenas y la disponibilidad de mano de obra, aún cuando esta última experimentó un incremento significativamente inferior al correspondiente a su valor tendencial, dando lugar a la aparición -por única vez a lo largo del período analizado- de un componente de desempleo encubierto, equivalente al 1,7% de la magnitud visible de la brecha de empleo.

Al año siguiente, en el agregado de los mercados laborales urbanos del interior el porcentaje de subaprovechamiento de la fuerza de trabajo continuó evolucionando de igual manera, con la misma intensidad y por similares razones a las que lo había hecho el año anterior (aunque con una mejoría prácticamente imperceptible de su magnitud "ajustada" resultante del tránsito de una situación de desocupación oculta a una de sobreoferta coyuntural de mano de obra, de muy escasa importancia, por cierto)

En el Gran Resistencia, la brecha de empleo se expandió significativamente (10,7%) -porcentaje que se eleva notablemente al incorporar el desvío coyuntural de la disponibilidad de mano de obra (26,2%), como consecuencia de la reaparición de un importante componente de desempleo oculto-, alcanzando -en ambos casos- el valor máximo -tanto en términos absolutos como en relación a la PEA- del período bajo análisis, como resultado de una contracción de la población económicamente activa de menor intensidad que la experimentada por los puestos de trabajo plenos (-1,2% y -4,9% respectivamente).

¹¹ Dada la inexistencia de estimaciones del PBG del aglomerado, la mención corresponde a la evolución del valor agregado no agropecuario a nivel provincial, bajo el supuesto -razonable, *a priori*, dado el peso del Gran Resistencia respecto del resto de los centros urbanos de la Provincia- de que ambos varían en análogo sentido y con igual intensidad y perfil temporal.

En efecto, mientras por una parte la tasa de actividad evolucionó negativamente retornando al nivel mínimo alcanzado en 1994, situación que se tradujo en el abandono del mercado laboral de algo más de 1.300 oferentes -permitiendo de este modo un crecimiento menos acentuado del volumen "observable" (es decir, neto de "desempleo encubierto") de subutilización de la fuerza de trabajo que el que efectivamente tuvo lugar-, por la otra, desaparecieron cerca de 4.300 ocupaciones genuinas preexistentes, de las que sólo algo más de un tercio permanecieron en forma de empleos de tiempo parcial.

De esta manera, durante 1997 se vieron afectados por las diferentes formas que asume la subutilización unos 7.000 trabajadores más que el año anterior, un 22% de los cuales corresponde a aquellos que vieron transformarse sus empleos genuinos en puestos de trabajo de jornada reducida involuntaria, un 20% a los que, ante la destrucción lisa y llana de sus ocupaciones plenas pasaron a engrosar la fila de los desempleados abiertos, y la porción restante a los que buscaron refugio en la inactividad "forzosa", ya sea mediante el retiro del mercado (19%) o a través de su falta de voluntad para incorporarse al mismo (39%).

Durante 1998 la tasa de expansión de los empleos genuinos alcanzó en ambos mercados el registro más elevado del período, al igual que la correspondiente a la ocupación global (8,0 y 6,9 respectivamente para el agregado y 15,4 y 11,5% en el Gran Resistencia), ritmo de variación suficiente para incorporar en condiciones productivas apropiadas a la totalidad del aumento tendencial de la fuerza de trabajo y absorber una parte (11% en el TAI y 30% en la capital chaqueña) del volumen total de activos subutilizados preexistentes (incluidos, en este último caso, los desempleados ocultos).

En los hechos, sin embargo, la reducción experimentada por la magnitud visible de la brecha de empleo alcanzó -en los dos ámbitos territoriales- una proporción menor, cuya diferencia resulta particularmente significativa en el Gran Resistencia (-12,4%), debido al incremento de la disponibilidad de mano de obra más intenso que tuvo lugar a lo largo de la etapa analizada (8,0% en el caso de esta localidad)¹².

Como resultado de este fenómeno se incorporaron al mercado laboral de la misma unos 9.000 aspirantes, con lo cual no sólo desapareció el componente de inactividad "forzosa" que había surgido el año anterior sino que, simultáneamente, se produjo el ingreso de unos 2.700 oferentes de mano de obra adicionales (en relación a los valores tendenciales de la fuerza de trabajo).

Los ocupaciones propias generadas durante este año -en un número cercano a los 13.000 puestos- permitió, como ya se señalara, brindar una inserción laboral genuina a un volumen equivalente al crecimiento "natural" de la PEA -esto es, algo menos de 2.800 trabajadores- dando lugar, a la vez, a la absorción plena de unos 1.500 empleados de jornada reducida involuntaria y 5.800 desocupados (el 60% de los cuales correspondían a la categoría de ocultos) así como de la totalidad de la oferta excedente de mano de obra.

En el extremo final del quinquenio la brecha de empleo continuó reduciéndose, tanto en términos absolutos como en relación al volumen de mano de obra disponible, en una proporción similar (-6,6 y -6,4% respectivamente) como resultado de la evolución de signo opuesto que registraron las variables que la determinan.

En efecto, al mismo tiempo que la fuerza de trabajo se mantuvo prácticamente inalterada -en rigor, experimentó una contracción apenas perceptible (-0,2%)-, como consecuencia de una variación negativa de la tasa de actividad (-1,0 p.p.) que sobrecompensó el impacto del crecimiento poblacional sobre la oferta laboral, tuvo lugar una expansión de las oportunidades laborales plenas que, a pesar de su moderada magnitud (1,5%), alcanzó para absorber cerca del 6% de la subutilización parcial y total preexistente, explicando de ese modo alrededor del 84% de la disminución del desequilibrio entre la oferta y la demanda genuina de mano de obra, en tanto el 16% restante de la misma resulta atribuible al retiro del mercado de trabajo de una parte de la fuerza laboral.

De lo expuesto se desprende que, si bien la evolución de los empleos plenos aparece como el principal factor explicativo de la reducción que experimentó la magnitud visible

¹² En efecto, de haber evolucionado la PEA observada de acuerdo a los valores tendenciales, el volumen (aparente) de la brecha de empleo hubiese experimentado una reducción del 33,0% -equivalente a 10.000 personas- respecto del año anterior.

de la brecha de empleo, es el comportamiento de la tasa de actividad el que, en los hechos, permite dar cuenta no sólo de la magnitud sino del signo de la variación real registrada por el volumen de la fuerza de trabajo afectada por algún tipo de subaprovechamiento entre 1998 y 1999, mediante el tránsito de una situación signada por la presencia de un significativo excedente coyuntural de mano de obra a una caracterizada por la aparición de un componente de desempleo oculto, situación que en conjunto representa el abandono del mercado de trabajo de unas 3.500 personas durante el último año, cerca del 80% de las cuales corresponden al retorno a la inactividad de la sobreoferta laboral existente en 1998 y el resto a la ya mencionada irrupción de una cantidad de desocupados encubierto -de los cuales el 8% resulta atribuible a aquellos que efectivamente decidieron retirarse de la fuerza de trabajo y el 13% a los que carecieron de voluntad para incorporarse al mismo-, equivalente al 42% de la variación "aparente" de la brecha de empleo.

Como consecuencia de ello, la brecha de empleo ajustada experimentó un incremento, tanto en términos absolutos (5,9%) como en relación a la PEA -neta de desempleo oculto- (3,4%), producto del insuficiente crecimiento de los puestos de trabajo genuinos, cuyo volumen sólo alcanzó para absorber el equivalente a la mitad del aumento tendencial de la PEA.

La situación ocupacional de los aglomerados del interior del país, por su parte experimentó una evolución de sentido opuesto -tanto en términos absolutos como en relación a la población activa-, acentuando su deterioro respecto del año anterior como consecuencia de la variación de igual signo pero distinta intensidad de las variables que la determinan. En efecto, el lento crecimiento de los ocupaciones genuinas sólo permitió absorber alrededor de un tercio del crecimiento de la disponibilidad de mano de obra, aún cuando este último resultó significativamente menor que el correspondiente a su valor tendencial, reduciendo notablemente - pero sin alcanzar a eliminar- el excedente coyuntural de mano de obra.

El análisis previo permite comprobar que tanto en el Gran Resistencia como en el ámbito territorial que la contiene, con la sola excepción de 1998, año en que el desvío que registró la evolución de la fuerza de trabajo respecto de su valor tendencial tuvo un impacto expansivo de significativa importancia sobre la magnitud observable de la población subutilizada - particularmente acentuado en el caso de la primera-, el deterioro experimentado por la situación ocupacional entre puntas responde, como ya se señalara, al insuficiente ritmo de crecimiento de las oportunidades laborales plenas *vis-à-vis* el correspondiente a los demandantes de un puesto de trabajo.

En efecto, mientras en la capital chaqueña las primeras se expandieron el 12,4% entre los extremos del período, los segundos lo hicieron el 16,7% (cifra que se reduce al 12,6% si se hace referencia al comportamiento de la PEA "ajustada", diferencia explicable por la eliminación de una proporción superior al 80% del número de desempleados ocultos existentes a comienzos del quinquenio). En consecuencia, los poco menos de 11.000 puestos genuinos netos generados en ese lapso -que, como ya se hiciera notar, resultan sobreexplicados en alrededor de un 20% por la variación registrada durante 1998- sólo alcanzaron para insertar ocupacionalmente en forma apropiada a un volumen equivalente al 60% del aumento de la población activa (17.500 oferentes), cifra que supera las tres cuartas partes si se toma en cuenta el incremento de la misma corregida por los desvíos de corto plazo (14.000 personas). De esta manera se confirma que el crecimiento de la brecha visible (6.700 trabajadores) -así como de la ajustada (unos 3.000 individuos)-, responde exclusivamente a diferencias en los ritmos de expansión de las variables involucradas.

En el caso del TAI la divergencia entre el ritmo de variación de la oferta laboral y las oportunidades ocupacionales genuinas resulta aún más notable (13,1% -cifra, por otra parte, ligeramente inferior a la correspondiente a su valor tendencial, diferencia atribuible, en este caso, a una contracción del volumen de aspirantes "adicionales" a un puesto de trabajo- y 5,1%, respectivamente, entre puntas). Como consecuencia de ello, los 134.000 ocupaciones de tiempo completo creadas a lo largo del quinquenio -que, como ya también se señalara, se encuentran sobreexplicadas en un 50% por la expansión que registraron en 1998- sólo alcanzaron para brindar una inserción laboral propia a un número equivalente a algo menos de un tercio del incremento de la fuerza de trabajo (432.000 oferentes), cifra que se reduce levemente si se tiene en cuenta la variación de la misma corregida por los desvíos de corto plazo (443.000 personas). Se confirma, entonces, que la expansión de la brecha visible (alrededor de 298.000 trabajadores)

-así como de la ajustada (unos 309.000 individuos)-, es ,en su totalidad, el resultado de los diferentes ritmos de crecimiento de las variables que determinan este fenómeno.

3.- Los mecanismos de ajuste.

El desequilibrio entre el volumen de mano de obra disponible y la oferta de puestos de trabajo plenos se resuelve a través de distintos modos de subutilización -total o parcial- de la fuerza de trabajo.

Entre ellos cabe tener en cuenta, en primer lugar, a la desocupación abierta, no sólo porque de hecho se ha convertido en el epicentro del debate sobre la situación ocupacional sino, y más sustantivamente, por cuanto la misma implica la no utilización total y absoluta del trabajador y, consecuentemente, la imposibilidad de obtener un ingreso a través de su esfuerzo personal. (Si bien es cierto que el desempleo oculto comparte este atributo, agravado por la situación de "autoexclusión" del mercado de trabajo resultante de la interrupción de la búsqueda de un empleo, el tratamiento de esta forma de subaprovechamiento total ha carecido generalmente -dada su menor relevancia cuantitativa- de la centralidad que ocupa la desocupación abierta).

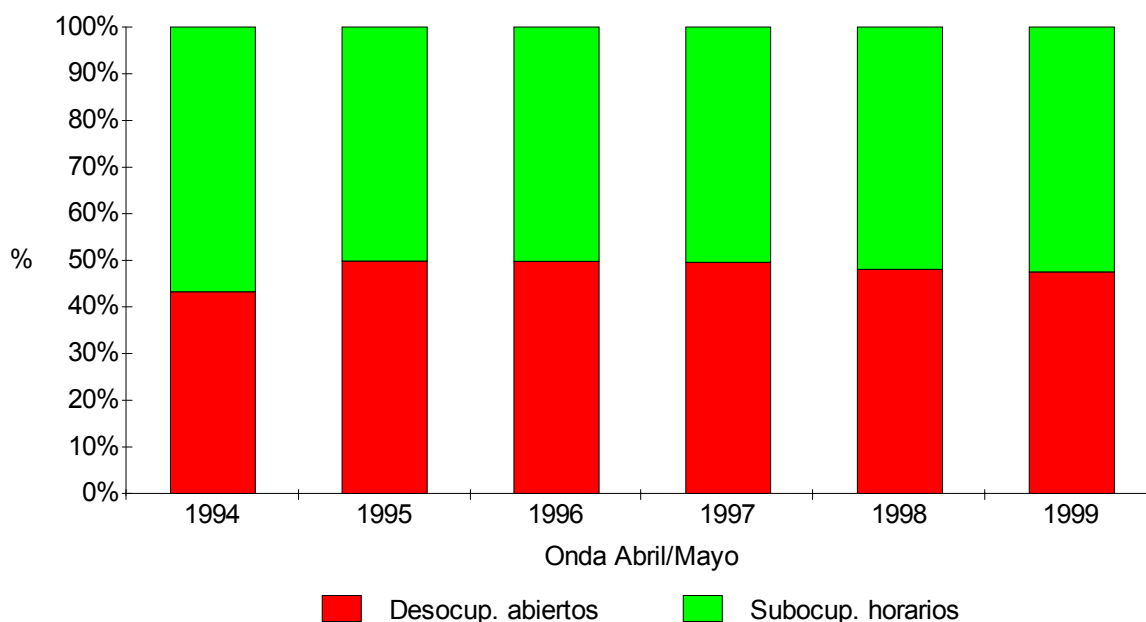
En el Gran Resistencia el número de personas que buscan activa, pero infructuosamente, una ocupación, aumentó el 50,6% entre los años extremos -variación superior a la que registra esta variable para el agregado de las localidades del interior (40,2% para igual período)- pasando de 7.800 a 11.700 a consecuencia - tal como ya se hiciera notar-, de las diferencias entre los ritmos a los cuales se expandieron el empleo genuino y global *vis-à-vis* la fuerza de trabajo, las que permitieron que sólo una porción minoritaria de la creciente divergencia entre la oferta laboral y los puestos de trabajo genuinos que tuvo lugar entre 1994 y 1999 encontrara refugio en ocupaciones no plenas, agregando así un componente de deterioro cualitativo al agravamiento de la situación ocupacional que refleja el aumento de su magnitud.

GRAFICO Nº 1

Gran Resistencia

Composición de la la brecha de empleo (en %).

(Onda Abril/Mayo)



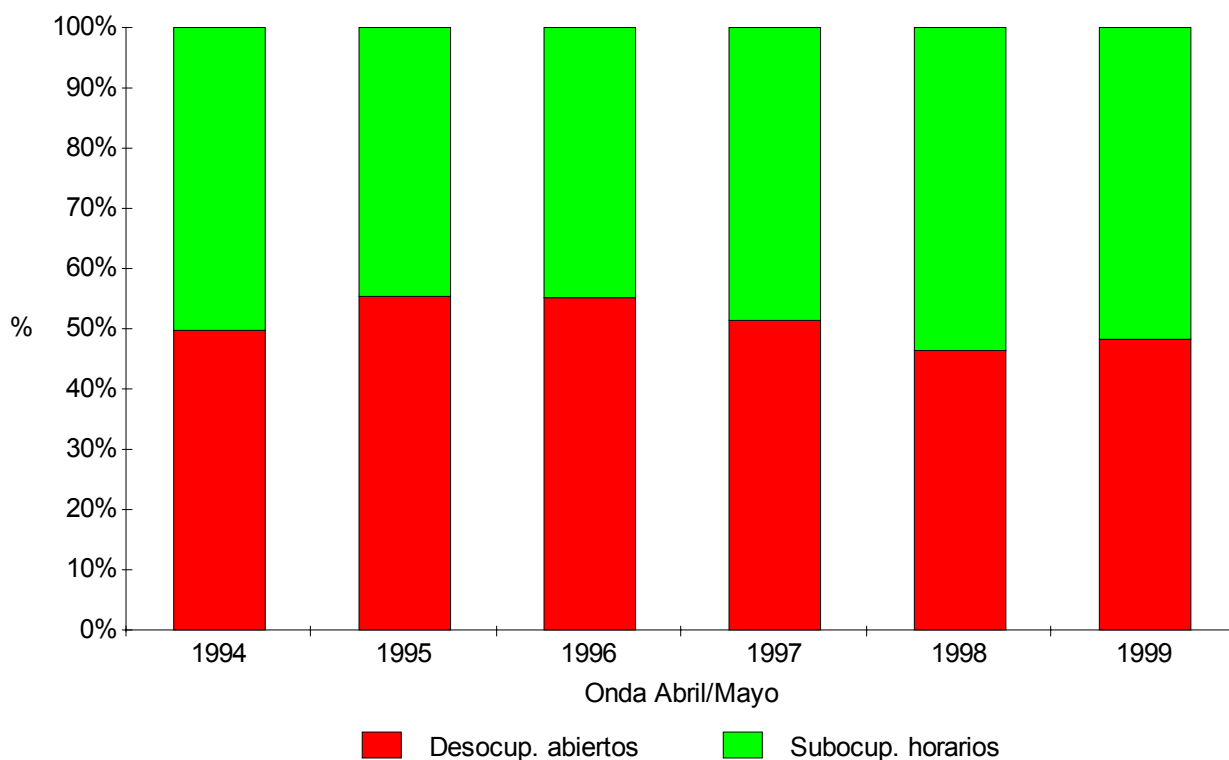
Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

No obstante ello, ha sido la subutilización parcial¹³, el principal mecanismo de ajuste del mercado de trabajo a lo largo del período, si bien su evolución ha sido menos acentuada que la del desempleo abierto. En efecto, como puede observarse en el Gráfico N° 1, el subempleo visible constituye la forma de subaprovechamiento de la fuerza de trabajo que, cada año, absorbió la proporción mayoritaria¹⁴ de mano de obra, no obstante lo cual fue la desocupación abierta el modo a través del cual se "resolvió" principalmente el incremento que experimentó la brecha de empleo a lo largo del quinquenio, absorbiendo prácticamente el 60% del crecimiento del desequilibrio del mercado laboral.

En el conjunto de los aglomerados del interior, en cambio, si bien la diferencia entre las tasas de crecimiento de las variables determinó que fuera la semioocupación la forma de absorción predominante del creciente desajuste que registró su mercado laboral entre 1994 y 1999, la misma no ha sido, como en el caso de la capital del Chaco, la modalidad de subutilización que ha prevalecido a lo largo del intervalo analizado, habiendo sido superada por la desocupación abierta entre 1995 y 1997.

GRAFICO N° 2

Total de Aglomerados del Interior
Composición de la la brecha de empleo (en %).
(Onda Abril/Mayo)



¹³ Teniendo en cuenta, por una parte, que la carga horaria de la administración pública provincial no excede las 30 horas semanales y, por la otra, el bajo nivel de remuneraciones que, en general, caracteriza a estas ocupaciones, resulta plausible *a priori* atribuir alguna parte de esta variación a un incremento neto del empleo estatal. Asimismo, atento a que, como ya se señalara, la metodología utilizada tiende a subestimar la presencia del subaprovechamiento parcial de la mano de obra, toda vez que no permite desagregar las ocupaciones genuinas en sentido estricto de aquellas que lo son solamente desde el punto de vista horario, no parece aventurado afirmar que la subutilización parcial (horaria y no horaria) ha constituido la modalidad predominante de ajuste del desequilibrio entre la oferta y la demanda genuina de trabajadores.

¹⁴ Este predominio, si bien en rigor no se pierde, se torna prácticamente irrelevante entre 1995 y 1997.

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH, INDEC, Información de Prensa y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

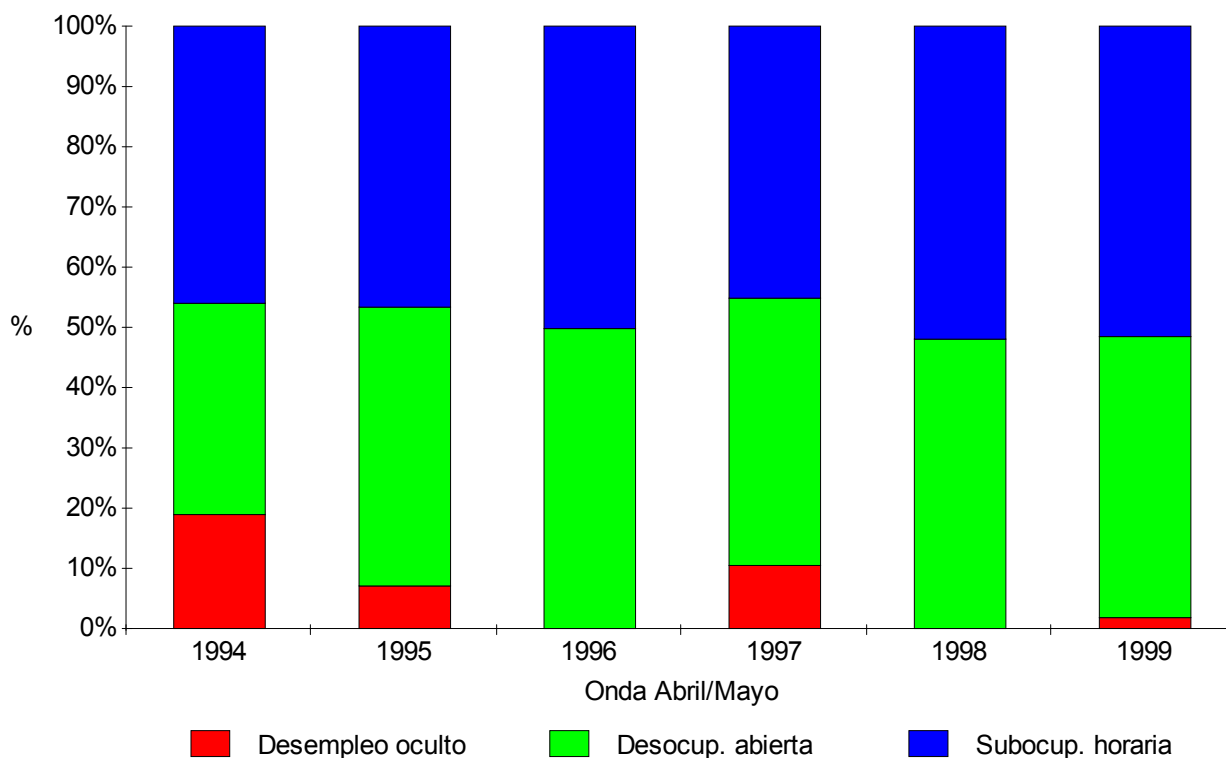
Por último, se comprueba que en el caso del Gran Resistencia, la presencia del desempleo oculto como mecanismo de ajuste ha contribuido, con mayor intensidad y frecuencia que su contracara -la "sobreoferta de mano de obra"-, a explicar las variaciones experimentadas por el nivel de subutilización laboral a lo largo del quinquenio, incorporando de este modo un elemento adicional a la comprensión del proceso de deterioro de la situación ocupacional que tuvo lugar durante el mismo, en tanto que para la totalidad de los mercados de trabajo urbanos del interior la relevancia explicativa de estos desvíos ha sido exactamente la opuesta, correspondiéndole a la desocupación encubierta un papel prácticamente irrelevante, tanto por su carácter excepcional como por su escasa magnitud.

GRAFICO N° 3

Gran Resistencia

Composición de la brecha de empleo ajustada (en %).

(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

En efecto, siguiendo de la trayectoria de la composición de la brecha de empleo ajustada del Gran Resistencia -esto es, calculada respecto de los valores tendenciales de la disponibilidad de mano de obra-, es dable advertir un significativo cambio en el peso relativo de las distintas modalidades de absorción del desequilibrio entre la evolución de la fuerza de trabajo y la generación de ocupaciones genuinas. Así, se comprueba que en cuatro de las seis observaciones disminuye el protagonismo del subempleo horario, cuya magnitud porcentual "observable" se había visto sobredimensionada como consecuencia de los reducidos valores alcanzados por el desempleo abierto a causa de un componente no despreciable de desocupación oculta (especialmente durante 1994 y 1997, años en que su presencia equivale a

un 23 y 12% respectivamente del volumen "aparente" de la fuerza de trabajo total y parcialmente subaprovechada), como consecuencia de lo cual las ocupaciones de jornada reducida involuntaria experimentan una disminución de su importancia relativa promedio como mecanismo de ajuste, si bien mantienen una significativa participación en la resolución del desbalance entre la oferta laboral y la demanda genuina de mano de obra.

De esta manera, se advierte que al eliminar los efectos de los desvíos de corto plazo sobre la evolución de la disponibilidad de mano de obra, resulta ser la desocupación en su conjunto (abierta más oculta) la modalidad de subutilización que ha predominado en la mayor parte del período así como la que ha registrado la menor variación entre sus extremos, tanto en términos absolutos como porcentuales (1,6%).

A la luz de esta relectura de la evolución de la brecha de empleo (ajustada), se comprueba que, entre puntas, se ha reducido a menos de la mitad la magnitud del desbalance entre el número de aspirantes a un puesto de trabajo y la cantidad de oportunidades laborales genuinas que ofrece el mercado, como consecuencia de la incorporación al mercado, entre 1994 y 1999, de nueve de cada diez desempleados encubiertos existentes a comienzos del período, dando lugar a una sustitución absoluta -y prácticamente total (95,0%)- de subaprovechamiento oculto por desocupación abierta, a la vez que ha mejorado levemente la composición del mismo (como puede observarse en el Gráfico N° 3, mientras a comienzos del período el 54,0% de las personas subutilizadas lo estaban en forma absoluta, a fines del mismo esa proporción había caído al 48,5%).

4.- La evolución de la subutilización de la fuerza de trabajo.

4.1.- La desocupación abierta.

Al analizar el comportamiento de la tasa de desempleo abierto se advierte, en primer lugar, que su valor experimentó un significativo incremento entre los extremos del período (29,1%; 2,2 p.p.), no obstante el significativo retroceso registrado con posterioridad a 1997 -fecha en que alcanzó el nivel máximo de la serie histórica¹⁵- y, particularmente, durante 1998.

Esta evolución resulta coincidente -si bien relativamente algo más acentuada- con la correspondiente al total de los Aglomerados Urbanos del Interior del país, en los cuales la proporción de la población económicamente activa que busca infructuosamente un puesto de trabajo creció el 24,0% (2,4 p.p.), pasando del 10,1 al 12,5%¹⁶ entre los mismos años.

Por lo tanto, si bien el comportamiento de este indicador entre puntas denota un agravamiento relativo de la situación ocupacional de la capital del Chaco respecto de la experimentada por el conjunto de los mercados de trabajo urbanos del interior, la diferencia entre los respectivos niveles alcanzados a lo largo del quinquenio, muestra que el deterioro del panorama laboral que refleja el desbalance entre la oferta y la demanda total de mano de obra constituyó, durante ese período, un fenómeno de menor intensidad en la primera que en este agregado.

En efecto, como puede observarse en el Gráfico N° 4, más allá de las trayectorias divergentes que presentan las respectivas tasas de desempleo en la mayor parte del quinquenio (1995/97 y 1999), el valor de la del Gran Resistencia se ubica, año a año, por debajo del correspondiente al total de los Aglomerados Urbanos del Interior en proporciones que oscilan entre un máximo de 35,1% (-2,6 p.p.) y un mínimo de 10,4% (-1,4 p.p.) para los años 1994 y 1997, respectivamente¹⁷.

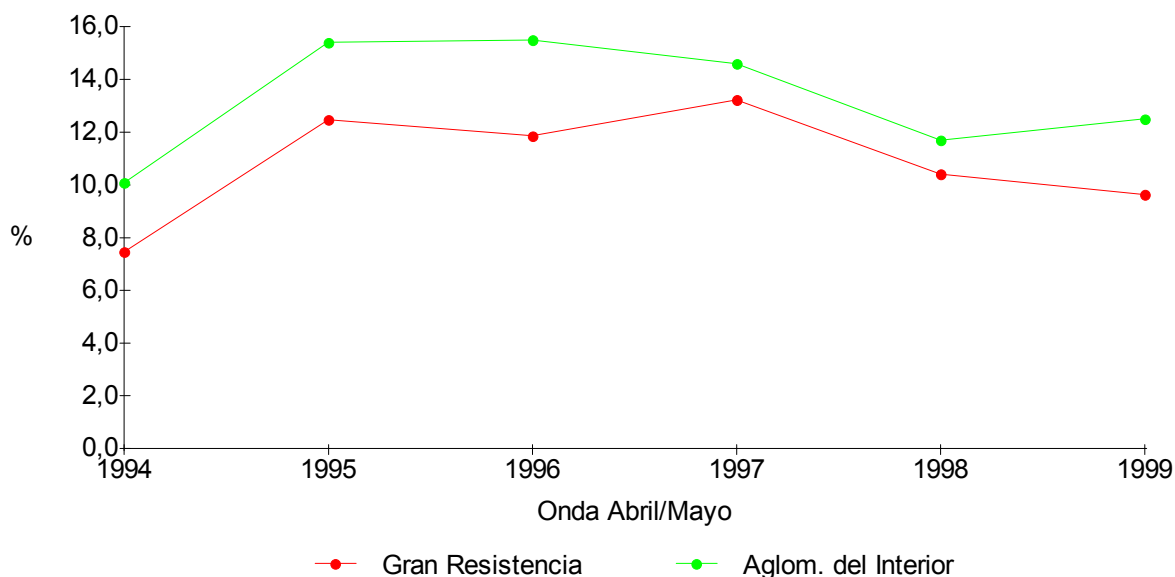
GRAFICO N° 4

¹⁵ En rigor, ese valor corresponde a 1986 con un 16,5%, de acuerdo a los datos provenientes de la EPH-R2 Usuario, a pesar de no estar incluida -inexplicablemente- en los Informativos de Prensa.

¹⁶ Corresponde a los 24 aglomerados existentes hasta mayo de 1995, a efectos de mantener, en la medida de lo posible, la máxima homogeneidad en el universo de referencia; Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

¹⁷ La mayor diferencia entre ambas, en términos absolutos, tuvo lugar en 1996, y alcanzó los 3,6 puntos porcentuales (30,7%).

Tasas de desempleo abierto (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

Paralelamente, cabe tener en cuenta que en el inicio del período, cuando la discrepancia relativa entre ambas series alcanza su valor máximo, el nivel de desempleo abierto del Gran Resistencia incluía una elevada proporción (cercana a la cuarta parte de la brecha de empleo visible) de aspirantes adicionales a un puesto de trabajo, en tanto el cuadro ocupacional del agregado urbano del interior se caracterizaba -como prácticamente a lo largo de todo el intervalo analizado- por la presencia del fenómeno opuesto (excedente coyuntural de mano de obra), si bien con una intensidad mucho menor (2,4% del volumen de subutilización total "aparente"), situación que se reitera al año siguiente así como en 1997 y 1999, con un grado de divergencia menor -tanto proporcionalmente como en valor absoluto (excepto en 1995). En las dos observaciones restantes la discrepancia se encuentra asociada a la presencia de desvíos coyunturales de signo opuesto (1996) y, en 1998, a diferencias en el peso relativo que presenta la sobreoferta laboral en cada ámbito territorial (3,5 para el TAI y 10,2% para la capital del Chaco de las respectivas brechas visibles de empleo).

CUADRO N° 5

Gran Resistencia

Tasas de desocupación y subocupación (en %).

(Onda Abril/Mayo)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
Tasa de desocupación abierta (a)	7,5	12,5	11,9	13,2	10,4	9,6	2,2
Tasa de desocupación ajustada (b)	11,0	14,1	11,4	15,9	8,4	10,0	-1,1
Tasa de subocupación horaria (c)	9,8	12,6	12,0	13,5	11,2	10,6	0,9
Tasa de subocupación horaria ajustada (d)	9,4	12,3	12,0	13,0	11,5	10,6	1,2
Tasa de subutilización total (e)	17,3	25,0	23,8	26,7	21,7	20,3	3,0
Tasa de subutilización total ajustada (f)	20,5	26,4	23,4	28,9	19,9	20,6	0,1

(a) Calculada como la razón entre el volumen de desempleo abierto y la PEA.

(b) Calculada como la razón entre el volumen del desempleo abierto corregido por los desvíos de corto plazo y la PEA tendencial.

(c) Calculada como la razón entre el volumen de subempleo horario y la PEA.

(d) Calculada como la razón entre el volumen de subempleo horario y la PEA tendencial.

(e) Calculada como la suma de (a) y (c).

(f) Calculada como la suma de (b) y (d).

Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

Como consecuencia de lo antedicho, se comprueba que descontando de la tasa de desocupación abierta la proporción de la población activa que excede la correspondiente a la tasa tendencial de crecimiento de la fuerza de trabajo, los valores alcanzados por este indicador -al que, provisionalmente, denominaremos "tasa de desocupación ajustada"- en el caso del Gran Resistencia superaron los correspondientes al conjunto de los mercados de trabajo del interior en dos oportunidades -1994 y 1997, como puede observarse en el Gráfico N° 5-, por idéntica magnitud (1,4 p.p.) y, en ambos casos, debido a los efectos de similares causas sobre los valores de las respectivas tasas de desempleo abierto (excedente coyuntural de mano de obra para el agregado de las localidades del interior y el fenómeno opuesto -desocupación oculta- para el caso del Gran Resistencia).

El resultado de esta relectura de la evolución de los niveles (ajustados) de subutilización absoluta de la fuerza de trabajo modifica sustancialmente las conclusiones que arroja el análisis de la trayectoria de las respectivas tasas de desocupación abierta.

En primer lugar se observa un cambio significativo en la relación entre los niveles alcanzados por este indicador en el Gran Resistencia y el Total de Aglomerados Urbanos del Interior, los que en este caso ya no superan a los primeros en la totalidad de las observaciones, lo que indica que el grado de deterioro del panorama ocupacional que el mismo refleja no ha sido un fenómeno menos intenso en la primera que en este agregado a lo largo de todo el período, como surgía de la comparación de las tasas no ajustadas.

CUADRO N° 6

Total de Aglomerados del Interior

Tasas de desocupación y subocupación (en %).

(Onda Abril/Mayo)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	1994/99
Tasa de desocupación abierta (a)	10,1	15,4	15,5	14,6	11,7	12,5	2,4
Tasa de desocupación ajustada (b)	9,6	14,9	15,9	14,5	10,9	12,4	2,7
Tasa de subocupación horaria (c)	10,2	12,4	12,6	13,8	13,5	13,4	3,2
Tasa de subocupación horaria ajustada (d)	10,3	12,5	12,5	13,8	13,6	13,4	3,2
Tasa de subutilización total (e)	20,3	27,8	28,1	28,4	25,2	25,9	5,6
Tasa de subutilización total ajustada (f)	19,9	27,4	28,4	28,3	24,5	25,8	5,9

(a) Calculada como la razón entre el volumen de desempleo abierto y la PEA.

(b) Calculada como la razón entre el volumen del desempleo abierto corregido por los desvíos de corto plazo y la PEA tendencial.

(c) Calculada como la razón entre el volumen de subempleo horario y la PEA.

(d) Calculada como la razón entre el volumen de subempleo horario y la PEA tendencial.

(e) Calculada como la suma de (a) y (c).

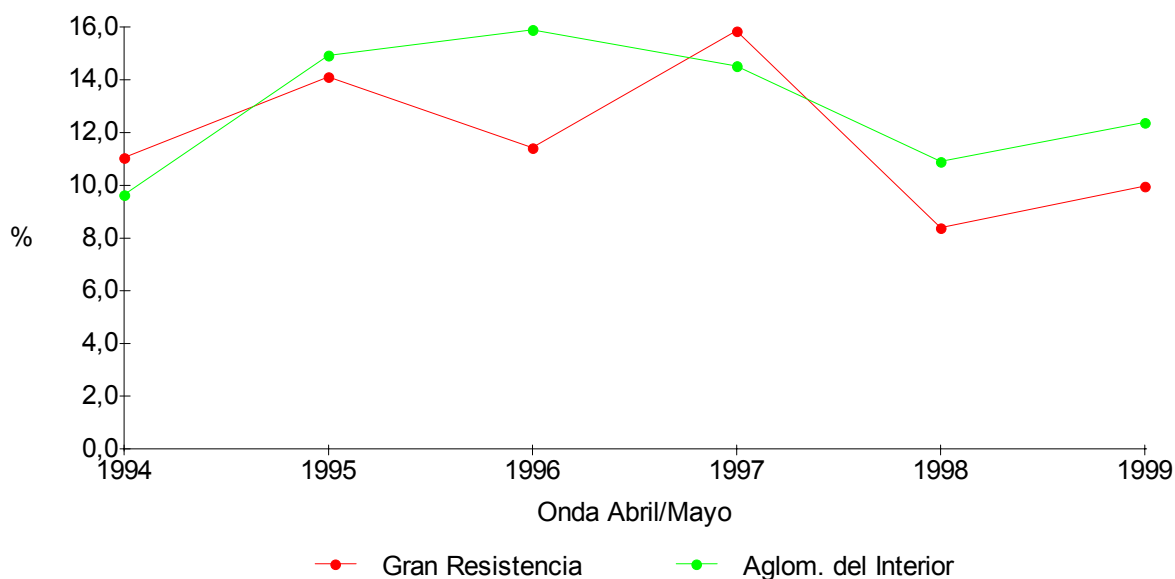
(f) Calculada como la suma de (b) y (d).

Fuente: Elaboración propia en base a la Información de Prensa, INDEC y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

En segundo término, la evolución registrada entre puntas revela una situación totalmente opuesta a la que mostraba la visión anterior, ya que en este caso es dable observar un mejoramiento tanto relativo como absoluto del nivel de desocupación del Gran Resistencia respecto del experimentado por el conjunto de los mercados de trabajo urbanos del interior entre los años extremos. En efecto, se comprueba que, a la inversa de lo que muestra la comparación entre los respectivos porcentajes observables de la población económicamente activa que busca infructuosamente un puesto de trabajo, en la localidad chaqueña la tasa de desempleo ajustada ha registrado una contracción entre puntas (-1.1 p.p. equivalente a una reducción relativa del 9.7%) frente a la expansión de la correspondiente al agregado territorial que la contiene (2,7 p.p. y 28,5% respectivamente).

GRAFICO N° 5

Tasas de desempleo ajustadas (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

Por último, no deja de llamar la atención la diferencia que muestra el signo de los desvíos de la oferta laboral del Gran Resistencia respecto de sus valores tendenciales *vis-à-vis* los correspondientes al total de los aglomerados del interior. En efecto, mientras en este último caso -como ya se señalara- cinco de los seis relevamientos muestra la existencia de algún grado de oferta "adicional" de mano de obra¹⁸, en el primero se advierte un marcado predominio de la situación opuesta, esto es, la presencia de desempleo encubierto (la cual se observa en cuatro de las seis mediciones). En los dos únicos años en que no tiene lugar este último fenómeno (1996 y 1998), el mismo se encuentra asociado a variaciones positivas del volumen de oportunidades laborales genuinas -desde el punto de vista de su extensión horaria- de mayor intensidad que las del empleo global, situación que remitiría, en principio, al "efecto del trabajador alentado".

4.2.- El subempleo horario.

El extremo inicial del período coincide con el valor más bajo que exhibe la tasa de subocupación visible u horaria a lo largo del mismo, tanto en el Gran Resistencia como en total de los aglomerados del interior relevados por la EPH¹⁹ (9,8 y 10,2% respectivamente), registrando ambas, en consecuencia, una expansión entre puntas, aunque de distinta intensidad. En efecto, en el caso de la capital chaqueña la misma resulta significativamente menor a la del conjunto territorial que la contiene (0,9 y 3,2, p.p, equivalentes a variaciones del 8,7 y 31,4% respectivamente).

Esta evolución, como era esperable, no siguió una trayectoria lineal sino que, por el contrario, reconoce fases diferenciadas al interior del quinquenio: una inicial, que culmina en 1997, durante la cual adopta un perfil con forma de sierra, en cuyos comienzos alcanza a superar ligeramente -por única vez- el nivel correspondiente al agregado de los mercados de trabajo urbanos del interior, y una que abarca el bienio final, de tendencia descendente -al igual que la

¹⁸ Aún cuando las razones que explican este comportamiento exceden los límites de este documento, se ha estimado oportuno hacer una breve referencia a las dos interpretaciones que han intentado dar cuenta de las razones de este fenómeno en los últimos años. Por un lado, se encuentra la que podríamos denominar "hipótesis del trabajador alentado", según la cual las condiciones macroeconómicas vigentes a partir del Plan de Convertibilidad se tradujeron en una mayor predisposición para integrarse a la oferta laboral por parte de un importante contingente de personas que, hasta ese momento, habían permanecido en la inactividad ante las escasas perspectivas que ofrecía la situación ocupacional. Desde otro ángulo, en cambio, se plantea la "hipótesis del trabajador adicional", que sostiene que la elevación de la tasa de participación respondería a la irrupción en el mercado laboral de un considerable volumen de mano de obra "secundaria", obligada a incorporarse a la fuerza de trabajo para complementar los deteriorados ingresos del núcleo familiar. Si bien ambos fenómenos no son excluyentes y, de hecho, pueden estar actuando simultáneamente, el primero resultaría una explicación plausible -hasta cierto punto, al menos-, de lo acontecido, por ejemplo, en 1998, año durante el cual se registró una expansión de las oportunidades laborales totales y, con una intensidad algo mayor, de aquellas de carácter horario pleno (6,9 y 8,0% respectivamente), situación que podría haber constituido un factor de atracción "adicional" para incorporarse a la oferta de mano de obra, en tanto la acentuada contracción que experimentó el volumen de empleo (-3,4%) -y particularmente el de las ocupaciones genuinas (-7,0%)- en 1995, que se tradujo en un significativo incremento de los niveles de subutilización que remitirían, en principio, a la hipótesis del "trabajador complementario".

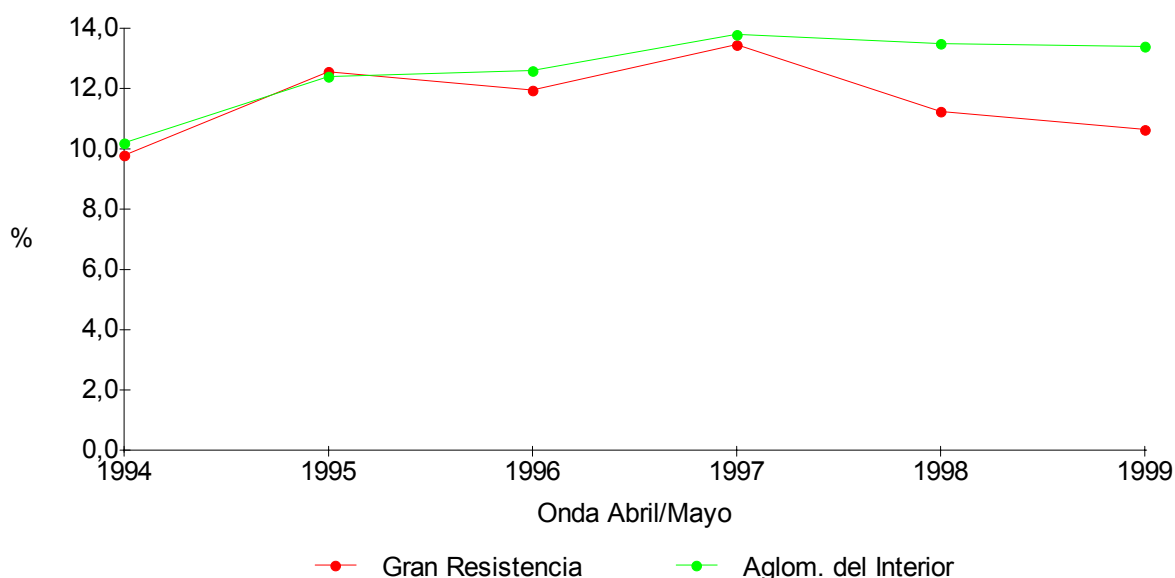
¹⁹ En esta oportunidad no fue posible, como en el caso de la desocupación abierta, mantener sin variaciones la composición del universo de referencia a lo largo del período analizado ya que -inexplicablemente- los datos correspondientes no han sido incluidos en el informe que suministra el Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos. En consecuencia, los valores de las observaciones correspondientes a 1996-99 incorporan los resultados de tres aglomerados que hasta la onda de mayo del año anterior no se hallaban incluidos en el conjunto de los mercados de trabajo urbanos del interior del país -Concordia, Río Cuarto y Mar del Plata y Batán-, situación que puede alterar en alguna medida -presumiblemente menor- la magnitud de las variaciones entre extremos del intervalo así como la relación entre las tasas de subocupación visible del agregado y la de la localidad objeto de estudio durante los años finales del mismo.

correspondiente a este último- pero de mayor intensidad, al cabo del cual acumulan un retroceso del orden del 20,9 y 2,9% respectivamente (-2.8 p.p. para la primera y -0.4 p.p. para el agregado).

Como puede observarse en el Gráfico N° 6, la proporción de la población activa parcialmente subutilizada adopta una trayectoria bastante similar en ambos casos -si bien en el del agregado urbano la tendencia expansiva se mantiene en forma ininterrumpida hasta 1997-, pero con variaciones más acentuadas en el caso del Gran Resistencia. Por lo tanto, y contrariamente a lo señalado respecto de las diferencias observadas entre los niveles alcanzados por el desempleo abierto, no se advierte en relación a los correspondientes a la subocupación visible que la misma haya tenido en el Gran Resistencia una presencia ininterrumpida de menor significación que en el mercado urbano de trabajo del interior en su conjunto, a la vez que de la comparación entre las respectivas tasas se comprueba que, con excepción del bienio final, la discrepancia entre ambas es sustancialmente menor -tanto en valores absolutos como relativos- que la existente respecto del indicador de desempleo abierto. Por último, cabe hacer notar que de la evolución experimentada entre los extremos del período se desprende que este mecanismo ha tenido un rol proporcionalmente menos importante en esa localidad que el que es dable advertir para el total de los aglomerados del interior del país en la resolución del desequilibrio entre la disponibilidad de mano de obra y la generación genuina de puestos de trabajo que ha tenido lugar entre 1994 y 1999, observándose, en este caso, la existencia entre puntas de un mejoramiento relativo de su situación respecto de la experimentada por el conjunto de los mercados laborales urbanos del interior.

GRAFICO N° 6

Tasas de subocupación horaria (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario e Información de Prensa, INDEC y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

Como se recordará, en ambos extremos del período la fuerza de trabajo del Gran Resistencia se caracterizó por la existencia de un volumen de desempleo oculto, cuya magnitud varió entre el 4,0 -a comienzos- y el 0,4% -a finales del mismo- de la PEA. Si bien esta reducción de la dimensión de la expansión de la variable de referencia para el cálculo del nivel relativo del subempleo horario -respecto de sus valores tendenciales- tuvo algunas consecuencias sobre la estimación de sus valores netos de desvíos -aunque, obviamente de menor magnitud absoluta y

relativa que los observados entre las tasas de desempleo (abierta y "ajustada")²⁰- sobre la proporción de la población activa parcialmente subutilizada -particularmente, en la correspondiente al año inicial-, las mismas no introducen modificaciones de significación en las conclusiones obtenidas en el párrafo precedente, acentuando, en todo caso, la intensidad del crecimiento registrado por la tasa de subempleo visible entre puntas (1,2 p.p., equivalente a una variación del 12,7%).

En el caso del TAI, la presencia de un componente de signo opuesto -excedente coyuntural de mano de obra- en los mismos años -equivalente al 0,5 y 0,1% de las respectivas ofertas laborales- careció, por su escasa magnitud, de efectos perceptibles sobre la evolución de los niveles de subutilización horaria "ajustada".

4.3.- La subutilización total de la fuerza de trabajo.

De lo expuesto a lo largo de estas páginas se desprende que si bien la evolución de la subutilización total²¹ de la fuerza de trabajo entre 1994 y 1999 admite más de una lectura, según la óptica desde la cual se lo examine -i.e. ya sea que se incorporen o no las variaciones de corto plazo de la disponibilidad de mano de obra-, en el Gran Resistencia esta última ha aumentado entre los extremos del período -tanto en términos absolutos como en relación a la PEA respectiva- bajo cualquiera de las modalidades utilizadas para estimarla.

En efecto, el volumen observado de trabajadores afectados por alguno de los problemas laborales más notorios -desempleo abierto y subocupación horaria- creció el 37,2% entre puntas, -cifra que equivale a un incremento de unas 6.700 personas, de las cuales alrededor de 4.000 (58,9%) pasaron a engrosar el número de desocupados, en tanto las 2.700 restantes (41,1%) hicieron lo propio con los subempleados visibles-, elevando la proporción de la fuerza laboral parcial o totalmente subutilizada del 17,3% en 1994 al 20,3% en 1999.

Cabe hacer notar que a lo largo del quinquenio ambas tasas han variado en el mismo sentido, acentuando la magnitud del impacto agregado sobre la proporción de la fuerza de trabajo afectada.

La versión "ajustada" de este fenómeno muestra, por su parte, variaciones de igual sentido pero menor intensidad. En este caso, como ya se señalara, el incremento registrado entre puntas por la cantidad de oferentes de mano de obra alcanzados por alguna de las modalidades de subutilización de su capacidad productiva resulta marcadamente inferior al correspondiente a la estimación comentada previamente (13,3%) -lo que implica la incorporación de unos 3.000 trabajadores a la categoría de activos con problemas de empleo entre los años extremos-, diferencia atribuible, como ya se señalara, a una contracción notablemente acentuada del desempleo oculto -cuya presencia, según se viera, había sido particularmente significativa en el inicio del período analizado-, dando lugar a un reemplazo, en términos absolutos, de desempleados ocultos por desocupados abiertos.

GRAFICO N° 7

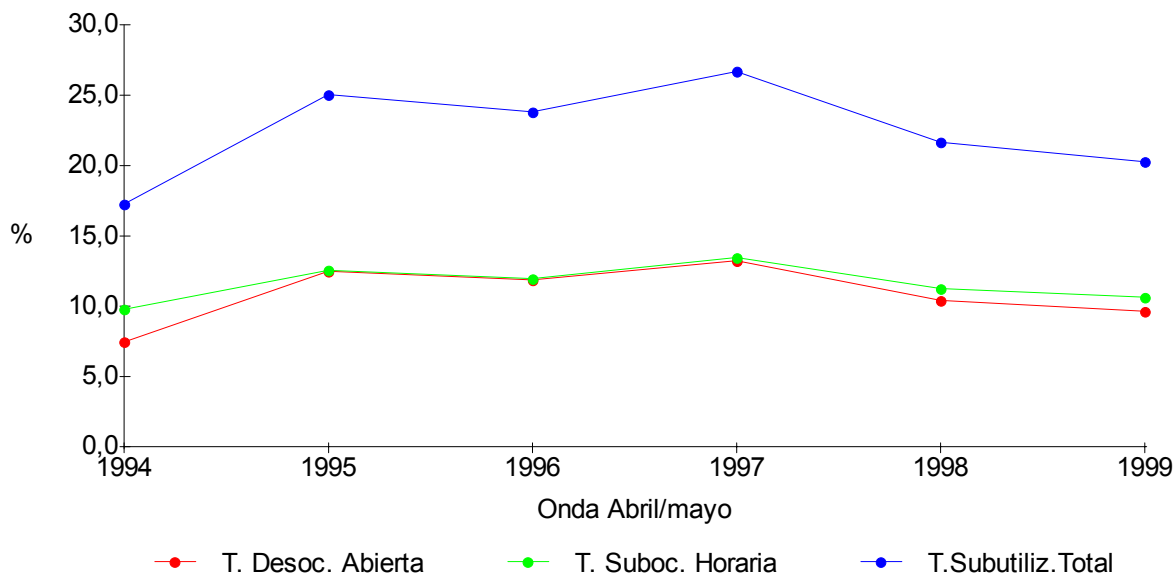
Gran Resistencia

Tasas de subutilización total y parcial (en %).

(Onda Abril/Mayo)

²⁰ Como es obvio, en este caso, la corrección afecta exclusivamente al denominador del cociente mientras que en el caso de la tasa de desocupación ajustada lo hace también sobre el numerador y en forma proporcionalmente más intensa.

²¹ Entendida como la suma de los desocupados y subempleados horarios.



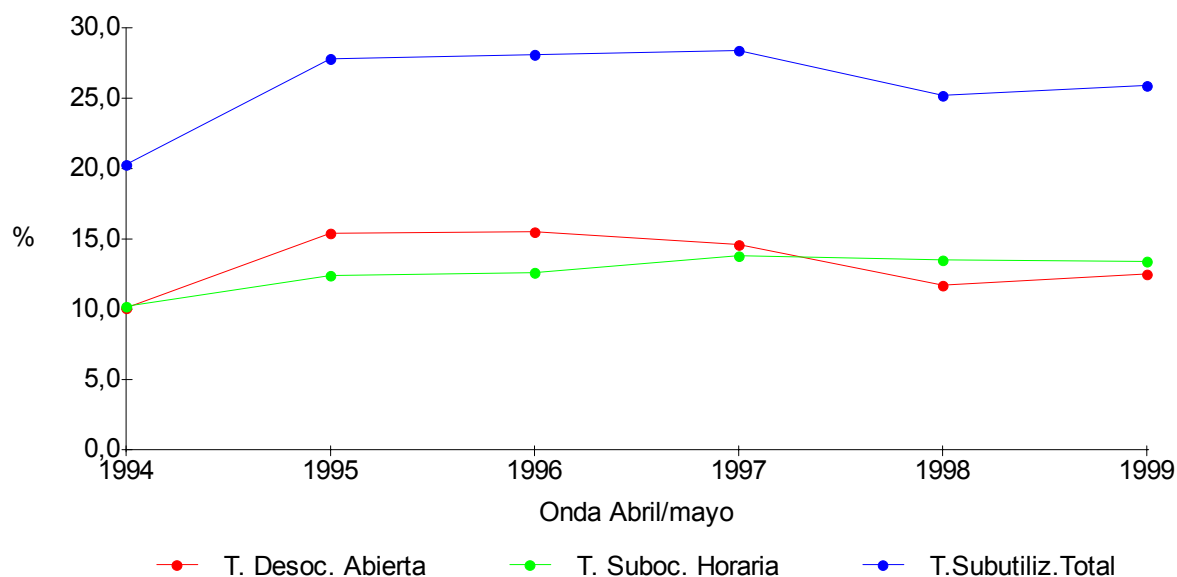
Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

Como consecuencia de ello, la magnitud de la fuerza laboral parcial o totalmente subutilizada -neta de los efectos de los desvíos de corto plazo- respecto de la PEA correspondiente se mantuvo prácticamente inalterada, pasando del 20,5% en 1994 al 20,6% en 1999.

El agravamiento de la situación ocupacional que refleja el ensanchamiento de la brecha de empleo ha caracterizado también, aunque en forma más acentuada, el comportamiento del mercado de trabajo del conjunto de los aglomerados del interior del país entre los extremos del período, ya sea en magnitudes absolutas (44,4%) como en porcentaje de la fuerza de trabajo (27,7%), lo que equivale a decir que entre 1994 y 1999 alrededor de 298.000 trabajadores pasaron a formar parte de la mano de obra subutilizada, de los cuales el 55,0% lo está en forma parcial involuntaria (164.000 personas) en tanto los restantes 134.000 carecen de posibilidades de insertarse laboralmente a pesar de su manifiesta voluntad de hacerlo.

GRAFICO Nº 8

Total de Aglomerados del Interior
Tasas de subutilización total y parcial (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico N° 31.

La evolución de este desajuste estimado en relación con el comportamiento tendencial de la oferta laboral mantiene el signo pero, contrariamente a lo observado en el caso del Gran Resistencia, acentúa su intensidad. En efecto, entre puntas el volumen "ajustado" del mismo experimentó una expansión del 47,2% (29.7% en relación a la PEA), cifra que representa a un incremento del número de demandantes de un puesto de trabajo afectados por alguna de las formas más ostensibles de subaprovechamiento de su capacidad laboral que supera los 308.000 individuos, fenómeno atribuible a una fuerte contracción de la oferta excedente de mano de obra, equivalente al retiro del mercado de trabajo de alrededor de 10.000 aspirantes "adicionales" entre 1994 y 1999.

De esta forma, mientras al inicio del período uno de cada cinco integrantes de la fuerza de trabajo se encontraba afectado por alguna de las manifestaciones más notorias de subutilización, en el año final hasta proporción había crecido hasta alcanzar a una cuarta parte de la misma.

ANEXO

CUADRO N° I

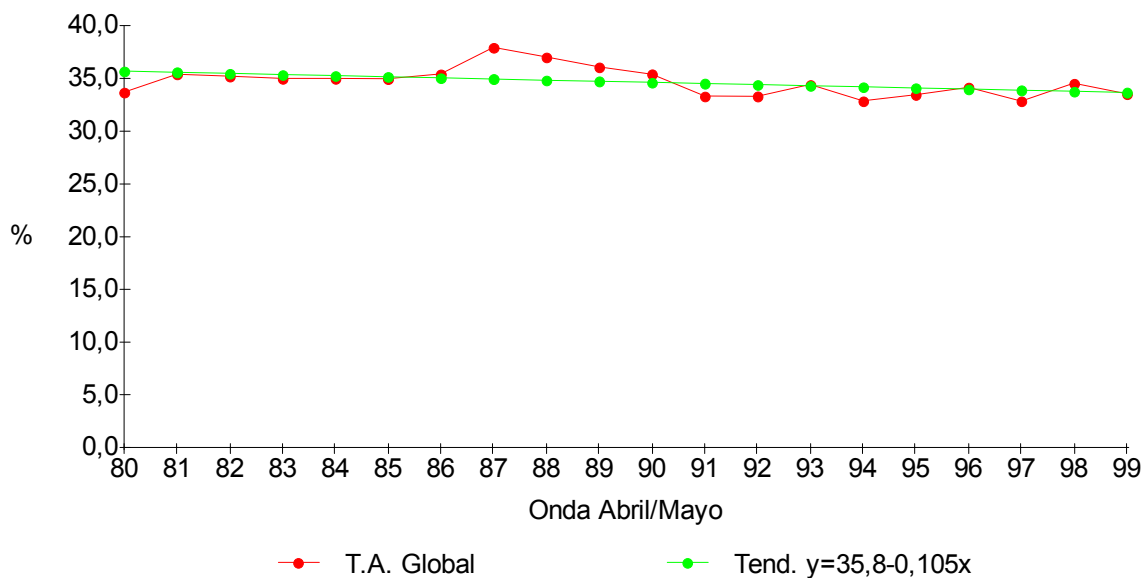
Producto Bruto Geográfico de la Provincia del Chaco
Variaciones anuales (en %).

Año	PBG Total	PBG Urbano	PBG Industria Manufacturera	PBG Construcción	PBG Servicios Modernos	PBG Servicios Tradicionales
1994	4,0	1,4	-6,3	22,7	4,1	1,8
1995	6,9	4,1	9,8	-3,9	0,3	4,4
1996	5,7	3,7	9,9	10,3	6,2	0,5
1997	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d
1998	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d
1999	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d

Fuente: Elaboración propia en base a la información suministrada por la Dirección de Estadística y Censos de la Provincia.

GRAFICO Nº I

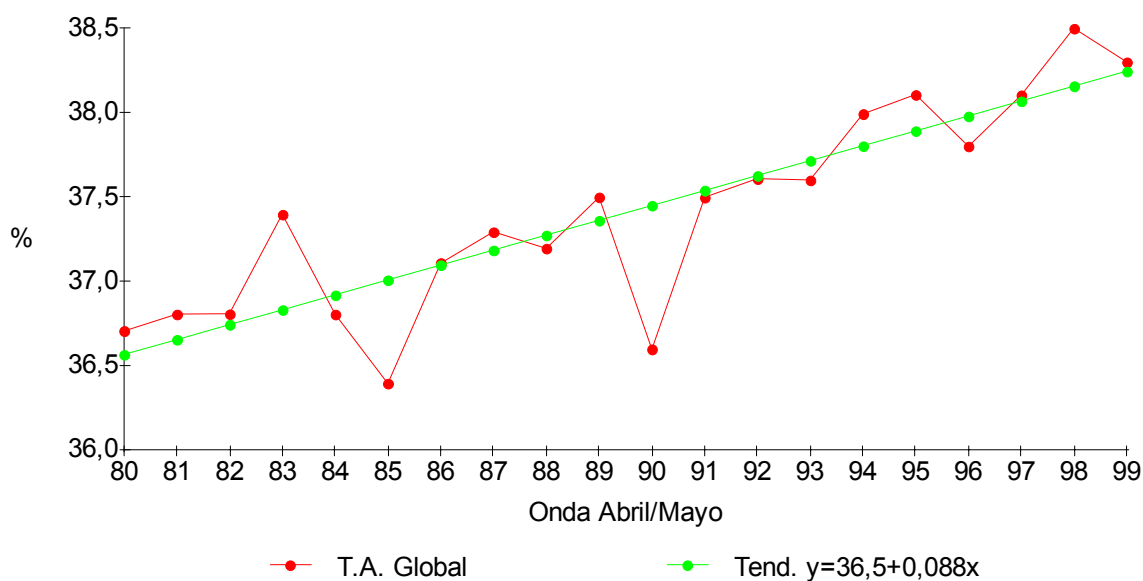
Gran Resistencia
Tasa de actividad (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a la Onda Abril/Mayo de las respectivas EPH-Base de Usuario, INDEC.

GRAFICO Nº II

Total de Aglomerados del Interior
Tasa de actividad (en %).
(Onda Abril/Mayo)



Fuente: Elaboración propia en base a Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Subsecretaría de Programación Macroeconómica, Informe Económico Nº 31.



Trabajo y Sociedad

Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas

Nº 3, vol. II, agosto-octubre de 2000, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871

MAS ALLA DE LA TASA DE DESOCUPACION: OTROS PROBLEMAS DE EMPLEO EN SANTIAGO-LA BANDA EN LOS NOVENTA

Cambios y sesgos distributivos en dos formas de subutilización *

Ramón Antonio Díaz

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

rad@unse.edu.ar

Numerosas exposiciones públicas y un variado listado de indicadores socio-económicos, ubican a la provincia de Santiago del Estero entre las más rezagadas del país. Esto resulta así no solamente atendiendo a su nivel de producto per cápita[1], sino por la propia composición sectorial del empleo y del producto, caracterizada por la baja participación urbana de la actividad industrial y un sector agropecuario con extendidos bolsones de improductividad.

Estos rasgos conforman una provincia carente de las bases mínimas de competitividad y de concentración de capital privado en actividades de escala y potencial suficiente como para encarar un sostenido proceso de crecimiento. No obstante, en muchos indicadores sociales la posición retrasada que ocupa Santiago del Estero en el concierto nacional, es menos desfavorable en virtud de un generoso proceso de transferencia de recursos recibido por diferentes vías desde el Gobierno Nacional, cuyos efectos se sintetizan en la evolución de hogares y personas con Necesidades Básicas Insatisfechas, que favorecieron a la provincia durante la década del 80.

Enmarcado por este contexto provincial, el aglomerado urbano Santiago del Estero-La Banda, cuyas bases económicas son esencialmente burocráticas, concentra dos terceras partes de la PEA urbana de la provincia de Santiago del Estero (el 66,1%), según el Censo de Población '91). Por lo tanto, el estudio del mercado laboral urbano provincial puede encararse con un grado razonable de representatividad cuantitativa a través de dicho aglomerado, para el cual, por otro lado, se cuenta con los datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) que el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) realiza en los principales centros urbanos del país.

Este trabajo se propone analizar la evolución de dos formas de subutilización de la fuerza de trabajo, en base a la información provista por el mencionado relevamiento estadístico: la desocupación abierta y la subocupación visible[2]. Además de examinar su nivel, evolución y composición de estas dos formas de subutilización con la evidencia estadística disponible, se procura, como objetivo adicional, identificar los sesgos que cada una de ellas puedan presentar, en el sentido de perjudicar o no a ciertos y determinados estratos de ingreso de los hogares o de los ocupados. Este abordaje, a su vez, significa un aporte al conocimiento parcial de la influencia de algunos fenómenos provenientes del funcionamiento del mercado laboral sobre los patrones distributivos vigentes y sus cambios.

El análisis se extiende a lo largo de la década del 90, período atravesado por algunos cambios significativos a nivel de la economía nacional, desde los picos hiperinflacionarios de 1989-91, pasando por la aplicación del plan de convertibilidad y la crisis recesiva de 1994-95 generada a partir de los desequilibrios externos de la economía mexicana (el denominado *efecto tequila*). Quedan excluidas, en lo fundamental al menos, las consecuencias de la recesión de los años 1998-99 provocada por los impactos de las crisis de pago externo de las economías del Este y acentuada a partir de la devaluación brasileña de 1999.

Asimismo, es pertinente fundamentar el abordaje, para Santiago del Estero-La Banda, de una problemática exhaustivamente tratada en diversos trabajos, generalmente referidos al Gran Buenos Aires. En esencia, el propósito de sus autores se ha centrado en el análisis de los impactos producidos por los profundos cambios en las reglas del juego y en las reformas introducidas en América Latina desde la crisis de la deuda de comienzos de los 80, e intensificadas en nuestro país desde inicios de la siguiente década[3].

Sin embargo, en el aglomerado bajo estudio las reformas o transformaciones se instalan en el marco de una estructura económica cuyo "sector moderno" no puede caracterizarse en términos de empresas o grupos de ellas tecnológicamente o de alta productividad, productora de bienes predominantemente destinados a mercados externos o nacionales cuyas fluctuaciones pudieran servir como elementos transmisores al interior del sector urbano provincial de auges o de crisis originadas fuera de la provincia.

En su sector económico urbano más formalizado, el aglomerado presenta una alta incidencia del sector público, donde las variables de cantidad (ocupados estatales) o de precio (salarios) son determinaciones institucionales que introducen una componente de fuerte rigidez al mercado laboral. De manera que tanto el desempleo de origen tecnológico, como las alteraciones de precios relativos de origen cambiario no impactan de un modo directo en el ingreso o empleo urbano. No puede decirse lo mismo de las coyunturas recesivas que emergieron de situaciones de incertidumbre y de corte de la cadena de crédito que se extendieron por toda la economía nacional y que afectaron también los componentes internos de la demanda urbana (p.ej.: durante del efecto tequila de 1994-95).

Esto no significa, sin embargo, que el aglomerado no registre la incidencia las reformas económicas operadas en la economía argentina durante la década. Así, por ejemplo, es previsible que la estabilidad de precios haya dinamizado la actividad e introducido un elemento de progresividad en la distribución. En cuanto a la política salarial, se advierte que por primera vez se aplican reiteradamente reducciones nominales de sueldo en la administración pública en los niveles superiores y medios del escalafón (en 1994-95), estrechándose considerablemente la brecha de remuneraciones.

En cuanto a la creación neta de empleo, es evidente que si bien perdió capacidad de absorción, el estado provincial no actuó como una fuente de expulsión de personal muy importante. A favor del desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia el sector privado se pueden mencionar medidas como las jubilaciones anticipadas y los retiros voluntarios del período 1994-95, y las privatizaciones encaradas tardíamente, recién desde 1994, y no se produjeron despidos masivos de la planta administrativa. Aunque en términos netos pudieran haber contribuido a acumular problemas de empleo, es improbable que la incidencia de estas medidas hayan sido muy significativas en términos cuantitativos.

En el ámbito privado, la globalización y las reformas económicas de los 90 trajeron consigo, como consecuencia del proceso de concentración económica resultante, la presencia de capitales en algunos sectores orientados al sector servicios. Además de los ligados a la privatización de los servicios públicos (electricidad, gas, agua) se registró su presencia en el comercio minorista y los servicios (instalación de super e hipermercados, venta de electrodomésticos, seguros, administradoras de fondos de jubilación y pensión, medicina prepaga, tarjetas de crédito, etc.). Esto, en el segmento más formalizado y concentrado del sector privado.

Además, la liberalización de los mercados y las nuevas formas de consumo asociadas al avance tecnológico, abrieron también un margen o espacio para la movilización de capitales locales de mediana o pequeña envergadura (farmacias, remises, locutorios, estaciones de servicio, etc.).

Adicionalmente, en un tercer nivel que abarcó las esferas pública y privada, las modalidades de empleo promovido y los planes oficiales traducidos en ocupación transitoria y subsidiada de la mano de obra junto con la flexibilización de hecho, fueron inductores de precarización del trabajo y de deterioro en la calidad de los empleos.

En la década, entonces, pueden distinguirse algunos factores de dinamismo y de cambio en el mercado laboral de Santiago del Estero-La Banda; en este trabajo se pretende arrojar elementos de juicio sobre las posibles implicancias de los mismos la estructura, nivel y sesgo distributivo de las dos formas de subutilización de la fuerza de trabajo consideradas.

Desempleo abierto

Es el rostro más visible de los problemas de empleo; a menudo la atención y las expectativas públicas se concentra en el indicador que lo mide, la tasa de desocupación abierta, que sólo proporciona una visión parcial e insuficiente, que ha llevado con frecuencia a esperar una asociación inversa entre su nivel y el grado de desarrollo del ámbito geográfico correspondiente^[4], sin tener en cuenta la existencia de otros mecanismos de ajuste del mercado laboral (variaciones de la tasa de actividad, las migraciones, la flexibilidad de las retribuciones o la calidad del empleo). Suele también dejarse de lado la sensibilidad de la demanda de trabajo a las fluctuaciones del nivel de actividad que se desprende de la estructura sectorial de la ocupación y del producto del área en cuestión. Las mencionadas omisiones han impedido resolver la aparente contradicción de una tasa baja de desempleo en un contexto de subdesarrollo económico.

Precisamente, en el cuadro 1 figuran, para la década del 90, las series de la tasa de desocupación del aglomerado Santiago del Estero-La Banda, *vis a vis* los promedios nacionales.

Cuadro 1. Evolución Tasas de Desocupación
Santiago del Estero-La Banda / Promedio nacional
(En porcentajes)

Año	Aglomerado		Promedio nacional	
	Mayo	Octubre	Mayo	Octubre

1990	4,2	2,8	8,6	6,3
1991	4,1	3,2	6,9	6,0
1992	2,8	2,3	6,9	7,0
1993	4,0	3,9	9,9	9,3
1994	2,7	4,6	10,7	12,2
1995	8,6	8,6	18,4	16,6
1996	11,8	12,4	17,1	17,3
1997	11,1	9,4	16,1	13,7
1998(*)	9,8	4,8	13,2	12,4
1999(*)	7,2	8,7	14,5	14,2

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares (INDEC).

(*) En los años 1998/99 se relevó una onda adicional en agosto. Los datos fueron: en 1998, 10,6 y 13,2 %; en 1999, 6,0 y 14,5% (aglomerado y promedio del total de aglomerados del país, respectivamente)

Las cifras permiten confirmar que en una de las provincias más rezagadas del país según lo reflejan diversos indicadores socioeconómicos, la tasa de desocupación se mantuvo durante toda la década por debajo del promedio nacional, lo cual ha sido una constante histórica[5]. Sin embargo, es evidente que el quiebre que se produce en 1994-95, marca el comienzo de una escalada de la tasa que alcanza su nivel récord en octubre de 1996 (12,4%). Este abrupto ascenso, que ubica la tasa en un nivel superior[6], se corresponde -con algún desfase relativo al promedio nacional- a las consecuencias que en materia de destrucción de empleos se atribuye al efecto tequila. Posteriormente, dicho indicador experimentó variaciones bastante compatibles con el comportamiento del ciclo a nivel país, con algún descenso en el período 1997-98 y un nuevo repunte durante la fase recesiva de 1999.

Como dato complementario al nivel y evolución de la tasa, es menester examinar los indicadores sobre la duración del desempleo que se exhiben en el cuadro 2. La tendencia que se verifica es consistente con en los movimientos de la tasa, en el sentido de mostrar un profundo deterioro entre 1994-96, con una reducción en 1998 que no permite retornar los valores iniciales de la década.

Cuadro 2 Indicadores de duración del desempleo
Santiago del Estero-La Banda

Año	Duración del desempleo (en meses)	% desocupados por 6 meses y más
1992	3,3	17,0
1994	2,8	12,5
1996	7,0	53,0
1998	5,5	42,2

Fuente:Elab. propia, en base a EPH (INDEC), ondas de octubre.

De modo coincidente, Murmis y Feldman (1997a) han destacado, en el marco de un proceso creciente de fragmentación social, la agudización del desempleo de larga duración para el Gran Buenos Aires durante la década del noventa, considerándolo un verdadero “núcleo duro” de desocupación de difícil remoción para algunas áreas sin diversificación productiva. Por su parte, en torno de la misma cuestión, Pessino (1996) [7] afirma:

“Los largos lapsos de desempleo ocasionan costos sociales altos, puesto que la capacitación y la motivación pueden depreciarse durante largos lapsos sin trabajo y pueden surgir efectos de estigma por parte de los empleadores que se resisten a contratar personas que llevan mucho tiempo desempleadas.”

Para caracterizar la estructura del desempleo abierto y su evolución durante el período, se han escogido los indicadores adicionales presentados en el cuadro 3[8], cuyas cifras insinúan algunas tendencias importantes a lo largo de una serie de cuatro ondas representativas, que permiten distinguir:

a. Una período de desempleo abierto muy reducido, con tasas de actividad y de empleo relativamente elevadas en

función de lo que históricamente predominó en el aglomerado, y que registra los efectos iniciales del plan de convertibilidad, sobre todo los derivados de la estabilidad de precios (1992-94).

- b. Un bienio donde se manifiesta plenamente el impacto negativo del efecto tequila, con un ascenso muy fuerte de la desocupación, y caída de las tasas de empleo y actividad (1994-96).
- c. Un lapso caracterizado que con altibajos donde la tasa se ubica a niveles inferiores al pico de 1996, pero notoriamente mayores a los pretequila (1996-98).

A lo largo de la serie expuesta, se pueden apreciar algunos cambios importantes en la estructura del desempleo. En este sentido, desde 1994 se observa una mayor

expansión de las desempleadas mujeres, una suerte de sesgo de género en el fenómeno, lo que se ha mantuvo a lo largo del subperíodo de fuerte crecimiento de la tasa acompañado por recesión y persistió, más tarde, con la reducción de la misma. Por su parte, el considerable ascenso en la proporción de jefes desocupados, agrava las consecuencias de la desocupación independientemente del valor de la tasa. Esta proporción se muestra en 1998 estabilizada y próxima a los niveles de 1996, a pesar del descenso de la tasa.

**Cuadro 3. Estructura del desempleo abierto según indicadores escogidos
Santiago del Estero-La Banda.**

(En porcentajes)

Indicadores	1992	1994	1996	1998
Sexo				
Varones	68,3	56,3	60,0	59,0
Mujeres	31,7	43,7	40,0	